



Buscame
en la
Alhambra

Alba C. Serrano

Alba C. Serrano

Búscame
en la
Athámbrá

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Búscame en la Alhambra, 2018.

©Alba C. Serrano, 2018.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Imagen de portada: Laura Lorente, (José Antonio Lara)

Maquetación: Adyma Desing.

Corrección: Alba C. Serrano.

Esta novela fue registrada en Safe Creative con el código 1807317885547

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Julio, 2018

*A mis familiares y amistades cercanas que
siempre están ahí aguantando esta
locura inmensa que siento por las letras.
A ti, Erik, eres mi todo*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)



Prólogo

—Niña, dame tu mano, coge esta ramita de romero. En tu cara se ve que eres muy buena, voy a contarte qué te va a deparar el futuro.

—No, señora. Déjeme que tengo prisa.

—De verdad, será un momento de nada y ya verás, a partir de hoy solo te ocurrirán cosas buenas para ti, palabra de gitana.

—Lo siento, no creo en estas cosas. No me interesa.

—¿Vas a negarte a tu buenaventura? Coge mi romero y no lo desprecies.

—No es eso, señora, es que a mí estas cosas de las predicciones de futuro y las hierbas aromáticas no me inspiran mucha confianza, que no es por usted, ¿eh? Es por mí.

—Con ver el turquesa de tus ojos azules puedo decir que has tenido una infancia bastante feliz. También, eres un pelín maniática, pero eso cambiará, te lo aseguro. En ellos se ve que sientes desconfianza hacia las personas que te rodean, pero también están sedientos de amor, niña, del amor que encontrarás en la Alhambra antes de la próxima estación. Cuando los jardines estén en su máximo esplendor, entre ellos hallarás al muchacho que cambiará tu destino para siempre.

—Señora, de verdad, no quiero saberlo. Quizá soy un poco temeraria y prefiero vivir al límite.

—Niña, llenarás el vacío del alma de un hombre desolado por su pasado,

serás la luz que ilumine su camino y juntos lucharéis contra vientos y mareas, porque el amor puede con todo y vuestros corazones están predestinados a enlazarse entre las paredes de esa ciudadela.

—¡Ay, que esto me da muy mal rollo! Tengo que irme.

—Está bien, pero son cinco euros por la lectura de la mano derecha que te he hecho.

—Lo siento, es que no llevo dinero.

—Pues la voluntad, morena, todo sea por mi vaticinio.

—Que no llevo nada, es que yo lo pago todo con tarjeta.

—Ves al cajero y saca dinero, yo te doy cambio, guapa.

—Está bien, ahora enseguida vuelvo.

Se ve que está muy de moda eso del romero y lo he intentado, pero después de haber esquivado a dos mujeres de esas que huelen a campo por la cantidad de ramas que llevan, con la tercera no he podido de ninguna manera. Me ha cortado el paso, puedo decir incluso que casi me ha hecho un placaje digno de una final en un partido de rugby y lo que más me ha sorprendido, ha sido la rapidez con la que ha cogido mi mano. ¡Qué velocidad la tía!

En parte me siento mal porque si se ha creído que pienso volver a darle algo, ya puede esperar sentada. No es que le haya mentido, bueno en realidad, sí, aunque me da igual, no soy de esas personas que creen en este tipo de cosas, por lo tanto, no hay de qué preocuparse, al menos eso creo.

¿Un hombre desolado por su pasado? ¿Qué lucharemos contra vientos y mareas? En la Alhambra nada menos, ni que se me hubiera perdido algo allí a seiscientos kilómetros de mi casa. Me lo podría haber buscado más cerca la señora, ya que se ponía a predecirme el futuro, podría haberlo hecho teniendo en cuenta que mi economía no es para tirar cohetes.

Y digo yo, ¿estas mujeres echan males de ojo de esos que te traen mala suerte a distancia? Porque me imagino que cuando vea que no vuelvo, se acordará de todos mis ancestros y de mis ojos, me imagino. ¿Azules? Pero a ver, que no son de ese color, si no ha acertado con eso, ¿cómo va a saber lo

que me puede pasar mañana?



Capítulo 1

Ya ha pasado casi una semana, del abordaje de la señora del romero, que es cómo la llamo, pues desconozco su nombre, a las puertas del Oceanográfico. Casualidad que era sábado y me dirigía a mis clases de danza en el cauce del río, y desde entonces, todo va de mal en peor.

Lo más sencillo es pensar que me he obsesionado con el temita de las narices y que todo lo achaco a la puñetera predicción, pero no, de eso nada, puedo asegurar al noventa por ciento que esa mujer tiene algo que ver con mi mala suerte en estos últimos días.

Para empezar, el lunes por la mañana no sonó el despertador a la hora de todos los días, las siete y media, ni un minuto más, ni uno menos, es más, es que ni siquiera sonó. Por suerte o por desgracia, soy una mujer muy ordenada y meticulosa y siempre lo tengo todo preparado de un día para otro.

Dejo incluso la cafetera preparada con su monodosis de café metida, por si acaso me equivoco. Desde que me compré la Tassimo, me he vuelto adicta a comprar cápsulas de café, tanto que, acumulo más de doscientas en casa y cualquiera se pone a pensar en la variedad que quiere a esas horas de la mañana. Es muy lista, normal con el precio que tiene, pero no tanto como para introducirse ella sola el paquetito de café. Lo mejor de todo es que tiene un sistema de auto limpieza y que calcula la cantidad de líquido que tiene que soltar y la temperatura con la que tiene que salir. Muy inteligente, mi niña.

También, coloco en una percha colgada del pomo de la puerta del armario de mi dormitorio la ropa que voy a ponerme. Odio tener que decidirlo sin tiempo suficiente, ya que, posiblemente, pudiera conjuntar un pantalón de pinzas rosa palo con una sudadera deportiva naranja chillón y tan mona que me vería, estoy segura de ello. Por eso, prefiero no arriesgarme a salir a la calle hecha un cuadro.

Como es lógico, a pesar de ser una chica previsora, ese día llegué un pelín tarde a trabajar. Cinco minutos nada más, pero la rabia que me da eso, es inimaginable. Soy la persona más puntual que te puedes echar a la cara, tanto que, siempre llego con un cuarto de hora de antelación a todos los sitios, por lo que pueda pasar... A veces, incluso me viene bien, puedo aprovechar para leer, por ejemplo.

Llevo un par de años trabajando como administrativa en una pequeña empresa publicitaria, en la que, evidentemente, debido a los tiempos de crisis que corren, entré un poco por enchufe, no trifásico, pero casi. Recién salida de la universidad, me estrené en el mercado laboral con un contrato indefinido, gracias a que la empresa en la que realicé las prácticas de la carrera de dirección y administración de empresas me recomendó al señor Adolfo, mi jefe.

Se me cae la cara de vergüenza cada vez que pienso en que el domingo por la noche olvidé poner la alarma porque estaba tan enganchada leyendo un libro, que a la mañana siguiente, amanecí con él sobre mi cara y unas cuantas babas entre sus páginas. Adolfo, que me cuida como si fuera una más de sus nietas, con la diferencia de que yo sí tengo que trabajar para poder vivir, no me tuvo en cuenta el retraso, aunque a la hora de la comida recuperé esos minutillos. Nunca he llegado tarde y menos aún por un motivo así, pero sé por algunas compañeras que como hay que fichar a la hora de entrada y salida, a final de mes, los retrasos se descuentan de la nómina.

El martes fue un día de lo más normal hasta que al llegar a casa, después de salir al centro a tomar algo con Marcela, mi mejor amiga, me encontré una notificación de Tráfico en el buzón. Estaba más que claro, multa al canto, y en otras ciudades no lo sé, pero en la mía, Valencia, menos de doscientos euros no te clavan por una infracción leve. Cojo muy poco el coche, no me gusta conducir, lo odio, no por mí que lo hago de maravilla, sino por los locos que

circulan por las carreteras orgullosos de su carnet regalado en las tómbolas de sus barrios.

Creo que hace un mes o así, un día en el que hacía mucho aire y no me fiaba de ir andando a trabajar por los riesgos de caída de los árboles centenarios, decidí coger mi Fiat Punto, y nada más subirme, caí en la cuenta de que había olvidado recogerme el pelo, otra cosa no, pero buena imagen hay que dar en la empresa, y con esas rachas de viento, ir bien peinada iba a ser totalmente imposible. Aparqué dos minutillos en una zona de carga y descarga mal señalizada. Necesitaba comprarme una goma para el pelo o unas horquillas para intentar hacerme algo en la cabeza. Lo cierto es que el tema peluquería no es lo mío, se me da fatal, pero no puedo ir con una bolsa en la cabeza cuando las condiciones atmosféricas no acompañan, aunque el problema lo tengo más o menos controlado siguiendo varios canales de YouTube sobre estilismo y recogidos sencillos de esos de pocos pasos.

El caso es que había un bazar enfrente de la zona de carga y descarga, y si la multa es por eso, no hay problema, pues como suelo ser una mujer muy prevenida, hice un par de fotografías con mi móvil para poder recurrir en el caso de que me llegara una sorpresita. Lo que no tengo muy claro es si me la pusieron en el salpicadero del coche y se escapó volando por las ráfagas de viento, pero recuerdo que fui muy rápida y tampoco vi a ningún policía por los alrededores. Soy prevenida, pero no tonta.

El miércoles no fue mucho mejor que los dos días anteriores. Nada más llegar a la oficina, ¡zash!

—Mónica, Adolfo ha dejado dicho que anules toda su agenda porque hoy no va a venir, y si hay algo que no se pueda posponer, que te encargues tú.

—Tía, casi no he entrado y ya me estás saturando, todavía no es mi hora, en quince minutos me llamas y me lo cuentas —le dije a Lucía, mi compañera de la recepción.

—No me hagas perder el tiempo, anda.

—Estoy fuera de mi horario laboral, es lo que hay. Voy a por un café,

¿quieres que te baje uno? —Lucía entraba a trabajar antes que yo por lo que ella no podía ir.

—Te lo agradecería mucho, anoche trasnoché un poquito. —Su cara de viciosilla me provocaba arcadas mentales.

—¡Puaj! Omite ese tipo de comentarios por el bien de nuestra amistad. Ahora vengo.

—¡Tía, tía! ¡Para! ¡Tápate! Se te ve el culo.

—Pero, ¿qué dices? No tiene ni pizca de gracia tu bromita. Es la segunda, no, la tercera vez que me dices lo mismo en el último mes.

—No, no. Esta vez es en serio, créeme. ¿Has reventado la falda? —En su cara se veía preocupación de verdad y empezaba a asustarme.

—¿De verdad? —le pregunté echando mis manos hacia atrás para tocar mi parte trasera—. ¡Ostras! ¡Que esto es mi piel!

Salí corriendo dirección al cuarto de baño para asegurarme al cien por cien de si se me había rasgado la tela de la falda de tubo que me puse ese día. Era totalmente nueva, es más, la había comprado la semana anterior en una tienda cercana y la estrenaba ese fatídico miércoles.

Afirmativo. En el espejo se veía reflejado mi trasero en su máximo esplendor. Me metí en uno de los pequeños habitáculos para quitármela y ver qué podía hacer con ella, pero nada, imposible, era un defecto de fábrica y no hablábamos de uno o dos centímetros de telita descosida, sino de una raja de al menos diez.

Tuve una idea brillante para salir del paso de la mejor manera posible en esas circunstancias. Llamé a Lucía para que me llevara una grapadora y así unir los bordes y poder ir a la tienda. Se iba a cagar la dependienta con la pedazo de reclamación que iba a ponerle, pero eso tendría que esperar hasta las diez que abrían, y mientras, a ver qué hacía yo con la falda llena de grapas, no iba a poder sentarme en dos horas y media.

No pude demostrarle a la chica de la tienda que la prenda ya estaba en malas condiciones por los pequeños desgarros que provocaron las grapitas.

Juré y perjuré que no compraría nada más, después de adquirir otra falda igual para poder terminar el día en condiciones. Por supuesto, comprobé centímetro a centímetro que estaba perfecta.

No dispongo de más tiendas en la zona en la que trabajo, por lo que anoté mentalmente llevar una muda a la oficina para lo que pudiera pasar en otras situaciones.

Además del percance textil, ese mismo miércoles fue un día caótico debido a que Adolfo no había acudido. Teníamos tres reuniones preparadas, dos de ellas pude cancelarlas fácilmente, sin embargo, la última me fue totalmente imposible y tuve que hacerme cargo yo. Era con Diego, gerente de la empresa proveedora de material publicitario. Odiaba a ese hombre.

—¡Buenas tardes, preciosidad! —Ya empezaba con mal pie mirándome de arriba a abajo mientras me desvestía con sus ojos.

—¡Buenas tardes, Diego! Empecemos —le dije yendo directa al grano, no quería darle pie a nada.

—Tú dirás. ¿Dónde está Adolfo?

—Al señor Adolfo le ha sido imposible acudir hoy, por eso estoy yo aquí.

—No entiendo cómo puede confiar en ti para estas cosas. ¿Te ha costado mucho ganarte su confianza? —me preguntó con un tono que ponía en duda mi integridad.

—No vaya usted por donde no debe, Diego.

—La gatita saca las garras. Me gusta. —Era asqueroso.

—A ver, necesitamos unas trescientas chapas, unos cuatrocientos *flyers* y dos carteles grandes con el logotipo para el viernes —le respondí de manera cortante.

—¿Para el viernes? Eso es imposible, estamos a miércoles.

—¿Quiere que busque otra empresa publicitaria y que prescindamos de sus servicios?

—Adolfo no me pegaría la patada, no vayas de lista. Haciendo así —me

dijo chasqueando los dedos—, hago que te ponga de patitas en la calle.

—¿Lo comprobamos, Diego? —Los retos me encantaban y este iba a ser fácil. —No, mejor no. El viernes a primera hora las tendréis aquí, gatita salvaje. Me gusta esa mirada felina que incita a devorarte.

—Le agradecería que me llamara Mónica, es mi nombre y está siendo usted muy desagradable. —Ya no podía aguantarle más—. Lo dicho, Diego, a primera hora de la mañana y esta vez, no venga con excusas si no cumple el plazo.

—Un placer reunirme contigo, es más ameno recrearse las vistas con una mujer tan atractiva, en vez de con un viejo, Adolfo debería encomendarle siempre este tipo de reuniones.

—Es usted asqueroso. Que tenga muy buena tarde, Diego —le dije levantándome para marcharme de inmediato a mi despacho apaciguando los impulsos de escupirle en la cara.

Después de los últimos tres días nefastos y de mi mala suerte por culpa de la señora del romero, pensaba que nada podría ir a peor, pero estaba equivocada. Sí, podía.

El jueves, a primera hora de la mañana, me pasó algo que todavía cuando lo pienso, se me ponen los pelos de punta. Iba de camino a la oficina y a unos cien metros de mi destino, sentí un tirón que hizo que me cayera al suelo dándome en la frente con la esquina del bordillo que rodea a los árboles. Al levantarme, desorientada, vi cómo un chico joven corría por la acera con mi bolso en la mano y yo, como una loca y con la sangre chorreando por mi cara, empecé a gritar.

—¡Al ladrón! ¡Paren al ladrón! ¡Se ha llevado mi bolso! ¡Párenle de inmediato!

—¿Qué ha pasado?! —me preguntó Tobías, el camarero del restaurante donde comía casi todos los días.

—¡Ese que corre en dirección al Media Markt, me ha robado! ¡Corre, por

favor!

—Mónika, estás sangrando. Voy a llamar a la policía local.

—¡Que no! ¡Que corras! Ve tras él, por favor. —Sentí que estaba empezando a marearme y veía puntitos blancos a mi alrededor.

En resumen, me desmayé y por lo visto, se armó un buen revuelo. Policía, ambulancia, espectadores... Pero mi bolso, pudo ser recuperado y no por Tobías precisamente, sino porque una pareja de Protección Civil le cortó el paso al ladrón y este tiró el bolso a la calzada.

No le dio tiempo a llevarse nada y el único desperfecto fue la rotura de la pantalla de mi móvil. Menos mal que como soy un poco torpe y he tenido que cambiar tres veces de terminal en los últimos dos años, dejé que la chica de la tienda de telefonía me convenciera de que hacerle un seguro era una buena idea. Eso sí, mientras lo repararan, iba a estar un par de semanitas incomunicada, bueno, la compañía me proporcionó uno de esos antiguos, de los que solo sirven para llamar y poco más.

Tenía el de empresa, pero en la vida se me ocurriría utilizar ese como teléfono personal, separaba muy bien mi vida laboral de la privada, y el drama que había tenido no iba a cambiar eso en nada. Me mantendría firme. «¿Qué podía pasar por estar quince días sin WhatsApp?»

Lo peor de todo fue la brecha de mi cabeza. Cinco puntos de sutura sin anestesia, y desde entonces, un apósito gigante cubre mi frente. Al menos hasta el próximo martes. El dolor persiste, no quiero imaginarme cómo está: ¿Morado? ¿Verde? ¿Negro? Soy un pelín aprensiva y no he querido mirar.

Perdí media mañana en el hospital mientras me cosían y me daban el parte de lesiones y la otra media en la comisaría poniendo una denuncia, por lo visto, había una banda de ladrones que llevaban algunas semanas actuando en esa zona. Podía asociarlo a mi mala suerte por culpa del romero, o a la buena por no haberme pasado antes.

Cuando llegué al mediodía a la oficina y Adolfo me vio, me mandó directamente a casa. Se negó por completo a que me cambiara de ropa con la muda que ya guardaba allí, y me dijo que me fuera a descansar, que podían

apañarse sin mí. Ni que yo fuera alguien importante en la empresa.

Pasé la tarde tumbada en el sofá viendo series, estaba enganchada a una que habían estrenado hacía poco tiempo. Gracias a mi reposo forzado, pude ver cuatro capítulos del tirón. Al ver que anocheecía, pedí la cena en un italiano de un par de calles más allá al que suelo llamar cuando no me apetece cocinar. Adoro la pasta y ellos son los mejores preparándola.

Me fui a la cama con un terrible dolor de cabeza que ni los analgésicos que me habían recetado lo apaciguaron, pensando en que ese sábado, cuando fuera al cauce, aprovecharía para buscar a la señora del romero y darle los cinco euros que habían provocado que tuviera una de las peores semanas de mi vida. A lo mejor, era únicamente una impresión mía, pero por si acaso, no quería seguir tentando a la suerte.

El viernes ha pasado sin más. No me ha ocurrido ninguna desgracia y no he dejado de darle vueltas durante todo el día a que, posiblemente, tras mi pensamiento de anoche, los *chakras* se me han alineado o los astros se han confabulado en mi ayuda.

Sigo sintiendo un constante latido sobre mi ceja derecha, el dolor no ha remitido y los puntos me escuecen, pero aun así, a pesar de que tenía una buena excusa, he ido a trabajar, soy una mujer responsable.

Comienzo mi fin de semana preparándome para ir a mis clases de danza del vientre. Me apunté hace unos seis meses porque Marcela insistió en que no quería ir sola, según ella, era un baile muy sensual y con él, se llevaría a los hombres de calle.

Mi amiga siempre está pensando en hombres, desde que se levanta hasta que se acuesta y en ocasiones, me desespera. No se puede salir una noche en plan amigas que salen a tomar algo, bailan un poco y se van a sus casas a dormir tranquilamente, no. Ella siempre sale de caza. Así es como llama a salir, conocer a un hombre, llevárselo a la cama y después, si te he visto, no me acuerdo.

El caso es que quiero salir un poco antes de casa para darme una vuelta y

buscar a la señora del romero. He buscado por Internet un poco de información sobre el tema y según he visto, aparte de que sus predicciones suelen ser inventadas y repetitivas con la única finalidad de sacar dinero, siempre suelen frecuentar la misma zona. Cada una tiene la suya propia asignada, debe ser por el grado de veteranía, digo yo, supongo que con un poco de suerte, la encontraré en la puerta del Oceanográfico.



Capítulo 2

Normalmente, quedo con las chicas sobre las once para contarnos cómo nos ha ido la semana hasta que llega para empezar la clase Raissa, nuestra profesora de danza del vientre.

Antes, lo hacíamos en una escuela de baile en la que teníamos una pequeña sala para nosotras, pero después de unas desavenencias con la directora por pedir una más grande, decidimos trasladarnos al cauce.

Es una zona muy grande, atraviesa media ciudad y está llena de parques y zonas verdes para descansar o hacer actividades al aire libre. Te puedes encontrar una gran variedad de grupos. De hecho, hace cuestión de un año, varias personas decidieron crear una página web en la que se mostraran esas actividades y nosotras aparecemos en los puestos más altos de la lista.

A la gente que pasa por allí, les gusta vernos mover el cuerpo al son de la música, antes me moría de la vergüenza, pero ya me he acostumbrado y en cuanto suena el *play*, me transporto a otra realidad.

La primera vez que asistí, pensé que nunca llegaría a aprender a dejarme llevar por la melodía. Me sentía totalmente ridícula e inexperta, arrítmica y torpe, sin embargo, según Raissa, nací para bailar.

Recuerdo que el simple hecho de cambiarme de ropa, antes de ver al resto del grupo, ya me hizo sentir mal. Tengo un cuerpo de lo más normal con tendencia a tener unos kilillos de más. Hay algo que no me ha faltado nunca, el

micelín o flotador, como queráis llamarlo. Ese día, cuando me reuní con el resto, vi que a ellas, y a Basi, el único hombre que tenemos, no les importaba su físico, les daba igual si estaban más delgadas o más rellenitas, y al preguntarles cómo había sido su primera vez, coincidieron en la misma respuesta, se sentían seguras, motivadas y atractivas. Hablo en femenino porque a Basi, no le importa, es «una más».

Tengo que ser sincera, y lo cierto es que no me privo de nada, como todo lo que me apetece sin importarme si engorda o si tiene muchas calorías, no he nacido para hacer dietas ni llevar un control exhaustivo de lo que ingiero. Soy feliz comiendo lo que me viene en gana, «¿qué le vamos a hacer?»

Después de algunas semanas acudiendo con Marcela a las clases, fui soltándome poco a poco, y ahora no concibo mi vida sin la danza. Mi amiga sigue pensando igual, no le ha servido de nada las largas charlas que hemos mantenido sobre el tema, ella solo quiere aprender para conquistar. Supongo que ese es el motivo por el que ella no acaba de encajar, no siente la música, no se deja llevar y sé que es cuestión de tiempo que encuentre otro entretenimiento con el que engatusar a los hombres y deje esto.

Yo tengo muy claro que quiero seguir danzando, me da igual si hace frío o calor, si llueve o si hace sol, es más, hoy llueve y es cuando más disfruto de esto. Sentir cómo el agua resbala por mi cuerpo mientras muevo las caderas, me apasiona.

El caso es que he llegado a la zona sobre las diez de la mañana con paraguas en mano y mi mochila al hombro. Suelo llevar algo de ropa, una casaca amplia, sobre mi conjunto de danza que durante las clases, guardo en ella junto a la botella de bebida isotónica y la toalla.

En realidad, no es que tenga nada de malo ir con mi sujetador y fajín de cristales y monedas y mis pantalones bombachos de crep con pétalos, lo que utilizo para los ensayo. Todo el mundo me miraría de arriba a abajo, porque si algo tiene este atuendo, es lo sensual que te hace a la vista de los demás.

He intentado dar con la señora para hablar con ella, pero no ha habido manera. Lo mismo, los días de lluvia, no sale a predecir el futuro de los transeúntes, no lo sé, pero no puedo esperar una semana más. A saber qué más

puede pasarme, prefiero no comprobarlo.

Al ver que se me hacía tarde para llegar a la cita con mis chicas, he abortado la misión de localizarla, ya tendré tiempo después, espero que al menos, deje de diluviar.

—¿Se puede saber qué te ha pasado en la frente, chiquilla? —Angy, una granadina que es la más dicharachera de todas, me recibe con un gran abrazo.

—Mejor no preguntes. Llevo una semana en la que dudo mucho que algo más pudiera pasarme —le respondo correspondiendo a su abrazo y dándole un beso en la mejilla.

—Tía, no nos has contado nada. —Tenemos un grupo de WhatsApp, y Michelle, una preciosa mulata afincada aquí, en Valencia, nos cuenta en él su día a día con pelos y señales, es adicta al móvil.

—Calla, que me robaron el móvil —dije sacando el trasto provisional que estaba utilizando—. He perdido todos los contactos, y estoy prácticamente incomunicada hasta nuevo aviso.

—El caso es que yo te escribí ayer para ver si veníamos juntas y no te llegó el mensaje, tampoco pensé en llamarte porque ya era tarde. —Tarde para Maruja, podía significar las dos o las tres de la madrugada. Tiene un bar de copas y su horario de oficina es nocturno.

—Si llegas a despertarme podría haberte matado hoy, lo sabes, ¿no?

—Pero, ¿qué dices? Pueden pasar cuatro bandas de música por tu calle, tres tsunamis y dos terremotos que tú no te despiertas ni a la de tres.

—Envidiosa, eso lo dices porque no eres capaz de dormir a pierna suelta como yo, la culpa la tienen esas pastillas que tomabas para conciliar el sueño. Ya te dije que ibas a volverte adicta a ellas y no me hiciste caso.

—Envidiosa, dice, no digas tonterías, no duermo porque tengo unos horarios complicados —me responde Maruja a modo excusa, pero yo estoy segura de que ha creado adicción a los somníferos, diga lo que diga.

—Bueno, cuéntanos, ¿qué te ha pasado? —nos corta Michelle.

—¡Buenos días, *in the moorning!* —grita Marcela para hacerse notar y que veamos que ya ha llegado.

—¿Cómo te fue anoche con el bombero? ¿Apagó todos tus fuegos? —le pregunto por lo bajo.

—Luego te cuento, pero créeme cuando te digo que es el amor de mi vida —me responde con los ojos abiertos como platos.

—Estás como una cabra.

Así es como, tras las chaladuras de Marcela, entre las risas de unas y las preocupaciones de otras, les cuento mi semana fatídica.

Al escucharme a mí misma hablar, todo me parece inverosímil, pero vaya, que no me hace falta exagerar nada para que entiendan por qué necesito encontrar a la señora del romero, aunque según Marcela, lo de relacionarlo a un mal de ojo, es una idea descabellada, lo dice ella que ahora le ha dado por creer que su nueva conquista es el amor de su vida por haber pasado una noche juntos. Según me dijo hace algunos días, ese hombre estaba casado desde hace algo más de un año.

Raissa no tarda en llegar, aunque con algo de retraso y cara de preocupación. Tras saludarnos y anunciar que su tardanza se ha debido a que Basi ha sufrido un accidente en *Pole Dance* y ha ido a verlo, la clase da comienzo con un sabor agridulce.

Basi es un amor. Desde que salió del armario, no para, es un culo de mal asiento. Trabaja en una tienda de ropa muy conocida, y aunque echa más horas casi de las que tiene un reloj, siempre saca tiempo para sus *hobbies*.

Desde que le vi por primera vez, supe que iba a convertirse en un gran amigo, a pesar de que somos como el día y la noche, tenemos muy buen *feeling* y muchas veces se une a las salidas de chicas que organiza Marcela. Dice que los mejores homosexuales no están en el mundo de la noche y que si él sale de fiesta con sus dos *amiguís*, no lo hace para desaparecer a la primera de cambio. Estoy segura de que siente cierto resquemor hacia Marcela, ella siempre nos deja tirados.

Al finalizar la clase, anoto los números de todas en la agenda de mi móvil provisional y me despido rápidamente. Necesito encontrar a la señora del romero y tengo la esperanza de que, como ha dejado de llover, habrá acudido a su puesto de trabajo, la puerta del Oceanográfico.

Estoy empapada y aunque ha salido el sol, llevo toda la ropa chorreando. ¡Solo me falta ponerme mala por su culpa!

Acelero el paso para entrar el calor a y lo lejos la veo. ¡Hoy es mi día de suerte!

—¡Por fin te he encontrado! —La ilusión que tengo por haber encontrado a la mujer es indescriptible.

—¿Qué dices, moza?

—¡Soy yo! La de la Alhambra, la que iba a encontrar allí a su amor. —La señora me mira con los ojos abiertos como platos.

—No sé quién eres, déjame trabajar.

—Señora, es usted la mujer del romero, la que me leyó la mano hace una semana.

—Bonita, me estás haciendo perder el tiempo. —No se le veía demasiado cómoda con nuestra conversación.

—Señora, que soy la que le dijo que no llevaba dinero e iba a ir al banco para volver y darle algo. —No me queda más remedio que confesárselo, dado que no se acuerda de mí.

—¡Ah! Tú eres la de los ojos turquesas, ya te recuerdo.

—Mire, tengo que ser sincera con usted, ¿cómo se llama? —No podía seguir llamándola señora del romero.

—¿Y a ti qué te importa? Me estás molestando. Trae tu mano derecha, voy a contarte tu futuro. —En esta ocasión no iba a consentir que me la cogiera, ni de coña.

—¡No! ¡Otra vez no! Dígame su nombre, por favor. —Iba a insistir en saber cómo se llamaba como en no dejar que me tocara.

—¡Qué pesada la niña! Romerita Heredia. ¿Por qué quieres saberlo?

—Un placer, Romerita. Pues verá usted, yo creo que el otro día me echó un gafe, una maldición, un mal de ojo o eso que sea que echan ustedes.

—Pero, ¿qué dices?

—Pues eso, que como no volví, me echó usted un gafe y vengo a que me lo quite.

—Pero, ¿qué gafe ni qué ocho cuartos? Estás como un cencerro. Y luego dice mi marido que trabajar en la calle no es tan duro, que es peor tener que ir a robar romero.

—Por favor, quítemelo, le daré lo que sea.

—¿Sabes qué lo que estás pidiendo puede darme de comer para toda la semana?

—De verdad, líbreme de mi mala suerte y me acompaña usted al banco.

—Voy a ser buena contigo, mocita. Si es que tienes cara de buena chica y no quiero aprovecharme de ti. Yo no hago ese tipo de maldades, vamos, que no le deseo malos presagios a nadie.

—¿Está usted segura? ¿A qué se debe mi mala suerte?

—¿Y a mí qué me dices? Que no soy la Esperanza Gracia esa de Telecinco, que solo me dedico a sacarme unos eurillos con el romero.

—Pero, ¿sus predicciones son fiables?

—Estás apañada tú de la cabeza, ¡qué lástima de muchacha!

—Escuche, Romerita, que yo no le estoy faltando a usted el respeto, sea educada.

—Hija, unas veces acertaré y otras no, no lo sé. Nadie ha venido nunca a darme las gracias.

—Entonces, ¿no voy a encontrar al amor de mi vida en los Jardines de la Alhambra?

—¡Yo qué sé! Estará en la Alhambra, en la Giralda, en las Torres Kio o en el Miguelete.

—Bueno, tome sus cinco euros. —Prefiero no seguir tentando a la suerte y pagarle, por si acaso.

—Gracias, muchas gracias. Espero que encuentres a ese amor que buscas.

—Pero, ¡si yo no estoy buscando a nadie! No quiero amores en mi vida.

—Todas queremos un amor de película, yo lo tengo con mi Francisquito, aunque a veces llegemos a las manos.

—Romerita, el amor está muy sobrevalorado. —Es algo de lo que estoy completamente segura y más, desde mi último desengaño amoroso.

—Venga, márchate, que me espantas a la clientela.

—Ha sido todo un placer charlar con usted —le digo abrazándola por la felicidad que siento al saber que en el fondo es una buena mujer—. Espero volver a verte pronto.

—Vale, vale. Vete, que por ahí viene una pareja con pinta de tener dineros.

Lo cierto es que es Romerita es una mujer bastante agradable, ¡y yo que la tenía por una bruja de la peor calaña! Sigo pensando que mi mala suerte, de estos días, tienen algo que ver con ella, pero bueno, espero que se apiade de mí, encuentre otra clienta a la que poder echar un mal de ojo y que la semana que viene, sea un poco más normal.

Me paso gran parte del domingo sin prácticamente hacer nada. Por la mañana, recojo un poco mi piso, y pongo una lavadora. Lo he ido dejando tanto, que como me descuide, me va a tocar ir a comprar ropa interior. Soy un auténtico desastre para las tareas del hogar. Las odio.

Me hubiera gustado poder ir a visitar a Basi, pero Marcela me ha dicho que se ha acercado al hospital y no le han dejado entrar, está en la unidad de cuidados intensivos.

Hoy solo me apetece estar tirada en el sofá leyendo. Para lo único que

dejo a un lado mi gran plan de vaguería, es para cocinar algo, no quiero morir tan joven por desnutrición. A veces, exagero un poco, lo sé, pero no sería yo si no añado un poco de drama a mi vida.



Capítulo 3

Por fin, tras siete días, me han quitado los puntos. Tengo una cicatriz de un tamaño considerable, aunque supongo que se debe a que todavía está muy reciente.

La enfermera que me ha atendido, le ha restado importancia recomendándome que a partir de un par de semanas, puedo empezar a echarme aceite de rosa de mosqueta. Se supone que los ácidos grasos esenciales que contiene, ayuda a la cicatrización y promueve la regeneración. Si soy constante, se igualará el tono y la textura rápidamente.

Me ha dicho que lo raro sería que la gente me mirara la frente, en vez del color que caracteriza mis ojos. No ha sabido descifrarlo, y lo cierto, es que después de muchos años mirándome al espejo, yo tampoco.

Yo los catalogo como grises, aunque sé que lo que suele gustar, son mis pestañas. Son larguísimas y muy tupidas y aunque soy de maquillarme muy discretamente, siempre resalto esa zona de mi rostro. Soy una chica del montón, no considero que tenga una belleza que despunte demasiado.

Adolfo lleva varios días sin aparecer en la oficina, y a pesar de que simplemente es mi jefe, estoy algo preocupada. Ya no por temas laborales, que estoy encargándome de todas sus funciones, sino por su estado de salud. Sé que hace un par de meses tuvo que someterse a unas pruebas médicas, y aunque no ha dicho nada, supongo que para no preocuparnos, no puedo evitar

pensar en él.

Estoy algo saturada de tanto papeleo, yo me veo capacitada para suplir su ausencia, pero esto de cargarme de trabajo hasta arriba por el mismo sueldo a final de mes, no me hace ni pizca de gracia. Estoy segura de que las horas extras que estoy haciendo no me las van a pagar ni me las van a devolver, o quizá sí, tendré que hablar con recursos humanos. Eso me tiene con la mosca detrás de la oreja.

Lo que más me duele de todo es que no he podido acercarme al hospital a ver a Basi. Han tenido que operarle porque resulta que el accidente que Raissa nos contó el otro día, fue más grave de lo que parecía en un primer momento. Según me comentó ayer por WhatsApp, debido a la caída, sufrió una lesión en la médula espinal. Además, creen que no fue un despiste, sino algo intencionado por alguien. La policía está investigando el asunto.

Voy a mandarle un mensaje. Ya que no puedo ir, al menos, que sepa que me preocupo por él. Sé que está muy decaído, y lo importante en estos casos, es ser fuerte para afrontar la situación de la mejor manera posible.

Hola, hola, ¿cómo está mi bailarín favorito? 14:50



¿Cómo quieres que esté? 14:51

¿Tengo que responder a eso? 14:51

Pues aquí, aburrido, asqueado y sin ganas de vivir. 14:52

No digas eso, tonto. 14:53

Mi mundo se ha venido abajo,

¿qué voy a hacer en una silla de ruedas? 14:54

Anda, anda... Ya verás como no, de aquí a

✓Nada estarás en lo más alto de la barra. 14:55

Cambieemos de tema. ¿Qué tal el curro? 14:58

Hasta las narices, me estoy comiendo

✓todos los marrones y gratuitamente. 14:59

Bueno, tú al menos puedes trabajar. 14:59

Tengo que dejarte, me toca volver al lío, prometo

pasar a verte en cuanto me sea posible, ¡muack! 15:00

Pobrecito. No sé cómo se pueden afrontar este tipo de mazazos en la vida, no conozco a nadie que con esa edad esté en una silla de ruedas y sin poder andar el resto de su vida. Una persona con tanta vitalidad no sé yo si saldrá adelante.

Abro la agenda para comprobar las tareas que tengo por hacer antes de irme y me doy cuenta de que he olvidado enviar un correo electrónico a Spanish Advertising Business, una empresa que está ubicada en Dubái y que, en algunas ocasiones, cuenta con nosotros para hacer de intermediarios con algunos servicios. Por lo que tengo entendido, es un colaborador de los grandes, de los que Adolfo no puede perder bajo ningún concepto. Así que, para no meter la pata, prefiero contactar antes con mi jefe para que me informe bien de lo que necesitan.

—¿Sí? ¿Dígame? —He llamado al teléfono del domicilio de Adolfo, el móvil sigue sin estar operativo y es su mujer quien ha respondido.

—¡Buenas tardes, Encarna! Sé que no debo llamar, pero necesito información urgente y tengo que preguntarle a Adolfo por el tema. Está relacionado con los de Dubái.

—¿Ha pasado algo? ¡Ay, Dios!

—¡No, no, no! Para nada, no se preocupe. Requieren de nuestros servicios y como siempre es Adolfo quién trata con ellos directamente, no sé cómo dirigirme a ellos ni a quién tengo que escribir.

—¡Ah, vale! ¡Menudo susto! Enseguida te paso con mi marido, pero sé breve, por favor.

—No se preocupe, no me llevará más de un par de minutos. —Me deja al otro lado del teléfono y escucho cómo avisa a Adolfo, advirtiéndole de que no me diga nada, no sé qué será eso que no puedo saber.

—¡Hola, mi niña! ¿Qué tal van las cosas por allí? Encarna me ha quitado el teléfono para que esté más tranquilo, pero esto es desesperante. Cuéntame.

—Adolfo, ¡qué alegría escucharte! Pues a ver, por aquí todo marcha genial. Necesito información sobre Spanish Advertising Business. Tengo que escribirles y no sé a quién dirigirme.

—¡Ah! ¿Han llamado?

—No lo sé, Carla me pasó esta mañana el aviso de que tenía que contactar usted con ellos.

—¿Yo? Pero si ya saben que en estos momentos no estoy allí, ¡qué raro!

—Adolfo, no tengo ni idea, solo sé que hay que escribirles.

—Bueno, a ver, busca en el cajón de mi escritorio la agenda de contactos, ¿la tienes?

—Espera, un momento, no la encuentro, un segundo. Sí, aquí está. —Este hombre es un desastre, hay que ver el desorden que tiene.

—Busca en la S, ahí estará la dirección de correo de Alan. Pregúntale qué necesita y ya te dirá él con quién tienes que contactar.

—Perfecto. ¿Cuándo se va a dejar usted ver por aquí? Me tienen esclavizada.

—Cierto, no había pensado en hablar con Manuela, dile que me llame. Y para cualquier cosa, no dudes en llamarme a casa.

—¿Es grave lo que tiene? —me atrevo a preguntar.

—La edad, hija, la edad. Te dejo que Encarna está empezando a impacientarse y luego, me toca escuchar sus sermones durante horas.

—Está bien, Adolfo. Cuídese —le digo antes de colgar.

Decido hacer unas gestiones pendientes para el rodaje de un anuncio publicitario que tenemos mañana. Tengo que avisar a todos los asistentes de que, por motivos de temperatura, se pospone unas horas. No me gustaría nada ser modelo y tener que rodar un anuncio sobre cremas solares a las nueve de la mañana en la playa.

Se me va casi toda la tarde en eso, la única que está conforme, es la modelo, el resto no ha hecho más que poner quejas.

Son las nueve menos cuarto de la tarde. No, si al final tendré que plantar una tienda de campaña aquí. Decido enviarle el mensaje al tal Alan ese antes de irme.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Buenas tardes

Hola, Alan.

Mi nombre es Mónica y estoy aquí para atenderle en todo lo que necesite. ¿Qué desea?

Reciba un cordial saludo.

No ha pasado ni un minuto cuando recibo la notificación de que el correo ha sido leído. ¿Qué hora será allí?

Doy por finalizada mi jornada laboral. ¡Otro día sin poder ir a ver a Basi al hospital! De mañana, no pasa.

Mientras salgo del edificio, la última, cómo no, me despido de Jordi, el empleado de seguridad nocturno.

No he andado más de cincuenta metros cuando mi móvil de empresa me avisa de que he recibido un correo. ¿Lo miro?

Bajo la pestaña de las notificaciones y ahí está. Alan Miller.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suarez

Asunto: ¿Buenas tardes?

Hola, Mónica.

¿Se ha fijado en la hora antes de mandar su correo? Aquí son casi las once de la noche. Me permito el lujo de no trabajar en horario nocturno. ¿Por qué me escribe usted y no Adolfo? Mañana, a primera hora, hablamos.

Un saludo.

Menudo hombre, porque digo yo que será un hombre, más estúpido. Reproduzco otra vez en un tono burlón sus palabras. ¡Qué borde el tío!

Llego a casa cansada y lo único que me apetece es dormir, hoy ni libros ni televisión. Me hago un sándwich de lo primero que encuentro en la nevera, pavo y queso. Anoto mentalmente que tengo que ir a hacer la compra.

Me ducho rápido, preparo para mañana un pantalón negro con caída y una camisa amarilla tirando a mostaza con algunos motivos florales y me voy a la cama.

Cuando más a gusto estoy, el móvil pita de nuevo anunciando otro correo.
Paso. No son horas, lo silencio. Ya lo leeré mañana.



Capítulo 4

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Ahora no responde?

¿Tiene usted la osadía de no responder a mi correo? ¿Quién es?

Pues tampoco es que fuera tan importante lo que tenía que decirme, la verdad. Como anoche me dormí con la cosa de que Alan me había enviado otro correo, soñé algo bastante raro. Tuve un sueño diferente a los que suelo tener, uno de esos que suben la temperatura. Solo de pensarlo, me sonrojo.

No suelo hablar de mi vida sentimental, pero eso no quiere decir que sea una monja de clausura, ni un ser humano asexual, que no tengo nada en contra de este tipo de personas, ¿eh? En estos momentos, estoy algo cerrada al amor, mi corazón está sellado con adhesivo de poliuretano. ¿El motivo? No lo hay, supongo. No he sufrido ningún desengaño amoroso hasta la fecha, tampoco he pasado por ninguna situación complicada en ese aspecto. Simplemente, pienso que compartir mi día a día con alguien es una pérdida de tiempo y que en vez de sumar beneficios a mi vida, se los resta. Eso de encontrarme otro cepillo de dientes en mi cuarto de baño, me pone los pelos de punta. Sola vivo muy bien. Hago lo que quiero cuando quiero, no tengo que dar explicaciones a nadie, ni

cocinar para dos. Si un día no quiero recoger mi casa, no pasa nada, nadie lo va a ver. Si otro me entra una neura *limpieril*, pongo todo patas arriba sin estar bajo la atenta mirada de alguien que me analice minuciosamente.

El caso es que me he despertado muy sobresaltada. En él aparecían dos personas en un cuarto, morado oscuro, con un foco de luz tenue iluminando el centro de la estancia, proporcionando oscuridad al resto. Reconocía a la mujer que se encontraba bajo la luz, el mismo pelo oscuro cayendo en cascada por la espalda y el mismo cuerpo que cada día veo en el espejo. Era yo. Un sillón en una de las esquinas donde la iluminación no llegaba, un hombre sentado sobre él. Trajeado, muy bien vestido, grande, al menos eso recuerdo por el contorno de su cuerpo, pero sin rostro. No consigo recordar sus rasgos, la oscuridad abrazaba su silueta haciendo que su energía atravesara cada poro de mi piel. No sé si era guapo o no, ni si era atractivo. Recuerdo el olor que llegaba a mis fosas nasales, su perfume, tan masculino como él, me tenía hipnotizada.

Yo bailaba sensualmente para él, movía mis caderas al ritmo de una danza árabe instrumental. Me sentía *sexy* y desinhibida. Sentía que el centro de mi cuerpo, controlaba las sensaciones y los movimientos torpes de ese hombre misterioso, era poderosa. Con gestos me pedía que me acercara a él y yo, al compás de la melodía, cumplía sus deseos. A cada paso que daba, los destellos de las monedas de mi vestimenta se reflejaban en sus ojos. No conseguía ver el color, sin embargo sabía que podían ser capaces de atraparme.

No hacía falta nada más. Música, danza, oscuridad, un hombre sentado en un sillón y yo.

Ahí es cuando ha sonado el despertador haciéndome abrir los ojos para volver a la realidad. Desde entonces, no dejo de pensar en cómo será el espectador de mi sueño.

El día hubiera transcurrido de lo más normal si Alan no hubiese estado tocándome las narices todo el día. De verdad, es muy pesado.

Hemos intercambiado unos veinte correos y con ellos, me he dado cuenta

de lo cansino que es y de la paciencia que puedo llegar a tener. Pues, ¿no me ha pedido mi currículum y mi titulación? ¿Es él mi jefe y no me he enterado? No hago más que recordar que tengo que ser educada, pero esa prepotencia con la que se dirige a mí, no me gusta ni un pelo.

Por lo que he entendido, ya que se explica como el culo, necesita organizar algo, tipo fiesta, encuentro o yo qué sé. Que sea muy español dice. Al último no he contestado. He decidido que voy a ver a Basi, de hoy no pasa. No he estado todo el día adelantando trabajo para que el tío este me tenga pegada a la pantalla, me niego. Sus peticiones tendrán que esperar.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Qué me recomienda?

Ya le he dicho que mi deseo es organizar algo muy español. He llamado a su jefe y me ha dicho que confía plenamente en usted, a pesar de que no quiere mostrarme su experiencia.

Páseme un listado de actividades ya. Y ya, es ya. Me da igual que tenga que marcharse, digo yo que tendrá un móvil de última generación para hacerlo.

Un saludo.

Pero, ¿este tío quién se ha creído que es? Con toda su cara ha llamado a Adolfo, yo es que alucino por completo. Menos mal que él sabe de sobra que soy una persona responsable y que puede confiar en mí al cien por cien.

Por todos, al menos por mis compañeros, es sabido que fuera del trabajo, no estamos en la obligación de responder correos laborales y no pienso hacerlo, no le voy a dar el gusto. ¡Ya es lo que me faltaba!

Recojo todo, apago el ordenador, el que por cierto, está empezando a fallar, compruebo que no tengo nada pendiente de hacer en la agenda y me voy al hospital.

—¿Cómo está mi bailarín preferido? —Entro en la habitación en la que está mi amigo con una enorme caja de bombones en mis manos.

—Dichosos los ojos que te ven, guapa. —Se le ve muy desmejorado, algo que no me extraña dada la circunstancia por la que está pasando.

—Te favorecen muchísimo esas mechitas rosas que llevas.

—¿Estos pelos? —me pregunta tocándose la cabeza—. Ideas de Marcela, ya sabes que soy una especie de busto viviente para las probatinas.

—¡Tú que siempre te dejas! Pero vamos, que te queda muy bien. Toma, esto es para ti —le digo entregándole los chocolates.

—¡Qué buenos! No te puedes imaginar lo mala que está aquí la comida.

—¡Exagerado! Cuéntame, ¿ha pasado el médico?

—No exagero, ya verás ahora cuando me traigan la cena. Pues sí ha venido, esta mañana, pero luego ya no ha vuelto.

—¿Y qué te ha dicho? —le pregunto acercando a la cama la silla que hay en un rincón.

—Pues que si todo va bien, como mucho, en una semana me mandan a casa.

—¡Ostras! Eso es muy buena noticia, ¿no?

—Bueno, no del todo. Hasta que no esté recuperado no voy a poder valerme por mí mismo.

—¿No has pensado en pasar una temporadita en casa de tus padres?

—Sí que lo he pensado, pero desde que supieron lo mío, mi padre está muy tirante conmigo. Todo le molesta, todo lo critica y todo le parece mal.

—¿No se han ofrecido a que vayas allí? —Al padre de Basi no le conozco, pero a la madre sí y es una mujer encantadora.

—Bueno, a ver, no sé... Es que no les he dicho lo que me ha pasado.

—¿En serio? Pero, ¿tú eres tonto?

—No, tonto no. Simplemente, no quiero que mi padre me diga que esto me ha pasado por estar desviado. Estoy harto de sus reproches y sus tonterías.

—Basi, por favor, esto es algo que tienen que saber. Llama a tu madre.

—Bueno, me lo pensaré. Mira, por ahí viene mi manjar —me dice mirando hacia la puerta.

—¡Buenas noches, Basi! Aquí tienes la cena. Te he escondido dos sobrecitos de sal debajo del pan —le dice el enfermero que acaba de entrar en la habitación—. No se lo digas a nadie, ¿eh?

—Gracias, Manuel. Eres un encanto —le responde Basi guiñándole un ojo. ¡Uy! Que aquí hay temita.

—Estoy en el turno de noche. Luego, cuando la cosa esté calmada, me paso un ratito por aquí.

—Vale, guapo —le dice mientras Manuel se va a seguir su ronda.

—Pero, ¿esto qué es, Basilillo? —No puedo evitar sacar mi vena cotilla.

—Pues ya ves, Manuel que está muy pendiente de mí. Solo eso.

—Ya, claro... No te lo crees ni tú —le digo entre carcajadas.

—Es muy majo, no te lo voy a negar, pero no estoy yo para ligues, ¿no me ves?

—¡No digas chorradas! —le digo fingiendo un enfado que no siento —. Eres guapo, muy atento, divertido y tienes un cuerpazo de infarto, ¿qué más necesitas?

—¿Andar? ¿No depender de una silla de ruedas?

—Basi, es algo temporal. Si todo va bien, en nada estarás correteando y dándolo todo en nuestras salidas de sábado. —Intento animarle un poco, sé que está muy preocupado.

—Si tú lo dices...

—Además, digo yo que tiene que haber alguna normativa que facilite el paso a las personas en silla de ruedas a las discotecas, ¿no?

—¿Te crees que tengo ganas de bailar? ¡Mírame, por favor!

—Bueno, vale. Ya hablaremos del tema cuando lo veas todo menos negro, ¿te parece?

—No pienso verlo de otra forma, pero vale.

—Mira que eres cabezón, ¿eh? A ver qué menú tienes —le digo levantándome para acercarle la bandeja—. ¡Mmm! Sopa de aguachirri con cuatro fideos flotantes y de segundo, filete de ternera dura como la suela de un zapato a la plancha, acompañado de guisantes crudos. ¡Muy rico todo!

—Estás muy graciosa tú hoy, ¿no? ¡Oye! ¿Qué tal en el curro? —me pregunta mientras pone cara de asco al probar el caldo.

—Muy agobiada, Basi. Me lo estoy comiendo todo yo. Encima, hay un cliente de Dubái que me está tocando las narices, no te imaginas cuánto.

—¿Es guapo? —Basi también tiene la vena cotilla a la orden del día.

—No lo sé. No le he visto nunca. Además, tampoco me importa, la verdad.

—¿Te imaginas que es un Christian Grey como el de Cincuenta sombras?

—¡Qué daño han hecho esos libros!

—Va tonta, te encantan y lo sabes.

—Que me gusten los libros no quiere decir que quiera en mi vida un hombre que me fustigue, no te equivoques.

—Unos azotitos....

—¡Ay, calla! —Solo de pensar en un hombre azotándome, me pongo mala.

—¡Va, tonta! Te digo yo que cuando estás ahí, metida en plena faena, excita mucho. Te pone más perraca.

—¡Basi! Hablas muy seguro de lo que dices, ¿no?

—¡Ay, nena! Hay que probar todo en esta vida.

—Estás fatal —le digo entre risas—. Bueno, yo voy a marcharme que se ha hecho super tarde y aún tengo mil cosas por hacer en casa.

—¡Qué maniática eres! Yo no podría vivir contigo.

—Ni yo contigo. Eres un completo desastre. —Me acerco a darle un beso

de despedida—. Mañana te llamo.

—Vale, guapa. Gracias por venir a verme y distraerme un poco.

—No tienes que darlas. Para eso estamos, aunque no haya podido venir antes.

Lo cierto es que esperaba encontrarlo peor. Está bastante animado y me he quedado más tranquila. Espero que siga haciendo buenas migas con Manuel, tiene pinta de ser muy simpático y ya va siendo hora de que mi amigo asiente un poco la cabeza. Tampoco hace falta que se case, odio las bodas y todo lo que conlleva, pero es que desde que empezó a frecuentar bares de ambiente, cada día está con un hombre diferente. No tengo nada en contra de eso, la verdad. Cada uno es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo, pero sé que Basi sería más feliz estando en pareja.

De camino a casa voy pensando en qué hacer para cenar y en qué ropa voy a ponerme mañana. Al final, me toca ir a la grabación del anuncio publicitario. La chica que suele ir, mañana se ha pedido el día libre por asuntos propios, así que Adolfo me ha escrito para pedirme que vaya yo.

Pues nada, mañana toca día de playa.



Capítulo 5

Mi día no ha podido empezar de peor manera. ¿Ha vuelto la mala suerte a mí? Espero que no. Con una semana caótica al mes, creo que es suficiente. Me niego a seguir viviendo situaciones surrealistas cada dos por tres.

Para empezar, algún desgraciado se ha dedicado a destrozar todos los espejos retrovisores de mi calle. Anoche encontré aparcamiento justo en la puerta de mi portal y claro, el mío ha amanecido en el suelo hecho trozos. No es que solo lo hayan roto, es que estaba completamente hecho añicos. Ya me diréis qué gracia tiene pisotearlo. Espero que la superstición esa de siete años de mala suerte por romper un espejo haga que, al malnacido que ha roto más de quince, se le acumulen los años. Así a ojo, serán unos ciento cinco. ¡Hala, ya tiene hasta que se muera!

Después, con la visibilidad reducida por culpa de la rotura, le he dado un pequeño golpe a un vehículo cuando me incorporaba a una de las carreteras que llevan a la playa. No ha sido gran cosa, lo suyo, digo, ni siquiera hemos tenido que hacer un parte de accidentes de esos en los que se tiene que llamar a las autoridades porque ambas partes están en desacuerdo. Lo hemos resuelto enseguida, pero eso sí, el *rasconcillo* va a tener a la pobre muchacha que conducía unos días sin vehículo.

El susto, en cambio, sí ha sido grande, y no poco. En mi vida he tenido un golpe con el coche, eso sí, por si las moscas, tengo el seguro a todo riesgo y a

mí, que he arañado todo el lateral, me lo pintarán de forma gratuita, pero estoy segura de que voy a perder los beneficios en mi póliza. ¡Qué rabia me da!

Por supuesto, y como era de esperar, entre unas cosas y otras, he llegado con el tiempo justito a la grabación y, ¿cuál ha sido mi sorpresa nada más aparcar? He notado la ausencia de una persona primordial para el anuncio, alguien que si no está, es imposible rodar, alguien que ya estaba avisada de que tendría que haber volado ayer. La modelo.

—¡Buenos días! ¿Dónde está Marlene? —pregunto al equipo nada más llegar a la zona en la que están.

—¡Hola, Mónica! Dice que su vuelo se ha retrasado. De hecho, no ha salido todavía, me lo está contando por WhatsApp —me dice Aída, su representante, con la cara desencajada.

—Quedé con ella en que viajaría ayer por la noche, no hoy. —A veces, los modelos me sacan de mis casillas—. Explícame a ver qué hacemos ahora, Aída.

—¿Esperarla?

—¿Tú sabes cuánto se retrasaría todo? No hablamos de un trayecto de una hora, sino de uno de cuatro y media.

—Ya, pero ella no es la culpable de que la compañía haya retrasado el vuelo.

—No, de eso no, pero sí de es la responsable de llegar puntual.

—No se lo tengáis en cuenta. La pobre está pasando por una mala racha —me dice a modo de disculpa Aída.

—Lo siento, pero no eres tú quién paga a todas estas personas que están aquí. El contrato queda rescindido.

—Tú no puedes rescindir nada, pero, ¿quién te crees que eres? Voy a llamar a Adolfo.

—¡Lo que me faltaba hoy! Llama a quién te dé la gana, chata. —Sé de sobra que Adolfo va a tomar la misma decisión que yo.

Veo que Aída se aleja unos metros para llamar por teléfono. No tarda en hacer aspavientos con los brazos en todas las direcciones, como si de una avioneta se tratase, supongo que pretende ponerme de vuelta y media, pero me da igual. No tiene razón, y por mucho que Marlene sea su representada, hay cosas indefendibles, y esta, es una de ellas. Sé que no va a convencer a Adolfo. Yo soy maniática y perfeccionista, pero él todavía más y es probable que le diga que no la van a volver a contratar en lo que le resta de vida, ¿será por modelos?

Saco mi móvil para comprobar qué hora es y cuánto retraso llevamos tras este imprevisto, ya que diez minutos después de alejarse, Aída sigue hablando. ¡Qué mujer más pesada! Tengo varias notificaciones de correos, pero hay uno que sé que tengo que mirar.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Cuándo va a responderme?

¡Buenos días, Mónica!

Sigo esperando el listado que le pedí ayer y que usted no me pasó.

Quedo a la espera de recibirlo, a la mayor brevedad, si es posible.

Un saludo.

Mierda, tiene razón. Con la cosa de que es tan asquerosamente correcto e idiota en algunas ocasiones, he querido desquiciarle un poquito y se me pasó por completo que tenía que responderle. El tema de Marlene ya me está complicando el día, así que seré educada con Alan Miller para no sumar más quebraderos de cabeza hoy.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Ahora no puedo atenderle.

¡Sr. Alan!

Siento no haberle contestado, llevo una mañana de locos. Estoy fuera de la oficina, en cuanto llegue me pongo con lo suyo, lo prometo.

No se preocupe.

Un saludito.

Lo releo en cuanto aparece como enviado y me doy cuenta de que parezco hasta simpática con él. ¿Cuántos años tendrá el estúpido este? ¿Será un viejo cascarrabias? A mí tanto usted, usted, no me gusta. Entiendo que laboralmente, es la mejor forma de dirigirse a alguien, pero me parece muy frío y distante.

—¡Oye, tú! Dice Adolfo que te pongas —me dice de malas maneras Aída extendiendo su brazo para darme el teléfono.

—Baja esos humitos, guapa —le respondo cogiéndolo—. ¿Sí?

—Mónica, tienes que buscar una solución. Marlene no va a llegar a tiempo y no se va a posponer para otro día. Es inviable, imposible. Haz algo.

—A ver, relájate, Adolfo. ¿Qué quieres que haga?

—Busca a alguien. Una mujer, de pelo oscuro, y morena de piel. Piensa que tenemos que rodar un anuncio de bronceador solar. Digo yo que alguien habrá en el archivo, ¿no?

—Adolfo, no lo tengo aquí, pero aun así, no puedes llamar a una persona y decirle que se presente aquí y ahora.

—¿Cómo qué no? La gente no come del aire, ofrece una buena cantidad, ya verás.

—Bueno, vale. Voy a intentarlo. Ahora te llamo.

Tras pasar un rato dándole vueltas al tema de cómo traer a una modelo aquí y ahora, no encuentro otra manera. He llamado a Lucía para que me pase un listado de posibles candidatas y poder ir llamando una a una.

Decido esperar sentada en la terraza de una conocida cafetería que hay en el paseo. Mientras, me tomo un *Caramel Machiato*, adoro el sabor dulce que deja su espuma en mi paladar. No pasan más de dos minutos cuando recibo la lista y me pongo manos a la obra.

Después de un cuarto de hora, me doy por vencida. He llamado a ocho y ninguna puede venir. Ya me lo imaginaba yo...

—Adolfo, soy yo de nuevo. —No me hace mucha gracia estar llamándolo, pero no me queda otra opción.

—Dime. ¿Quién va? —me responde él al otro lado del teléfono.

—Nadie. Es imposible. Vamos a tener que posponer la grabación para otro día.

—¿No puede ser! ¿Sabes lo que me cuesta el alquiler de los aparatos un día?

—Ya le dije que Marlene no era seria y usted se empeñó en que había que darle una nueva oportunidad. Es la segunda vez que nos hace algo parecido.

—¡Ay! Si te hubiera hecho caso...

—¿Qué hacemos? ¿Recogemos y nos vamos?

—No sé... Creo que se me está ocurriendo la solución perfecta.

—Soy toda oídos. Dígame.

—Sal tú. Eres una muchacha guapa, tu rostro transmite confianza y tienes unos rasgos faciales muy definidos. Quizá, falle la altura de tu cuerpo, pero es un anuncio, no creo que haya problema. Eres perfecta para sacarnos de este embrollo.

—¡No, no, no! Me niego rotundamente.

—Mónika, por favor. Hazlo por mí. Solo será esta vez.

—Yo no quiero salir en la televisión, ni siquiera en un anuncio publicitario. No he estudiado una carrera universitaria para llegar a esto.

—Te pagaré un plus. Te compensaré con lo que iba a cobrar Marlene. — La verdad es que un dinerillo extra no me vendría nada mal.

—Adolfo, yo no valgo para esas cosas. ¡Si no subo fotos más ni en mis redes sociales! No me gustan las cámaras. No hay *feeling* entre nosotras y siempre salgo horrible.

—¡Por favor, por favor! —Está empezando a suplicarme y me da mucha lástima.

—Además, no tengo ropa. No se pensará usted que debajo de lo que llevo, me he puesto un traje de baño.

—No intentes convencerme. Sé que siempre llevas en el maletero de tu coche una bolsa con eso que te pones para bailar. —Ha sido hablar de mi coche y se me ha encendido la bombilla. Con ese dinero extra podría pagar la reparación sin tener que dar parte al seguro.

—Bueno, vale. Está bien —le respondo no muy convencida.

—Gracias. Muchas gracias, Mónika. Ahora tengo que dejarte. Hablamos luego.

¡Menudo marrón! A pesar de que no quería, no le ha costado mucho convencerme. Sé que las modelos publicitarias no cobran nada mal, pero no sé cuál será mi reacción cuando me vea reflejada en la pantalla de mi televisión en los cortes de publicidad. ¡Qué vergüenza!

Me termino el poco líquido ya frío que queda en la taza, recojo todo lo que tengo sobre la mesa, me levanto con las piernas temblando como si fueran gelatinas. Seguidamente, me dirijo hacia el coche para coger mi bolsa de deporte y caigo en la cuenta de que además de mi ropa de ensayo, llevo también la de las actuaciones. Esta semana había quedado en llevarla a la tintorería debido a que muy pronto tenemos una.

Al poco de empezar con la danza del vientre, me enamoré de un conjunto que vi en una tienda especializada y no pude evitar comprarlo, a pesar de no ser nada barato. Es de color rosa, llamativo, pero de un tono que atrapa, y está formado por un sujetador que realza mi pecho y lleva incrustados unos adornos blancos cargados de pedrería, la falda es a juego y en la zona de la cintura, lleva los mismos brillantes que la parte superior.

Con valentía cojo la funda de plástico transparente en la que está metido y, tomo rumbo hacia la playa.

Las personas del equipo están nerviosas y algo alteradas por el retraso que llevamos. Les cuento las novedades y el cambio de planes y nos ponemos a trabajar. Aída no se lo ha tomado nada bien y mirándome de arriba a abajo, se ha marchado diciendo que menuda cagada monumental estamos haciendo.

Como puedo, me desvisto entre las telas de un cambiador improvisado que no tiene ninguna estabilidad debido a la brisa marina, «¿a quién se le ha ocurrido montar esto de semejante forma? No es lógico». Me enredo con las telas, y creo que se me está viendo todo desde ahí fuera.

Salgo nada más acabar deshaciéndome de las telas colgantes y me dirijo hacia dónde están las chicas de chapa y pintura. A ver ahora qué me hacen en la cara, seguro que me llenan de potingues.

Deciden maquillarme muy sutilmente, resaltan mis ojos y pintan mis labios en el mismo tono de rosa que llevo en la ropa. El pelo, debido al aire que hace, me lo dejan tal cual lo llevo, rizado y suelto.

Allá vamos. Tres, dos, uno. ¡Cámara y ... Acción!



Capítulo 6

En cuanto terminamos con el asunto del anuncio de las cremas solares, me cambio de ropa y me pongo a buscar en Google Sites un restaurante con buenas reseñas para comer. Entre unas cosas y otras, nos han dado las dos y media de la tarde, al final, toda la mañana perdida.

No me quiero ni imaginar la vergüenza que voy a pasar cuando me vea en la televisión anunciando cremas solares, y encima, el director ha decidido hacer unas cuantas fotografías para poder ponerlas en catálogos y marquesinas.

Veo que a unos trescientos metros, en segunda línea de playa, hay un asiático con muy buenas opiniones y me dirijo hacia su terraza. Si no me alimento ya, voy a desvanecerme desmayada en cualquier instante. Adoro la comida asiática. Sé que no hace mucho dije que me encantaba la italiana, y lo cierto es que me encanta comer, cualquier tipo de cocina me va bien. Hay muy pocas cosas que no me gusten, y la dieta de la que más disfruto, es la mediterránea, lo reconozco.

No hay muchas personas, la verdad, así que mejor, más rápidamente terminaré. No sé el motivo, pero los orientales tienen mucha eficacia a la hora de servir. He pedido un rollito de primavera, arroz tres delicias y pollo *con-you*. Esto último no sé qué es, aunque según la camarera, es pollo, ligeramente empanado, pero muy crujiente. Va sobre una salsa de soja hecha con aceite de sésamo y cebollino picado. ¡Mmm! Salivo solo de pensarlo.

Mientras espero, cojo el móvil para mirar los mensajes, correos y llamadas que tengo, el de empresa, ya que el personal todavía no lo han reparado. Ya está ahí, el tocapelotas de turno. No lo he leído todavía y ya me he puesto de mal humor.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Un saludito?

Sin comentarios. No puedo estar esperando a que usted saque tiempo para mí, ¿quiere que hable con Adolfo?

Y por favor, déjese de saluditos.

Pero bueno, ¿qué le pasa a este hombre? No entiendo que le haya podido sentar mal esa despedida, yo no le veo nada de malo, de verdad, tanta cordialidad y tanta tontería a mí me pone de los nervios, me saca de mis casillas. Que sí, que vale, que hay que ser educada, pero... ¡Madre mía! Para colmo, me amenaza con llamar a Adolfo... Que lo llame, que lo llame... No, mejor aún, voy a llamarlo yo.

—Dime, Mónica —me responde nada más sonar el primer tono.

—Te he pillado con el móvil en la mano, ¿eh?

—Sí, pero no se lo digas a Encarna, que ya sabes cómo se pone de pesada, me tiene frito.

—Vale, seré una tumba, lo prometo. A ver, te llamo porque Alan Miller es intratable. Quiere que esté a su plena disposición, en exclusiva por y para él. Encima, se queja por todo. Yo así no puedo, de verdad, ¿eh?

—Calma, calma. Coge aire y respira.

—Te lo digo en serio, Adolfo, ponle a otra persona, no puedo con él. Me

cae muy mal y vale que es un cliente importante, pero es idiota.

—Pero, ¿qué dices? Es un hombre encantador, te lo aseguro.

—Define encantador, porque vaya tela...

—Pues no sé, es bastante educado, cordial y paciente.

—¿Paciente? No hablamos del mismo Alan, te lo digo yo. Es muy exigente.

—Bueno, quizás eso sí, pero ya sabes que hay que mimarlo.

—Yo a ese no le mimo. Anda y que le den. ¿No puedes cambiar a la persona de contacto, por favor?

—No puedo, tú eres la mejor para tratar con él, estoy seguro.

—Adolfo, si lo perdemos como cliente por mi culpa, luego no me digas nada.

—Sé que eso no pasará, no hay nadie en la empresa que esté tan a la altura de su puesto de trabajo como tú.

—Define estar a la altura.

—Mónica, tengo que dejarte, estoy escuchando a Encarna canturreando y viene hacia aquí. Sé educada con él, dale lo que pide y no habrá problemas — me cuelga sin darme la oportunidad de responderle.

Mi mal humor se ha multiplicado por cien, o por mil, ya no lo sé. ¿Qué le dé lo que pida? Sí, claro, a saber las cosas que puede pedir el estirado ese. En el fondo sé que no me queda más remedio que hacer caso a lo que dice mi jefe. Si quiero comer todos los meses, es lo que hay, por lo que nada más llegar a la oficina, me pongo a buscar el maldito listado que ya de antemano, sé que me va a hacer perder mucho tiempo.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Su listado.

Estimado, Alan.

Aquí tiene lo que me ha pedido, espero que sea de su gusto y que las actividades que he elegido para su celebración, sean las adecuadas.

Quedo a la espera de su respuesta para concretar las reservas.

Reciba un cordial saludo y disculpe la tardanza en responder.

Pues oye, tiene razón Adolfo, cuando quiero, puedo estar a la altura esa que no me ha definido y ser bastante cordial, aunque no sé por qué, tengo la impresión de que el idiota de turno va a poner alguna pega, me lo veo venir. He incluido en el listado un espectáculo de danza del vientre de una compañía de baile que conozco. Sé que eso no es muy español que digamos, pero para mí es un arte.

Mientras espero a que me responda, intento adelantar un poco el trabajo acumulado, sé que no saldré de aquí hasta las tantas y me da rabia. Hoy precisamente que había quedado con Marcela para salir a tomar algo, va a ser imposible, así que le envíe un mensaje para dejar nuestra salida para otro día.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Danza del vientre?

¿Qué sentido tiene meter eso en el listado? ¿Puede explicármelo? A poder ser hoy, gracias.

Claro que puedo explicárselo, además con todo tipo de detalles. Doy a responder a su correo y brevemente le explico sin entrar demasiado en detalles.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Sí. Danza del vientre.

No es un simple baile, es esencia, un lenguaje, una expresión artística que nace de dentro y transmite lo mejor de una persona. Es una danza que saca lo más bello de la feminidad de una mujer.

Sé que no es una actividad de origen español, pero créame cuando le digo que la combinación puede ser perfecta.

Un saludo, Alan.

Después de enviarle el correo siento ganas de bailar. Hablar sobre la danza del vientre activa mi mente y mi cuerpo de una manera indescriptible y decido que cuando llegue a casa, me haré algo de cenar y pondré un poco de música para dejarme llevar antes de darme un relajante baño de espuma y sales minerales.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: Quizá me pueda servir

Lo describe de forma elegante y puede, como usted dice, valerme.

Ahora tengo una cita y no podemos seguir concretando cosas, pero mañana a primera hora, lo hablamos. ¿Le parece bien?

Por cierto, he hablado con Adolfo, en caso de que acepte, será usted con su grupo de baile quienes vengan.

Un saludo.

¿Nosotras? ¿A Dubái? ¿En serio? No se nos ha perdido nada allí, y además, no nos dedicamos a ello profesionalmente, por lo que dudo mucho que pudiéramos dejar nuestras rutinas y obligaciones e ir todas. No me parece bien que Adolfo le haya contado al estirado de Alan lo que hago fuera de mi horario laboral.

De; Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: ¿Nosotras?

¡Qué manía tiene usted con hablar todo con Adolfo! Si es mi grupo de baile quién va allí, somos nosotras las que tenemos que decidirlo, no usted, ¿no cree?

Somos aprendices y no estamos preparadas para actuar en público, por lo tanto, yo le aseguro que le buscaría uno adecuado.

Un saludo.

Él no sabe nada de nosotras, ni siquiera cómo nos llamamos, no se lo he puesto. Realmente, no le he mentado, he ocultado un poquitín la realidad. Si nos conocen en este mundillo y de vez en cuando, hemos asistido como invitadas a algunos certámenes de danzas, pero eso él no lo sabe. Seguro que el estúpido le pone pegas al inicio de mi correo.

No tarda más de dos minutos en responderme, ¿no decía que se iba? Ya lo veo, ya. Abro la bandeja de correos y solo con ver el asunto, se me ponen los pelos de punta.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: Las he visto bailar

No vaya por ahí. Adolfo, mientras hablábamos por teléfono, me ha dicho el nombre de su grupo y con teclearlo en Internet, ha sido suficiente. Hay cientos de videos y no me ha hecho falta preguntar por usted, en cuanto la he visto, he sabido quién era. Me ha gustado. Quiero que venga su grupo y en especial, quiero que venga usted.

Un saludo.

Salgo del ensimismamiento en el que me he quedado cuando Lucía me llama para decirme que ha llegado un repartidor con un paquete para mí. ¿Será mi móvil? Yo creo que ya está bien, son muchos días los que he estado esperándolo.

Efectivamente es un móvil, no el mío, sino uno nuevo. Por lo visto, según pone en un informe que venía incluido en la caja, mi terminal era irreparable y el seguro lo ha sustituido por uno de características similares al anterior, pero mejor. Hay una cosa que me da mucha rabia... ¿Y mis fotos? ¿Y mis videos? No puedo creer que lo he perdido todo, pero bueno, no me queda más remedio que resignarme e instalarle de nuevo todas las aplicaciones que tenía.

Casi dos horas después ya está, tengo de nuevo instaladas mis redes sociales y mi WhatsApp. Por suerte, en la nube de mi cuenta se había subido todo automáticamente sin yo saberlo, no doy saltos de alegría y de euforia porque estoy en la oficina. Aquí me toman por una persona seria y quiero que siga siendo así.

Al llegar a casa, pongo en marcha el plan que he tenido esta tarde. Cena rápida, un sándwich de pavo y queso *gouda*, para ser más concreta, una botella de té al limón, música oriental, danza y un buen baño relajante.

Mientras estoy sumergida en el agua aromatizada, decido contarles al grupo de danza el tema de Dubái.



Capítulo 7

Yo

¡Hola, holita! Ya estoy por aquí de nuevo. 22:30

Angy

Dichosos los ojos que te ven, guapa. ¿Qué tal? 22:31

Basi

Mónika de mi corazón, te echaba de menos. 22:32

Yo

¡Basi, mi niño! ¿Qué tal estás? 22:32

Basi

Bien, supongo. Pocas novedades. 22:33

Michelle

Moni, cielo, esto es un coñazo sin ti. 22:34

Marcela

¡Mi niña! Qué bien que estés ya por aquí.

Tenemos que hablar. 22:38

Yo

¡Ni que yo fuera la alegría de la huerta!

Dime, Marcela. 22:39

Marcela

Ya te contaré.

¿Quedamos mañana para comer? 22:40

Yo

Vale. A las dos en punto en el restaurante de siempre. 22:42

Marcela

Vale. Os dejo que estoy ocupada.

Ya me entendéis. 22:44

Yo

¡Ja, ja, ja! No cambias. Pásalo bien. 22:45

Angy

¿Has sabido algo del robo? 22:46

Yo

No. De momento, todo sigue igual.

Me salgo de la bañera y os cuento una cosa. 22:47

Basi

Ok. 22:48

Michelle

Vale, no tardes.

En nada me voy a dormir que mañana madrugo. 22:50

Yo

Pues a ver... Resulta que hay un tipo que nos contrataría.

Podemos sacar un buen pellizquito, la verdad.

Pero como en todo, hay un inconveniente.

Tendríamos que viajar a Dubái.

¿Qué os parece la idea? 23:01

Raissa

¿Ahora te dedicas a buscar contrataciones? 23:03

Yo

¿Qué dices? 23:04

Raissa

Lo que estás leyendo, bonita.
Te pregunto que si ahora eres la nueva
relaciones públicas del grupo. 23:05

Yo

No. No lo soy.

Pero vamos, no entiendo que pueda sentarte mal. 23:06

Basi

Haya paz, chicas. 23:07

Raissa

No creo que esa sea tu función aquí. 23:08

Yo

¿Cuál se supone que es? 23:09

Raissa

Déjalo. Paso. 23:10

Yo

No, de eso nada.

✂ ¿Se puede saber qué te pasa conmigo? 23:11

Raissa

La que busca las actuaciones soy yo.

Para eso soy vuestra profesora, ¿no? 23:13

Yo

¿En serio?

Yo flipo contigo, tía.

Con lo que te pagamos, qué menos, ¿no?

✂ ¿De qué vas en ese plan? 23:14

Raissa

Creo que he sido bastante clara.

No tengo nada más que decir.

No iremos. 23:16

Yo

Raissa, no sabes ni las condiciones.

No te pongas así.

Quiero el bien del grupo y esto es algo buenísimo. 23:17

Raissa

Te he dicho que se acabó el tema.

No vamos a ir a Dubái porque tú quieras. 23:18

Yo

No pagaríamos nada.

Ni vuelos, ni alojamiento, ni comidas.

Sería todo a gastos pagados y encima, nos pagarían. 23:20

Raissa

Eres muy pesada, guapa. 23:21

Yo

¿Qué opináis el resto? 23:23

Raissa

Deja en paz al resto, anda. 23:24

Basi

Yo no puedo ir, ya lo sabes. 23:24

Marcela

Menuda hay aquí liada.

Esto es más interesante que la velada con mi cita.

¿Os podéis creer que me ha traído al cine a ver un drama?

¡Qué horror!

Mónica, cuenta conmigo. 23:25

Yo

Vale, Marcela. Gracias. 23:26

Marcela

Ahora sí que os dejo, que este se va a mosquear.

Mañana os leo.

A ti, Mónica, te veo mañana. 23:28

Michelle

Sabes que estoy trabajando y no sé si podré.

Lo puedo consultar si quieres. 23:29

Yo

A ver, todavía no es seguro, el sábado os cuento.

Me imagino que para entonces estará más claro todo.

Pero ya os digo que hay una buena cantidad de dinero. 23:30

Raissa



Mónica, cállate ya o te echo del grupo. 23:31

Basi

Raissa, tía, te estás pasando.



¿Qué te pasa? 23:32

Raissa

A mí nada. Es Mónica la que no deja de dar por saco.

He dicho que no iremos. 23:33

Michelle

Cuando sepas fechas y demás, me avisas, Mónica. 23:34

Yo

Vale, Michelle. Gracias. 23:35

Raissa

Me estáis tocando las narices.

Esto es el colmo.

Vale ya. 23:36

Yo

Me voy a la cama.

Es tarde.

Mañana hablamos.

✍️ Que descanséis. 23:30

Creo que más enfadada no puedo estar. Ese tonito de Raissa no me ha gustado nada y lo peor es que sé que no la cosa no va a acabar ahí. Conociéndola, aún tiene que liarla un poco más, pero me da igual. Ella no es nadie para hablarme de esa forma y mañana en cuanto llegue a la oficina, la pienso llamar, o mejor aún, pienso hacer lo que quiera sin consultarle nada.

El tema de Basi, me preocupa. Sé que en las condiciones en las que se encuentra ahora mismo, no podrá bailar. De hecho, si lo suyo no mejora, no volverá a hacerlo nunca más, pero si nos vamos a Dubái, haré todo lo posible para que él pueda viajar con nosotras.

En teoría, en un par de días, le darán el alta. Se ha estancado y están valorando incrementar las horas de rehabilitación. No va a mejorar y le han dicho que no puede estar ocupando una cama de hospital, que hay personas que la necesitan más y que tenía que reunirse el equipo para tomar una decisión. Sé que está muy preocupado, principalmente, porque vive de alquiler en un segundo piso sin ascensor.

Ayer por teléfono le dije que no le diera vueltas al asunto, que se venía a mi casa conmigo una temporada, pero claro, dice que él no quiere ser un estorbo para nadie y que ya buscará una solución. El accidente lo tiene muy alterado, supongo que es normal, pero todo lo que pueda hacer por él, lo haré con los ojos cerrados. Sé que él haría lo mismo por mí y no lo voy a dejar tirado, bastante tiene con lo de su familia.

Lo de que Marcela tenga algo que contarme, me ha dejado en ascuas. ¿Habrà encontrado al nuevo amor de su vida de este mes? Mañana me enteraré, que con el tema del trabajo, hace días que no la veo y ya tengo ganas de pasar un rato con ella. Somos muy diferentes, pero no puedo vivir sin ella.

Se puede decir que somos amigas desde que llevábamos pañal y chupete,

vamos, desde que nuestras madres nos apuntaron a la misma guardería y a pesar de que cada una ha hecho su vida, siempre hemos mantenido el contacto. Nuestros caminos se distanciaron cuando ella decidió estudiar peluquería y yo la carrera, pero es una amistad de esas que son para toda la vida, da igual el tiempo que pasemos sin hablar o sin vernos, cuando nos juntamos es como si nos hubiéramos visto media hora antes.

Se ha hecho tarde y aunque mañana me espera una jornada laboral tranquila, me voy a ir a la cama ya. Creo que echan una serie que me gusta, pero tengo sueño y encima, me he perdido el principio del capítulo. Paso de verlo empezado, tengo tan mala suerte que seguro que ha pasado algo importante y no me entero de nada.

Bueno, lo veré en *online* cuando lo cuelguen en la página y ya está. Además, no tengo el humor para ver nada. Prefiero leer. La lectura es algo que hace que me evada del resto del mundo y me encanta sumergirme en las historias narradas.

Me tumbo en la cama y abro el libro que tengo en la mesilla de noche por la última página en la que me quedé leyendo. Estoy totalmente enganchada a una saga de novela sueca policíaca que protagoniza una pareja de detectives y todavía me quedan seis novelas por leer.



Capítulo 8

Nada más entrar por la puerta del edificio en el que trabajo, Lucía me informa de que ha venido Adolfo y no sé si alegrarme porque voy a dejar de hacer cosas que no me corresponden, o si por el contrario, preocuparme por si algo va mal.

Entro en el ascensor repasando mentalmente los últimos días y no caigo en nada que pueda crearme problemas. En cuanto se abre, voy directa a su despacho sin pasar por el mío y llamo a la puerta.

—Adelante —responde Adolfo desde el interior.

—¡Qué alegría verte! —Entro en la pequeña estancia que usa él. Es el jefe, pero prefiere que seamos nosotros, los trabajadores, los que estemos más cómodos.

—¡Buenos días, Mónica! No voy a tardar en irme, pero quería ver cómo marchaban las cosas por aquí.

—¿Te marchas? —Mi gozo en un pozo.

—Sí. Solo he venido unos minutos. Tengo que hacer unas gestiones cuando salga del hospital y necesitaba coger una documentación para llevársela a Clara, mi abogada.

—¿Estás bien, Adolfo?

—Lo cierto es que me gustaría decirte que sí, pero no. Las cosas no van cómo esperábamos y el tiempo corre muy deprisa.

—¿Qué es lo que te pasa?

—No te preocupes ahora por eso y cuéntame qué novedades hay. Seguro que son más interesantes que mi enfermedad.

—Espera. Voy a por una cosa a mi mesa y ahora vuelvo. No tardo.

—Está bien. Digan lo que digan los médicos, estar aquí me da vida.

Voy a por mi agenda en la que suelo anotar todo y vuelvo al despacho para informarle de todo, pero lo hago con un sabor agridulce. Me ha dejado preocupada, a pesar de que él haya querido restarle importancia. Sé que las cosas no van bien y no sé qué pasaría con esta empresa si él faltara.

Tiene dos hijas que hace tiempo le dijeron que ellas no pensaban seguir con el negocio, que venderían o disolverían la empresa para continuar con sus vidas. Me da mucha rabia. Esto es muy importante para su padre, le costó muchísimo crecer en el sector y no consigo entender el motivo por el que ellas pasan de todo. Si mis padres tuvieran un negocio familiar así, hubiera sido la persona más feliz del mundo sabiendo que seguiría su legado. Pero ellas no. Estoy segura de que están deseando incapacitar a su padre para alejarlo.

Volviendo al tema, que enseguida me voy por las ramas. Antes de irse me ha dicho que pase por recursos humanos, que allí tienen algo para mí. Se ha despedido diciendo que no sabe cuándo podrá volver a pasarse, pero que siga así y que no dude en llamarle para lo que necesite. También, me ha dejado asignadas nuevas tareas para hacer en su ausencia. Lo que me faltaba, más trabajo. No sé de dónde voy a sacar el tiempo necesario para realizar todo.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: ¿Seguimos?

Buenos días.

Dado que no me respondió usted al último correo que le envié ayer, le escribo yo.

¿Puede hablar por teléfono? Eso será más rápido que seguir por esta esta vía y la fecha está próxima.

Hay que cerrar las actividades.

¡Ostras! ¿Hablar por teléfono? Seguro que tiene una voz grave. ¿Podré entenderle? No es de aquí y lo mismo me resulta difícil entablar una conversación con él. Es tan raro y marca tanto las distancias que me incomodo solo de pensarlo, pero tiene razón. Quedan un par de semanas para la fecha programada y a este paso, no vamos a acordar nada.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Llámeme

¡Buenos días!

He estado ocupada y me ha sido imposible escribirle.

Si lo desea, puede llamarme.

No han pasado ni diez segundos desde que he enviado la respuesta y ya está sonando el teléfono. Empiezan a sudarme las manos y me estoy poniendo nerviosa. ¿Lo cojo? ¿No lo cojo? ¿Seré pava? Tengo que descolgar.

—¿Sí? —pregunto con la voz entrecortada sabiendo ya quién es.

—Buenos días, Mónica. ¿Así es cómo se dirige usted a los clientes por teléfono? —Escuchar su voz al otro lado de la línea telefónica ha erizado hasta el último vello de mi cuerpo.

—Sabía que era usted, Alan.

—¿Es clarividente?

—No. Salía en la pantalla que el número entrante procedía de Dubái.

—¡Ahh! Está bien. ¿Tiene una respuesta para mí? —El acento de su voz es indescriptible, me pone nerviosa y no en el mal sentido, precisamente.

—Antes de poder confirmar todo, necesito que me diga las actividades a contratar.

—La danza, su danza, más bien.

—¿No le parece que sobra ya la cortesía del usted? Usted para arriba, usted para abajo... —Hago una pequeña pausa sorprendida de mi osadía—. ¿Y si nos tuteamos? ¿No sería mejor?

—No, Mónica. Deje de decir tonterías y no se desvíe del tema, por favor.

—Está bien, lo que usted diga —le respondo recalcando con énfasis la penúltima palabra—. Mi danza, vamos, la de mi grupo, no es contratable. Lo hemos hablado y no es posible.

—¿Por qué? Sabe que ofrezco una suma elevada de dinero, además de toda la estancia pagada.

—A ver, que no es por mí, que yo encantada iría. Me gusta viajar y conocer diferentes lugares. Si encima es a gastos pagados, imagínese, pero no podemos. Somos varias personas y no ha habido una respuesta afirmativa por parte de todas.

—¿Cuántas estarían dispuestas a venir?

—Tres. Bueno, en realidad, dos. Basi está convaleciente en estos momentos.

—Perfecto. Será suficiente.

—¿Qué? —No entiendo nada.

—A ver si lo entiende, Mónica. Quiero que venga usted. —Creo que ya empiezo a entender las cosas.

—¿Por qué quiere que vaya yo? —le pregunto con curiosidad.

—Me gusta. —Así, claro y conciso. Tan directo que me pone nerviosa.

—¿Por qué habla español tan bien?

—¿Esa es la mejor respuesta que puede darme?

—Mmm... ¿Sí? —Parezco idiota. Este tipo debe estar pensando que me falta un hervor.

—Ya le dije ayer que la había visto bailar y me gustó. Lo cierto es que entre el *catering* de productos ibéricos y el acústico de guitarra española, su espectáculo no concuerda, pero me da igual. Quiero que venga.

—Voy a serle sincera, Alan. No sé qué decir.

—¿Que sí? Serán unos días y Adolfo no creo que ponga impedimentos. Pago bien, ya lo sabe.

—Mire, he quedado para comer con otra chica que estaría disponible. Lo hablo luego con ella y le doy una respuesta, ¿le parece bien?

—Perfecto, Mónica.

—Entonces, ¿contrato el *catering* y el acústico?

—Sí, hágalo.

—Muy bien, enseguida le envío la confirmación. —Parezco imbécil con mis respuestas.

—Mónica, por correo es usted más directa, o no sé, más *tocapelotas*, ¿qué le pasa?

—Me pone usted nerviosa —le respondo con sinceridad.

—¿Por qué?

—No lo sé, la verdad.

—Bueno, es un placer hablar con usted, pero tengo unos asuntos pendientes por resolver y debo cortar esta llamada.

—¿Una cita?

—¿Le importa mucho el motivo?

—Lo cierto es que no. Es simple curiosidad.

—Está bien. Luego hablamos.

—Ok. Hasta luego.

Me avergüenzo de mí misma. Si dijera otra cosa, mentiría. ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Qué clase de conversación hemos tenido? Se supone que estoy preparada para realizar este tipo de gestiones y parecía una becaria atemorizada por si me fueran a suspender las prácticas. Esa no era yo. Sin embargo, esa manera suya de ser distante, pero decirme que le gusto, me pone nerviosa. No me conoce, no puedo gustarle. No entiendo qué es lo que pretende.

La mañana se me hace eterna. Necesito una conversación de chicas con Marcela y no veo el momento de que llegue la hora para irme a comer con ella. Seguro que me dice que estoy loca y aleja de mi mente, enferma de curiosidad, la idea de viajar a Dubái. Si es que yo misma lo pienso en frío y sé que es una completa locura. La danza del vientre para mí es una afición, un entretenimiento. No soy profesional y no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que soy principiante. Ya sé lo que ha pasado. Seguro que Alan me ha confundido con alguna de mis compañeras, lo mismo se piensa que soy Raissa.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: ¿Cómo sabe quién soy?

Alan, ¿está usted seguro de que sabe quién soy? Lo he pensado fríamente y es imposible. Quizá me haya confundido con una de mis compañeras veteranas.

Espero que no le moleste este correo, pero necesito su respuesta.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: La de rosa.

Sí, sé a la perfección quién es. Tenía mis dudas, sin embargo, Adolfo confirmó mis sospechas.

La elegancia de su atuendo me cautivó, atuendo que le arrancarí, aunque más lo hicieron esos movimientos tan sensuales y femeninos al compás de la música.

Su melena rizada y rubia cayendo en cascada por su espalda, que por cierto quedaría demasiado bien extendida sobre la almohada de mi cama.

Las curvas de su cuerpo moviéndose de una manera delicada y sutil. Esas curvas en las que mis manos se acoplarían a la perfección.

Además de esa pequeña cicatriz que tiene sobre el ombligo, que mordería una y otra vez. Me imagino que se debe a que ha llevado en algún momento de su vida un pendiente ahí, pero créame cuando le digo que no necesita nada para decorar su piel.

Tiene unos pies preciosos, no piense que soy un fetichista ni nada por el estilo, pero a través de la pantalla puedo percibir la suavidad de sus dedos.

De sus ojos no puedo hablar, ya que no he conseguido todavía ver el color que tienen, pero estoy seguro de que tiene una mirada fría y calculadora, que se transforma en ardiente y clara cuando está usted en la cama junto a alguien.

¿Necesita más información para asegurarse de que sé quién es?

Me ha dejado sin palabras. No puede tratarme con tanta frialdad y después decirme esas cosas. ¿Se piensa que si voy a Dubái me acostaré con él? ¿Qué pretende? ¿Pagarme para tener sexo?

Está muy equivocado. No soy de ese tipo de mujeres y en cuanto hable con él, se lo dejaré bien claro. Me ha molestado lo que me ha dicho, pero con rabia debo afirmar que me ha gustado a partes iguales. Una locura, ya lo sé. No le he visto, no sé cómo es, solo conozco su voz, la que por cierto, me atrae de una forma indescriptible. No hemos hablado de temas personales y encima, es un estirado. No puede gustarme. Es un cliente, y además, no lo he mirado y

no sé cuánta distancia nos separa, pero me imagino que más de siete mil kilómetros hay entre nosotros.

Estoy empezando a desvariar por completo. ¿Qué me importan a mí los kilómetros? Con lo tranquila que estaba yo hace unas semanas. Seguro que todo es por culpa de Romerita Heredia. Sigo pensando que ella tiene mucho que ver con mis desgracias. Solo me faltaba para incrementarlas que viniera este a tocarme las narices.



Capítulo 9

Por fin llega el tan ansiado mediodía. Dejo el ordenador suspendido para que no me cierren los archivos ni las páginas que tengo abiertas y cojo mi bolso. Al pasar por la recepción, le digo a Lucía que salgo a comer y no tardaré mucho, pero que si hay alguna llamada, no dude en pasármela.

Con muchísimo calor, llego a la puerta del restaurante y Marcela, en su línea, como siempre, se retrasa, así que la espero sentada mientras pido un refresco.

—¡Dichosos los ojos que te ven!

—¿Nunca puedes ser puntual?

—Sabes que no —me dice acercándose a mí para darme un beso en la mejilla.

—Yo quiero ensalada de pasta campestre con vinagreta de miel y mostaza de primero. De segundo, emperador a la plancha con acompañamiento de revuelto de ajos tiernos —le digo al camarero que ha venido a tomar nota, cuando compruebo que Marcela ha llegado.

—¿En serio, tía? Vaya platos has elegido. A mí póngame lasaña, después tomaré el solomillo con salsa de pimienta, pero con muchas patatas fritas, por favor —le pide ella mientras se sienta.

—Pues anda que los tuyos... No veas, guapa. Te vas a poner fina.

—¿Y para beber qué queréis, chicas?

—Una jarrita de sangría, que con este calor entra de maravilla.

—Para mí, agua con mucho hielo, por favor, que aún me queda algo de refresco.

—¡Mónika, hija! ¿Agua? —me pregunta Marcela sorprendida.

—Sí, agua y con mucho hielo. Hay quienes con una gota de alcohol ya nos ponemos a decir tonterías, y además, trabajamos para otras personas, no tenemos la suerte o la desgracia de trabajar para nosotras mismas.

—A mí lo único que puede pasarme es que se me vaya la mano con las tijeras. Un pequeño trasquilón no se nota.

—No entiendo que tengas tanta clientela, de verdad.

—¡Ay! ¿Qué quieres que te diga?—me pregunta alzando los brazos—. Cuéntame, ¿qué es eso de Dubái?

—Calla, que yo creo que mejor pasamos del tema, le daré largas y le diré que nos es imposible asistir.

—¿Y eso? ¿Por qué? —me pregunta sorprendida mientras acaba con las existencias de pan que hay en la cesta.

—¡Deja de comerte el pan a palo seco! Pues verás, lo cierto es que nos pagarían una buena cantidad, además del vuelo, la estancia y todo eso, pero si te enseño el último mensaje de Alan...

—¿Alan? Me gusta ese nombre... ¿Edad? ¿Cuerpo? ¿Ojos? ¿Casado o soltero? ¿Tiene hijos?

—¡Y yo qué sé! No sé nada de él. Solo hemos hablado a través de correo electrónico y hace un rato por teléfono. Ya está. Nada más.

—¿Cómo es su voz? ¿Tiene pinta de empotrador nato?

—¡Madre mía! Estás fatal.

—Dime cómo es —me ordena señalándome con su dedo índice.

—¿Interesante? No sé, de verdad. Me pongo en alerta cada vez que hablamos, pero porque es imbécil perdido. Mira lo que me ha dicho. —Saco

el móvil y se lo enseñó, soy incapaz de leerlo en voz alta.

—Bueno, Alan Miller... Parece un hombre de los que da caña, pero para un revolcón tampoco te hace falta que sea el amor de tu vida.

—Siempre piensas en lo mismo. —Guardo mi teléfono y empiezo a devorar la ensalada que me han servido—. No le conozco, tía. Lo mismo tiene sesenta años.

—¡Oye! Que los maduritos también tienen su punto, los hay de espíritu joven.

—Estás trastornada. Definitivamente, los vapores de poner tantos tintes te han dejado mal de la cabeza.

—Piénsalo, son como unas vacaciones. Cuatro bailes y a disfrutar. ¡Es Dubái, tía!

—Ni que hubieras estado allí. Lo mismo es una mierda.

—Si no vamos, no lo sabremos. Venga va, dile que sí —me ruega juntando sus manos a modo de súplica.

—¿Y Basi qué?

—Nos lo llevamos, por supuesto. Iremos tú, Michelle, Basi y yo. Así, tocamos a más.

—Sí, claro. Busca un espectáculo para sus clientes. Seriedad, formalidad, sensatez... Todo eso que tú no tienes —le respondo entre risas.

—No te rías, idiota. Cuando me lo propongo, puedo llegar a ser todo lo que se me pida, y no, no me tires de la lengua.

—Bueno, ya veremos. Por cierto, ¿qué tenías que contarme?

—Me he enamorado.

—¿Del mismo de hace un mes?

—¿Qué dices? No. Ese es agua pasada, era un idiota, pues, ¿no quería que nos fuéramos a vivir juntos? Ahora, mi corazón le pertenece a Tobías.

—¿Quién es Tobías?

—El nuevo becario de la gestoría de al lado de la peluquería, los que me llevan el tema de papeleos. ¿Sabes cuál te digo?

—Sí, sé cuál es, pero ¿becario?

—Sí, eso es. Acaba de terminar los estudios y está allí haciendo las prácticas para conseguir el título.

—¿Es de esas personas que se dan cuenta de que su vida es una mierda y retoman los estudios con el paso de los años? Vas de mal en peor.

—No, mujer. Tiene dieciocho años.

—Pero, ¿tú estás loca? Ya veo que sí, que vas a peor. —Mi amiga cada día que pasa, me preocupa más.

—Sí, loca, pero por él. No me da tregua, es puro fuego. Creo que deberías probar un yogurín en la cama, lo mismo, te quitaba esa gilipollez que tienes encima últimamente.

—Tengo cosas mejores que hacer, créeme. —Hago señas al camarero para que sepa que hemos terminado y nos traiga el segundo plato.

—¿El qué? ¿Bailar? ¿Darte baños en casa? ¿Leer libros? Necesitas más emociones en tu vida.

—No, gracias.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un tío?

—No me acuerdo, la verdad.

—Este fin de semana salimos y no acepto un no por respuesta. Tienes que quitarte las telarañas.

—¡Qué pesada! Ya sabes que no me acuesto con los hombres que conozco unas horas antes.

El tiempo juntas siempre se nos pasa volando. Seguimos hablando de nuestras cosas, esas que no tienen nada de trascendental, vamos, de las que no cambian el universo y al ver que son las tres, pagamos y no tardamos demasiado en despedirnos para volver cada una a sus respectivos trabajos, ya

que Marcela, tenía cita con una clienta a las dos y media. Soy totalmente sincera cuando digo que no entiendo la cantidad de clientela que tiene.

Me ha aconsejado que le responda a Alan de manera sugerente. Sus consejos pueden costarme mi puesto y me niego a tener que lavar cabezas en su peluquería. Es muy buena amiga, no me faltaría trabajo, de eso estoy segura, pero no me veo yo rodeada de marujas con sus cabezas llenas de rulos.

Paso el resto de la tarde entre correos, llamadas y búsquedas de modelos para ampliar el catálogo que tenemos. Esa es una de las nuevas tareas que me ha dejado asignada Adolfo, renovar caras. Me cuesta menos de lo que imaginaba dar con cinco o seis que estén dispuestas, para nuevas contrataciones es más fácil, sin embargo, dar con las que tenemos que rescindir el contrato, me cuesta un poco más.

Intento ignorar las últimas palabras de Alan, pero no puedo evitar teclear su nombre en Google. Me salen muchas imágenes de diferentes hombres y recapacito, no pienso dejar que la locura de Marcela se me contagie, así que, cierro la pestaña rápidamente y sigo con lo mío. No me importa cómo sea, tampoco su edad ni si tiene pinta de empotrador nato como dice mi amiga.

Cuando estoy a punto de marcharme, suena mi teléfono y descuelgo sin mirar en la pantalla el número entrante.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tiene usted que aprender modales a la hora de responder llamadas. — Es su voz de nuevo y me pongo tan nerviosa que se me cae el aparato de las manos.

—Dime, ¿qué deseas, Alan?

—Señor Miller para usted.

—Está bien, ¿qué desea señor Miller?

—Así está mucho mejor, Mónica.

—Señorita Suárez para usted. —Toma ya, punto para mí.

—Después de lo que le he dicho esta mañana eso sobra, ¿no?

—No sé qué me ha dicho esta mañana. —Me hago la despistada para ver si cuela.

—Tengo activado el servicio de confirmación de lectura. Sé que lo ha leído. —Punto para Alan, no se me había ocurrido.

—¿Y qué quiere? ¿Para qué me llama a estas horas?

—Tenemos que confirmar todo. Sabe que se acerca la fecha y no estoy tranquilo sabiendo que no está haciendo su trabajo. —Lo que me faltaba por escuchar del tipo este.

—Mi trabajo está hecho, no se confunda. Ya le he enviado las confirmaciones de las reservas.

—Falta una.

—Esa no va a ser posible, lo siento.

—¿Por qué? Y quiero un buen motivo, no quiero tener que informar a Adolfo de que buscaré otro socio español.

—Pues no sé, ¿por qué no?

—¿Le ha incomodado mi correo, señorita Suárez? ¿Es por eso?

—En cierto modo, sí. No voy a mentirle.

—Perdóneme, no era es mi intención.

—¿Y cuál era? Si se puede saber, claro.

—Que usted viera que sé quién es.

—Bueno, mire, he de colgar, tengo una cita y ya llego tarde. —Menudo farol que me acabo de marcar.

—¿Con un hombre?

—No creo que sea algo de su incumbencia, señor Miller.

—Debo estar mal de la cabeza... Doblo la cantidad y su amigo, el de la silla de ruedas, puede venir con el resto.

—¿Qué sabe de Basi? ¿Quién le ha dicho eso?

—Las redes sociales son un escaparate al mundo exterior.

—¿Me ha buscado?

—Sí, a veces tengo ratos libres en los que no sé qué hacer.

—¿Y buscarme a mí es su mejor manera de ocupar su tiempo?

—No se lo tenga tan creído, he buscado su grupo. Quería estar seguro de en qué iba a gastar mi dinero.

—Ya, claro. Bueno, ahora de verdad, tengo que dejarle.

—Páselo bien, señorita Suárez. Mañana quiero una respuesta —me dice antes de colgarme y dejarme con la palabra en la boca.

Estoy alterada. No me puedo creer las confianzas que se coge el tipo este cuando le viene en gana. Seguro que es un estúpido y feo. Tan feo que solo puede ligar por teléfono. Me cae mal, no puedo evitarlo por mucho que quiera.

De camino a casa llamo a Marcela para contárselo y en vez de tranquilizarme, me pone más nerviosa todavía. Insiste en que debemos ir y más ahora que ha doblado la cantidad. Quiere cambiar la decoración de su peluquería y dice que con su parte, podría hacerlo y para colmo, me ha preguntado si Alan tiene un hermano para ella. Pero, ¿no se había enamorado? No hay manera con ella.

Después de cenar, llamo a Basi con la esperanza de que él sí me entenderá. Le cuento todo por encima sin entrar en detalles y nada. Está peor que Marcela, de hecho, me ha colgado para empezar a hacer la maleta. ¿Qué clase de amigos tengo? ¡Menuda panda de amistades tengo! No me extraña que yo sea la más normal de los tres.

Finalmente, no se ha venido a casa tras darle el alta médica en el hospital. Se ha ido a casa de Manuel con la excusa de que él puede atenderle mejor que yo porque sabe más sobre el tema, creo que se ha precipitado y más conociéndole. Él no está hecho para vivir en pareja, y menos aún con un

hombre al que ha conocido hace algunos días.

Me falta hablar con Michelle, ella es diferente, pero se ha hecho tarde y no son horas de estar llamándola por teléfono. Nos llevamos bien, pero no tengo la misma confianza con ella.

Además, a pesar de que el resto quiere ir, yo no lo veo tan claro. Todavía no sé qué haremos y antes de tomar una decisión, tengo que consultarlo también con Adolfo. Supongo que no pondrá ningún impedimento, al contrario, pero bueno, no está de más hablarlo con él.

Sé que si vamos, el grupo de baile dejará de ser lo mismo. Raissa no se quedaría callada sin más y me daría mucha pena tener que dejarlo. Me gusta bailar, al igual que estar con ellas y Basi. Nuestros encuentros me sirven para desconectar y empezar de cero en otro grupo, no es que me apasione.



Capítulo 10

Comienzo un nuevo día y lo hago de mal humor. No he dormido nada bien y el motivo ha sido que he vuelto a tener ese sueño extraño que tuve no hace mucho. Otra vez me hallaba en el lugar del anterior, una estancia pintada de color morado y poco iluminada. La escena se repetía una y otra vez. Yo bailaba sensualmente al ritmo de la música, movía mis caderas de un lado a otro y cuando me acercaba al hombre trajeado misterioso del sillón, volvía al principio, al punto en el que comenzaba todo.

Nunca me había pasado, ¿es normal que un sueño se repita? No lo sé, pero a mí me ha sucedido y en cuanto llegue a la oficina, buscaré por internet en alguna página que hable sobre el significado de los sueños.

Mi jornada laboral está transcurriendo sin novedades y recuerdo que ayer, entre unas cosas y otras, olvidé pasarme por el despacho de Clara, la chica de recursos humanos, así que voy para allá expectante por lo pueda ocurrir.

Mi estado de ánimos se transforma en el momento en el que abro un sobre que lleva mi nombre. En su interior encuentro un nuevo contrato en el que se ve reflejada una notable subida de sueldo mensual. Por todos los trabajadores es sabido que tenemos un jefe en condiciones, de esos que valoran a su plantilla y esto me demuestra que, a pesar de sus problemas, está atento a todo. Veo que también hay un sobre más pequeño dentro y al abrirlo me sorprende al ver muchos billetes, no sé cuánto habrá, pero sí sé por Clara, que esa es la

remuneración extra por el anuncio que grabé. Estoy deseando contarlo, pero no me parece muy correcto hacerlo delante de ella, por lo que me despido de ella dándole las gracias, aunque no sé el motivo, ya que ella no es la responsable de mi aumento, simplemente es la persona que lo ha gestionado y me voy a mi mesa de lo más feliz.

¡Ya podía tener este tipo de noticias todos los días en los que me levanto con el humor atravesado!

Llamo por teléfono a Adolfo para darle las gracias y, de paso, comentarle cómo está el tema con Alan Miller.

—¡Buenos días, Mónica! —me responde nada más descolgar.

—¿Qué tal, Adolfo? No sé si te pillo en un buen momento, pero hay un par de cosas que quería hablar contigo.

—Puedo hablar. Dime.

—Lo primero es darte las gracias.

—¿Por qué? —me pregunta curioso.

—Por el aumento de sueldo y por la cantidad de billetes que hay en el sobre. No sabía que por rodar un anuncio se cobraba tanto.

—Lógico. Vas a ser la imagen de la marca y eso te lo tienen que remunerar. Por lo del aumento no tienes que agradecerme nada. Estás ahí siempre que te necesito y tengo que cuidar a mi trabajadora más entregada a su labor.

—Bueno, igualmente, muchas gracias.

—¿Qué era lo otro que querías decirme?

—Verás, lo mismo te parece una chiquillada, no lo sé. El caso es, que Alan Miller no deja de insistir.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Por qué? —Parece que siempre va un paso por delante de mí.

—Me ha llamado hace un rato.

—¿Y qué?

—¿Qué quieres saber?

—Está muy claro, ¿no?

—Ya lo sabes. Quiere que vayas.

—¿Y tú qué le has dicho? —Me estoy poniendo nerviosa.

—Que lo hablaría contigo.

—¿Qué se supone que tenemos que hablar?

—Mónika, me harías un gran favor si aceptaras. La empresa de Alan es de gran ayuda para mí, supongo que, ya habrás comprobado cómo responde económicamente en las contrataciones. Es un buen muchacho, te lo aseguro. No quiero insistirte y mucho menos, presionarte, de eso no tengas duda. La decisión es únicamente tuya y decidas lo que decidas, no tendré nada que objetar al respecto.

—¡Ay! Es que si me lo dices así...

—Dime.

—Está bien, Adolfo. Aceptaré.

—¿De verdad? ¡Qué alegría! No sabes lo intranquilo que estaba, nos jugamos mucho.

—Lo sé. He podido comprobar lo insistente y persuasivo que puede llegar a ser Alan.

—Me imagino que él pagará todo, pero no dudes en llamarme si desde allí necesitáis cualquier cosa.

—Gracias, Adolfo.

—Gracias a ti, mi niña —me responde mostrando el gran cariño que me tiene.

—Bueno, te dejo que tengo que hablar con Míster Cansino y empezar a buscar vuelos, hoteles y demás.

—¿Míster Cansino? Tú y tus apodos. —Hace una pausa para tomar aire y comentar a alguien que enseguida va—. Perfecto. Ya sabes, para lo que necesites, ¿eh?

—Vale, vale. Me ha quedado claro —le digo riendo—. Vamos hablando, Adolfo.

Pues nada, parece ser que me voy a Dubái. Me sabía mal decirle que no a Adolfo, es tan bueno y tan atento que no he sido capaz de contarle los motivos de por qué no quería ir. He pasado por alto mencionarle el correo que recibí de Alan, pero bueno, soy una persona adulta y seré yo la que ponga los límites que considere oportunos.

Decido hacer un grupo de WhatsApp al que llamo «Danzadores Callejeros» e incluyo en él a Basi, Marcela y Michelle.

Yo

¡Hola! Hago este grupo para que sepáis que...

✓ ¡Nos vamos a Dubái! 9:30

Basi

Tía, me has despertado. 9:31

Yo:

✓ Vayas horas, guapo... 9:31

Marcela

Estoy con una clienta.

Luego os leo. 9:32

Michelle

En el descanso os leo. 9:33

Yo

Todavía tengo que cerrar todo.

Solo quería que lo supiérais.

Cuando sepa algo más, os cuento. 9:35

Basi

¿Voy preparando la maleta? 9:37

Yo

✓ Hombre, todavía es un poco pronto. 9:38

Dejo el móvil a un lado en la mesa y me pongo a revisar el correo en el ordenador por si hubiera alguno importante. Normalmente, son mensajes internos de otros departamentos de la empresa y como Adolfo no está, me incluyen a mí en los destinatarios y, también, publicidad. Todas las mañanas tengo el buzón lleno y me paso un buen rato eliminándolos sin ni siquiera abrirlos.

Cuando acabo, abro un mensaje nuevo para informar a Alan Miller del cambio en mi decisión. Podría llamarlo, pero prefiero escribirle.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Importante.

¡Buenos días, Alan!

Tengo que informarle de que he cambiado de idea y puede contar con nosotros para asistir a su evento.

Necesitaré saber qué presupuesto tiene destinado para poder organizarlo todo a la mayor brevedad posible.

Por cierto, que acepte no quiere decir que vaya a meterme en su cama.

Un saludo.

Se lo envío sin saber cómo va a sentarle la parte final. Quiero que le

quede claro para no tener que pasar por ninguna situación incómoda cuando esté allí. Quizás, he sido un poco brusca, no lo sé, pero por lo que le voy conociendo, mucha gracia no le va a hacer. Se avecina un nuevo rifirrafe entre nosotros.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: Gracias

Mónica, le agradezco enormemente que haya decidido aceptar. Sé que a mis invitados les va a fascinar el espectáculo. Tiene vía libre a la hora de realizar las reservas y si quiere, puede encargarse de realizarlas mi secretaria. Ella conoce los hoteles de la zona y posiblemente, le costará menos.

Por cierto, no sé a qué se debe eso que me ha dicho, pero tenga claro que en mi cama no hay hueco para usted.

Saludos.

¿En serio? ¡Qué tío más arrogante! Me parece a mí que van a ser unos días de lo más complicados. Tiene que ser un hombre insoportable, si ya lo es en la distancia, no me quiero ni imaginar en persona. Tengo que prepararme mentalmente antes de viajar y más, haciéndolo con Basi y Marcela, que son especialistas en desencadenar situaciones surrealistas. Michelle, en cambio, sé que será inofensiva.

El resto de semana se ha pasado volando. Entre unas cosas y otras, no he parado. He tenido que adelantar tareas que eran importantes en la oficina para que el resto pudiera seguir con las suyas en mi ausencia y en la de Adolfo y he mantenido más contacto con Alan Miller. Finalmente, ha sido su secretaria la que ha realizado las reservas de los vuelos y el alojamiento. Nadia es muy simpática y atenta, no entiendo cómo es capaz de aguantar a su jefe, el que por cierto, cada día que pasa está más irascible conmigo. Desde el correo del hueco en la cama hemos dejado a un lado ese asunto y solo hablamos de lo que

haremos cuando estemos allí.

Me ha dicho que, si quiero, se tomará un día libre e iremos juntos a conocer los rincones más bonitos de la zona. Según él, tengo que aprovechar al máximo mi estancia allí ya que no sé si en alguna ocasión volveré.

Me da una de cal y otra de arena. No entiendo sus cambios de humor.

Mis amigos están de los nervios, puedo decir con total seguridad que más que yo. Marcela ya tiene preparado el cartel de cerrado por vacaciones y ha trabajado mucho estos días al adelantar clientas que tenía para los días en los que no estaremos. No suele cerrar nunca, normalmente, contrata a una chica cuando llega su periodo vacacional, pero en esta ocasión, prefiere cerrar. Dice que así podrá desconectar del todo y además, lo hará del que era su nuevo amor, al chico no le ha sentado muy bien que se vaya sin haberle pedido su opinión. Si se creía que en temas así, Marcela tomaría decisiones consensuadas de pareja, es porque no la conoce. Mi amiga no deja que nada ni nadie intervenga en sus cosas personales.

Está loca perdida, pero en el fondo es una mujer muy segura que hace lo que quiere sin importarle las consecuencias. El chico le ha dicho que si se va, no volverá a verle y ella, muy en su línea de humor le ha contestado que sí, que trabajan a pocos metros de distancia y que se seguirán viendo todos los días, pero que no se preocupe, que se ha cansado de que sea un niño de guardería. Es única.

Basi ha discutido con Manuel por el tema del viaje. Su enfermero particular dice que no se le ha perdido nada en Dubái y que no entiende por qué tiene que ir si él no podrá bailar. Para mi gusto ha sido un golpe muy bajo, Basi no dice nada, pero estoy segura de que está muy dolido.

Comenté con Alan el accidente de mi amigo en una de las ocasiones en las que hablamos por el tema del viaje. No le pareció mal que nos acompañara, a pesar de tener que pagarle el avión y el hotel. Me dijo que si para mí era importante y creía que a mi amigo le vendría bien viajar, por su parte no había ningún inconveniente. Se ve que en el fondo no es tan estirado e idiota como yo pensaba. No todo el mundo acepta algo así.

Michelle... Con ella no sé qué decir. No ha estado muy comunicativa en el grupo que hice. Ha estado diciendo a todo que sí, pero me huelo que nos va a dejar plantados. Me huelo que a nuestras espaldas ha estado hablando con Raissa y es muy probable que le haya contado todo. De momento, nuestra profesora no nos ha dicho nada, pero sé que lo hará y que las cosas no van a quedar así.

En realidad, es un tema que no me preocupa demasiado, que diga lo que le venga en gana, que se ponga como quiera, pero nosotros... ¡Nos vamos a Dubái!



Capítulo 11

¡No me lo puedo creer! Estamos en el primer avión de camino a nuestro próximo destino vacacional o laboral. No puedo decir que sea por motivos de trabajo exclusivamente, ya que llevamos una larga lista de lugares que queremos visitar.

Nuestra estancia va a durar cinco días, sin contar los dos de viaje. Tenemos que hacer escala en Madrid, de hecho, allí estaremos tres horas y media esperando a que salga el siguiente vuelo. En total son algo más de catorce horas; una paliza.

Michelle nos ha dejado tirados, ya me lo veía venir. La hemos estado llamando y su teléfono estaba apagado. Basi hasta el momento del embarque tenía esperanza en que llegaría, que simplemente era un retraso, pero no. No ha aparecido. Ya veremos qué pasa cuando Alan se entere, espero que, como mínimo, le reclame el importe que se ha gastado con ella para nada.

—Nena, ¿qué te pasa? —me pregunta Basi sacándome de mi ensimismamiento.

—No dejo de pensar en el feo que nos ha hecho Michelle.

—Yo creía que vendría. No pensaba que fuera a hacerte esto.

—Durante unos días he tenido la sensación de que nos dejaría tirados. No os comenté nada porque siempre decís que pienso muy mal, pero ya ves, mis

sospechas se han confirmado —le digo un tanto afligida.

—No te preocupes. No nos hace falta nadie más, somos los tres *danzareros*, como los tres mosqueteros, ¿veías esos dibujos de pequeña? *Eran uno, dos y tres, los valientes...*

—Ya, ya, lo he entendido. No hacía falta que me cantaras la canción aquí.

—¡Oye, nena! Qué lujo esto de ir en primera clase, ¿no? Me gusta Alan.

—Eso es porque no lo conoces.

—Será que tú lo conoces mucho...

—Lo suficiente para saber que es idiota perdido.

—¿No será que te gusta? —me pregunta Marcela que se ha quitado los cascos para meter baza en la conversación.

—No. No me gusta, ya lo sabes.

—Eso es porque no lo has visto.

—¡Ah! ¿Tú sí? —le pregunto con curiosidad.

—Pues claro. He hecho mis deberes antes de viajar. Estoy como una cabra, pero no tanto como para viajar a costa de alguien sin saber quién es.

—¡Oh! ¡Qué responsable! ¿Y qué? ¿Cómo es?

—Lo que yo decía... Tiene pinta de empotrador y está tremendo. ¿Qué digo tremendo? Es guapísimo, altísimo, está buenísimo y todo lo que acabe en ísimo se queda corto.

—Seguro que estás exagerando.

—A ver, enseñame una foto —le dice Basi.

—Estamos en un avión a no sé cuántos pies de altura. Aquí seguro que no hay cobertura. Voy a mirar. —Mientras ella trastea con su teléfono, Basi y yo le pedimos un café a la azafata. Tanto madrugar nos está pasando factura—. Aquí está. No recordaba que la había descargado.

—¡Ahí va! ¡Qué pedazo de maromo! —grita Basi.

—¿Quieres no gritar?, por favor. A ver que lo vea yo. —Me pasa su móvil

y me quedo sin palabras—. ¿Estás segura de que es el mismo Alan Miller que voy a ver?

—Pues claro, ¿acaso dudas de mis dotes como investigadora o qué? Si yo siempre quise ser detective, pero me quedé en la rama de peluquería porque así puedo hablar más.

—Bueno chicos, dejemos el tema —les digo a ambos para que dejen de hablar de Alan.

—¿Qué me dices? Te ha gustado, ¿eh? *Se te nota en la mirada que vives enamorada...*

—¡Deja de cantar, por favor! —le digo cortándole su interpretación de Rafa Serna. Enciendo mi *Tablet* para ponerme a leer dando por finalizada la conversación.

No he tardado mucho en perder la concentración. Me resulta imposible leer. Me ha llamado mucho la atención la imagen que me ha enseñado de Alan, es cierto que, ya estuve a punto de buscarlo yo, pero si no lo hice, fue por algo. Es nuestro cliente, y odio mezclar temas personales y laborales.

Vaya sorpresita me he llevado. Tiene razón Marcela, con todo lo que diga, se queda corta, pero ella no le conoce, no sabe lo insoportable que puede llegar a ser. Visto desde fuera puede parecer el hombre perfecto. Físicamente roza la perfección, lo sé incluso sin haberlo visto desnudo. Tiene pinta de ser alguien que se cuida. Es guapo, demasiado. Sus rasgos faciales están muy definidos y sus ojos... ¡Qué ojos! Encima, es un tío con dinero, y aunque a mí eso no me llame la atención, me imagino que a muchas mujeres, sí. De todas formas, eso dista mucho de la realidad con el carácter que tiene. En cierto modo, ahora entiendo por qué me dijo que en su cama no había hueco para mí. Estoy segura de que esa cama la ocupa cada noche una mujer diferente y que tras unas horas de placer, la deja más tirada que una colilla.

El resto de vuelo lo hacemos sin ninguna novedad importante que destacar. En Barajas, el aeropuerto de Madrid, hemos estado viendo tiendas y nos ha faltado poco para no llegar al embarque del siguiente avión. Empujar la silla

de Basi no era fácil, resbalaban las ruedas y con los tacones que llevábamos nosotras nos costaba más, parecíamos un circo andante.

Una vez sentados en nuestros asientos, no hemos tardado mucho en quedarnos dormidos los tres y así es como hemos pasado la mayor parte del trayecto.

Al llegar a Dubái pensaba que ahí estaría Alan para recibirnos con un cartel enorme, como en las películas, pero no. No veíamos a nadie y claro, llegar a un lugar completamente desconocido para nosotros sin saber a dónde dirigirnos, no es un buen comienzo de nuestra estancia.

Se supone que con el navegador del móvil o acercándonos a un taxi, no debería suponernos ningún problema, pero Basi, muy en su línea se ha negado por completo. Dice que hace unos días vio un documental en el que se mostraba los diferentes transportes para viajar por la ciudad, que a pesar de ser escasos, tienen buen precio, pero que no, que él prefería ir con alguien que conociéramos. ¡Ni que tuviéramos allí una larga lista de amistades a las que avisar!

Decido llamar a Alan, lo mismo se ha retrasado y estamos montando un drama por nada, pero tras intentarlo cuatro veces, me doy cuenta de que no va a venir, o puede que vaya conduciendo y por eso no responde. Todavía quedan personas responsables en el mundo, aunque lo que me llama la atención es que, normalmente, los hombres de negocios llevan un manos libres en su coche, «¿Alan no?».

Después de estar media hora en la puerta sin ponernos de acuerdo entre nosotros, una chica se acerca a nosotros.

—¿Mónica? ¿Eres tú? —me pregunta fatigada.

—Sí, soy yo. ¿Y tú eres...?

—Nadia. La hermana de Alan. Hemos hablado varias veces por teléfono.

—¿Hermana de Alan?

—Que yo sepa, sí —responde entre risas—. ¡Qué ganas tenía de

conocerle!

—¿Y eso?

—Mi hermano no ha dejado de hablar de ti estos días.

—¿En serio? —interviene Marcela.

—Sí. Quería venir él mismo a buscaros, pero le ha surgido un problema y no ha podido.

—Supongo que a tan pocos días de su evento, tiene que tener todo bien atado.

—Bueno, de eso me encargo yo. Alan es un desastre para estas cosas — comenta Nadia.

—Ahm... —digo a modo de respuesta, no me imaginaba eso de Alan.

—Pero no ha sido por eso, ha tenido un accidente cuando salía del aparcamiento del edificio en el que tenemos la oficina. Él salía y un empresario de otra planta no lo ha visto. ¡Se ha quedado el coche bonito!

—¡Ostras! Pero, ¿él está bien? —pregunto realmente preocupada.

—Sí. Solo se ha dado un pequeño golpe en la frente y cuando he salido estaban los enfermeros de la ambulancia intentando ponerle unos puntos de sutura. ¿Sabes? Le tiene pánico a las agujas, es peor que un niño pequeño. — Hay que ver que dicharachera es esta chica, se más de Alan en cinco minutos que en meses hablando directamente con él.

—Bueno, ¿y qué hacemos aquí? ¿Nos vamos?

—Sí, claro. Os llevaré al hotel para que podáis dejar las maletas. Tengo el coche en el aparcamiento.

Cuando llegamos, le da al botón del mando y parpadean las luces de un BMW X6, ¡pedazo de coche que se gasta Nadia!

De camino al hotel nos cuenta que está situado en Palma Jumeirah, una isla artificial de Dubái. Dice que nos vamos a volver locos con las tiendas, ya que allí mismo se encuentran algunas de las más exclusivas del mundo. ¡No sé qué

sueños se piensa que tenemos! No me extrañaría nada que solo por acceder a una de ellas nos cobraran entrada.

El evento se celebrará allí en unos días y ha pensado que lo mejor era que nos alojáramos en el mismo lugar. El acceso es a través de una pequeña carretera que da paso a la isla y nos quedamos a cuadros al llegar a la puerta. Es un hotel de cinco estrellas y tiene pinta de que en mi vida volveré a dormir en un sitio así. Esto tiene que costar un ojo de la cara y parte del otro.

Nada más ver la fachada me quedo prendada. Según nos cuenta Nadia, toda su decoración y estructura son de inspiración árabe y oceánica. Además, en su interior se encuentra el parque acuático más grande de Oriente Medio. No sé si está habilitado para personas como Basi, así que tendremos que mirarlo.

Nos registramos en su lujosa recepción, por algún error, no hay disponibilidad de tres habitaciones. Nadia saca su genio y hace que avisen al director. Cuando este llega, le explica lo que ha pasado sacando de su bolso la factura de pago. Finalmente, llegan a un acuerdo y subimos a una de las *suites*. Es casi más grande que mi piso. Dormiremos los tres en ella. Casi lo prefiero, Marcela, Basi y yo juntos.

Quedamos con Nadia en que ella se irá a las salas de reuniones a organizar algunas cosas que faltan todavía, ya no se fía de la eficacia del personal. La avisaremos cuando nos hayamos duchado y cambiado e iremos a cenar con ella y el anfitrión, Alan Miller.

—Chicas, yo no sé si me he traído la ropa adecuada para tanto lujo, ¿eh?
—nos dice Basi en cuanto Nadia se marcha.

—Yo creo que tampoco... Bikinis uno para cada día, pero no imaginaba que tu americano nos iba a traer aquí —comenta Marcela dirigiéndose a mí—. ¿Será millonario?

—Pues no lo sé, la verdad, pero, ¿no sentís que estamos fuera de lugar?

—Yo pensaba que nos alojarían en un apartamento o algo por el estilo, la verdad.

—No caí en la cuenta de preguntarle a Nadia el lugar, si lo hubiera hecho, ahora sabría qué ropa ponerme.

—Tú estás guapa con lo que te pongas, nena

—Basi, tú me ves con buenos ojos, no me sirve tu opinión. No conocéis a Alan.

—¿Crees que no le gustará tu estilo? Yo te hago un peinado mono y solucionado.

—Marcela, esto no se resuelve con los pelos arreglados.

—Bueno, ya veremos qué hacemos. Mañana preguntamos por algún centro comercial, seguro que hay, no te preocupes.

—No os flipéis. No he venido a Dubái para recorrer tiendas, además...

—A los gays os gusta mucho ir de compras, eres la oveja negra del colectivo —le interrumpe Marcela—. Nuestra Mónica tiene que estar más guapa que nunca para conquistar al galán.

—Pero, ¿qué dices? No pienso tener nada con él y cuando lo conozcáis, me daréis la razón en todo lo que os he dicho. Soy así, no tengo que vestirme mejor para nadie ni aparentar algo que no soy.

—¡Esa es mi chica! —grita Basi acercándose a mí para abrazarme—. Chicas, voy a la ducha. Si os necesito, os aviso, que no he mirado si tiene accesibilidad para mi cuatro por cuatro. ¿Os gusta el nombre con el que he bautizado a mi silla?

No puedo negar que estoy nerviosa, algo me dice que este viaje cambiará mi vida, lo que no sé es si para bien o para mal, sin embargo, aprovecharé cada minuto al máximo. No todos los días una se aloja en una *suite* de uno de los mejores hoteles de Dubái.



Capítulo 12

No ha pasado ni una hora y media desde que estamos aquí y ya está todo patas arriba. ¡Menudos dos compañeros de habitación me he buscado! Van a acabar con mi paciencia de un momento a otro.

Hemos echado a suertes la repartición de las camas y a mí me ha tocado la más grande. En cuestiones de azar, siempre suelo salir beneficiada. Dicen que afortunada en el juego, desgraciada en amores, supongo que a eso se debe mi destino, evidentemente, sin contar los días que pasé por culpa de Romerita, claro. El caso es que cualquiera de las camas de las que dispone la estancia, son enormes, podría decir incluso que cabemos los tres en una.

Ya casi estamos listos. Me he puesto unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes de color rosa que lleva perlititas blancas a la altura del pecho. Me he calzado unos taconazos porque Marcela dice que estilizan mi figura, pero no creo que aguante mucho rato con esto en mis pies. No me he secado el pelo y me he maquillado ligeramente, un poco de base, máscara de pestañas y un brillo rosa.

Mis amigos han tardado bastante más que yo en terminar, Basi va muy guapo y Marcela, que es de esas personas que hasta para ir a comprar el pan, se ponen de punta en blanco, va divina de la muerte, como dice ella.

Aviso a Nadia de que ya estamos preparados y me dice que bajemos a una de las terrazas que hay abajo mientras mi amiga corre detrás de mí con su

secador de pelo para peinarme. «¡Qué manía tiene!».

Cuando llegamos al punto en el que hemos quedado, veo a Nadia junto a un hombre muy parecido a ella. Es más alto, pero sus rostros tienen muchos rasgos similares.

—¡Hola, chicos! Os presento a mi hermano Matthew.

—¡Ostras! ¡Sois un clon! —dice Marcela acercándose a ellos para saludarles.

—Somos mellizos, pero yo soy la mayor —dice Nadia haciendo cosquillas en la cintura de su hermano—. Él es el socio de Alan.

—Un placer conocerte, Matthew. —Me acerco a él y le doy dos besos.

—Tú debes ser Mónica, he oído hablar de ti.

—¡Sí! Esa soy yo —le digo sonriendo—. Ellos son Marcela y Basi.

—Encantado de que estéis aquí —dice mirando fijamente a mi amiga—. Si os parece, pedimos algo para tomar mientras esperamos a Alan. Tenía una cita y se ha retrasado.

—Perfecto —respondo sin dar señales de que no me ha sentado muy bien lo que ha dicho.

Llevamos más de una hora esperando en la terraza y no hay ni rastro de Alan. Si sabía que habíamos quedado, no entiendo el motivo por el que no está aquí, pero mucho menos comprendo por qué me molesta tanto su ausencia. Supongo que se debe a que no me parece correcto que estemos con dos personas desconocidas mientras él está con una mujer por ahí.

Mi rabia, o la tontería que me ha entrado con los tres mojitos que me he tomado, me llevan a escribirle.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: ¿Tiene pensado venir?

Estamos aquí esperándole y si sigo tomando mojitos, no voy a ser capaz de levantarme cuando venga.

Sabiendo que llegábamos hoy, podría haber dejado su cita para otro día.

Nadia y Matthew son muy simpáticos y agradables, ¿es usted la oveja negra de la familia?

Lo releo para revisar si con los efectos del alcohol he pulsado alguna tecla mal y se lo envío. Sé que me he tomado mucha confianza y que su respuesta va a ser en la línea de siempre, pero me da igual.

Cuando miro hacia la puerta que da acceso al interior del hotel, lo veo. Ahí está mirando su móvil y por la cara que está poniendo, sé que está leyendo mi correo. Creo que no vamos a empezar con buen pie nuestro encuentro cara a cara.

Es altísimo y tiene un cuerpo atlético, al menos, eso es lo que se aprecia a simple vista. Va vestido con un traje de color gris marengo y una camisa blanca entallada. Cuando levanta la vista de la pantalla, me quedo impactada. Tiene los ojos más azules que he visto en mi vida. No se le mueve ni un pelo, a pesar de llevarlo más largo de lo que había visto en las fotos. Lo lleva perfectamente peinado y es una mezcla entre castaño y rubio.

Compruebo que sobre su ceja derecha luce un apósito, imagino que debajo, llevará los puntos de los que nos hablaba antes Nadia. ¡Vaya manera de estropear un rostro tan perfecto! Sus rasgos son muy definidos, tiene el mentón muy marcado. Eso ya lo sabía, aunque las imágenes que hay por la red, no le hacen justicia.

Inconscientemente, me he levantado y cuando me doy cuenta de que no le estoy quitando la vista de encima, ya lo tengo a dos palmos de mí.

—¡Bienvenida a Dubái, Mónica! —Se acerca más para darme dos besos y siento que el olor a su perfume me atrapa. Huele de maravilla. El roce con su

piel y su mano en mi cintura, me están trastornando.

—¡Dichosos los ojos que le ven, señor Miller! —le digo separándome de él—. Ellos son Basi y Marcela.

—Espero que vuestra estancia aquí sea inolvidable —les dice mientras los saluda. No entiendo por qué a ellos los tutea y a mí no.

—Gracias, Alan. Seguro que lo será —dice Marcela mirando de reojo a Matthew. Voy a tener que leerle la cartilla en cuanto nos quedemos a solas.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a cenar? Tengo hambre —pregunta Nadia—. Me muero por comer ya.

Entre los diferentes restaurantes que hay, nos hemos decantado por uno de cocina japonesa contemporánea con influencias árabes. Estoy segura de que me va a encantar, empiezo a pensar que tengo un problema con la comida. Toda me apasiona.

Durante toda la cena, Alan no ha dejado de hablar con mis amigos. Ha estado de lo más simpático con ellos, y aunque de vez en cuando dirigía su mirada hacia mí, no hemos intercambiado más de tres frases. A ver, no pido ser el centro de su atención, ni mucho menos ser yo la protagonista de la noche, pero un poco de caso, sí.

Cuando terminamos, Matthew, que ha estado más pendiente de mí que su hermano, ha dicho que deberían irse. Mañana trabajan y me imagino que siendo ya las dos de la madrugada, tienen que irse a dormir.

Mientras salimos del restaurante, Alan me coge de la cintura para alejarnos del resto del grupo.

—No me ha gustado nada su correo, Mónica.

—¿Se puede saber por qué a mis amigos los tutea y a mí no? —Más directa creo que no puedo ser.

—Con ellos no estoy haciendo negocios, con usted, sí.

—Pues entonces, quite su mano de mi cintura. Eso son demasiadas

confianzas para un trato únicamente laboral, ¿no cree?

—¿Y si le dijera que sí soy la oveja negra de mi familia? —me pregunta con su mano en el mismo sitio. Me agarra con fuerza, noto la presión de sus dedos y me desarma.

—Pero, ¿qué está diciendo? —Intento alejarme de él y lo único que consigo es que me acerque más a su cuerpo.

—¿Está celosa por la cita que he tenido? —susurra muy cerca de mi oído.

—¿Celosa, yo? Eso no lo vería usted ni en sus mejores sueños. ¿Sabe que los celos son debidos a la falta de confianza en uno mismo?

—Hay personas que no pueden evitarlo, quizá, sea una de ellas.

—¿Vais a venir o nos vamos?— nos interrumpe Marcela que se ha acercado a nosotros—. Vaya estampa más bonita los dos cogiditos.

—No es lo que te imaginas —le digo en un tono claro y conciso separándome de Alan—. Voy con vosotros.

—Marcela, por favor, marchaos a vuestra habitación. Mónica y yo tenemos unos asuntos pendientes que tratar —le responde Alan a mi amiga.

—¿A estas horas? —pregunta riendo.

—Las horas que se pasan, ya no vuelven. Son tiempo perdido y no me gusta perder nada ni siquiera los minutos de mi vida.

—¡Ahí va, tú! ¡Qué filósofo nos ha salido Alan! Está bien tortolitos, me marcho.

—Marcela, enseguida voy. Ya sabes que para mí dormir no es una pérdida de nada, adoro tumbarme en la cama y cerrar los ojos. Puede que sea una temeraria dejando pasar minutos para disfrutar de un buen descanso —le digo a mi amiga aunque esas palabras sean para Alan que las ha escuchado a la perfección.

—¡Madre mía! Van a ser unos días de lo más interesantes —comenta ella mientras se aleja.

—¿Quiere pasear por la playa?

—No, no quiero. Prefiero irme a dormir.

—¿Es siempre así de sincera? —me pregunta Alan curioso.

—Sí. La sinceridad ante todo.

A pesar de mi negativa, hemos acabado dirigiéndonos hacia fuera. El hotel tiene una playa privada enorme que no tiene nada que ver con las que acostumbro a visitar. En Valencia, hay playas que son preciosas, sobre todo, las que no están demasiado masificadas, pero esta es increíble. Antes de pisar la arena, me agacho para desabrochar y quitarme las sandalias. Cuando me incorporo, me doy cuenta de que con ocho centímetros menos, le llego a Alan por debajo del hombro, estoy a la altura de su pecho. Alan hace lo mismo y se descalza y con nuestros zapatos de la mano nos dirigimos en silencio hacia la orilla del mar.

La brisa marina no tarda en hacer mella en mí y empiezo a tener frío, sin embargo, me siento tan a gusto en este momento, que no digo nada. Alan ha debido de notarlo y se ha quitado la americana de su traje.

—Póngasela. Tiene frío —dice rompiendo el silencio que teníamos.

—No hace falta, estoy bien. —Cruzo mis brazos por delante de mi pecho para así, entrar en calor.

—¿Por qué miente?

—No estoy mintiendo —le digo mirándole a los ojos, esos que me encantaron en cuanto los vi.

—Mire su piel —me responde tocando mi brazo y erizando más aún si cabe el vello que lo cubre—. Está helada.

—Alan, no me parece correcto ponerme la chaqueta de un tipo que no rompe el hielo.

—¿Quiere que la bese? —me pregunta acercando su rostro al mío.

—Pero, ¿qué dices? Quiero que dejes de tratarme de usted de una puñetera vez. —Sé que es una tontería, pero no me siento cómoda.

—Eso no va a pasar, lo siento.

—¿El qué?, ¿tutearme o besarme? —le pregunto mirando sus labios entreabiertos. Los tiene perfectamente perfilados y me muero por besarle.

—Ambas cosas.

—Pero, ¿tú quién te has creído? —Más imbécil no puede ser y no me apetece seguir con él aquí en esta playa de ensueño con su respiración tan cerca de la mía—. Me voy a mi habitación, estoy cansada. Si necesitas tratar algo relacionado con el evento, dime la dirección de tu oficina y voy mañana.

—Mónica, ponte mi chaqueta, por favor. ¿Así mejor?

—Eres idiota. —Dejo que me la ponga sabiendo que en el fondo lo que me ha molestado es que no vaya a besarme. Antes de verle era yo quién no quería relacionarse de ninguna manera con él, pero algo ha cambiado. Me gusta, me atrae y eso no es algo que me pase a menudo.

—Así está mucho mejor. Le queda un poco grande.

—¿Otra vez? —le pregunto alzando mis brazos a la altura de mi cabeza en un gesto de desquicio.

—¿Qué?

—Nada, déjalo. ¿De qué querías hablar? Es tarde y tengo sueño.

—Lo cierto es que de nada. Simplemente, me apetecía estar con usted. ¿Seguimos paseando? Nos hemos quedado aquí plantados y si se fija allí, en la última planta, está su amiga en el balcón mirándonos.

—Marcela es cotilla por naturaleza —le digo riendo—. Vamos, pero un ratito nada más.

—Está bien. ¿Por qué ha pensado que mi cita era con una mujer?

—Lo he dicho sin pensar. Lo cierto es que me da igual con quién tengas encuentros.

—¿Sí? Mejor así, créame.

—¿Tienes novia?

—Si le da igual, no creo que sea algo que le importe, ¿no?

—No, si a mí me es indiferente, pero quiero saberlo.

—No tengo pareja. ¿Y usted?

—¡No! Claro que no...—Me quedo pensativa haciendo memoria de cuándo fue la última vez que estuve con alguien y no consigo recordarlo—. Hace mucho tiempo que no estoy con nadie.

—Es bueno saber que no hay nadie por ahí rondándole —me dice con voz ronca.

—Creo que es mejor que nos vayamos. Es tarde y tienes que madrugar mañana.

—¿Quiere comer mañana conmigo? —me pregunta mientras volvemos al hotel.

—No sé si es buena idea. ¡Oye! ¿Cómo has quedado con el accidente? —He caído en la cuenta de que no le he preguntado en ningún momento.

—¡Ah! Bien, bueno, antes de la cena he quedado con mi abogado para tratar el tema con él, aunque los seguros se arreglarán entre ellos no quiero ninguna sorpresa.

—Entonces, ¿habías quedado con tu abogado?

—Sí, eso es —me responde él cuando estamos justo en la puerta de acceso al hotel.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? Me ha contado tu hermana que no eres muy amigo de las agujas.

—Me duele más mi coche, la verdad.

—¡Qué raro en ti! —le digo riendo—. Bueno, Alan, voy a subir a mi habitación. Seguro que mis amigos todavía están despiertos esperando a que llegue.

—Está bien. Que descanse —me dice acariciando mi mejilla y posando sus labios sobre ella mientras cierro mis ojos e inspiro el olor de su perfume.

—Tú también.

Me giro y me adentro en dirección al ascensor. Me he llevado una sorpresa, y bastante grata, la verdad. Estar con Alan ha sido entretenido y no es tan estirado como yo imaginaba, aunque dista mucho de rozar la perfección. En realidad, me siento a gusto sabiendo que tenemos buen *feeling*, creo que eso hará que mi estancia aquí sea más fácil.

Es muy tarde e intento abrir la puerta con el menor ruido posible por si acaso Basi y Marcela estuvieran dormidos. El viaje ha sido muy largo y me imagino que estarán igual de cansados que yo.



Capítulo 13

—¿Cómo ha ido? —pregunta Marcela que está sentada junto a Basi en el sofá.

—¿Se puede saber qué hacéis despiertos todavía?

—Pues esperarte para que nos cuentes todo lo que ha pasado —responde Basi.

—¡Oye! No sabía que tú fueras tan cotilla como esta de aquí.

—Os habéis alejado y ya no he podido ver nada.

—¡Anda que tú también! Ahí en el balcón espiando, te faltaban los prismáticos.

—No te creas que he visto mucho, estaba muy oscuro. Le he dicho a Basi que se pusiera conmigo a ver qué pasaba y no le ha dado la gana.

—Sabes que tengo vértigo en algunas ocasiones. Yo he intentado acercarme y lo sabes —le responde enfadado Basi.

—¡Ya, claro! Excusas.

—Chicos, no gritéis tanto, por favor —les interrumpo para que bajen el tono—. Es muy tarde y deberíamos dormirnos ya.

—¡Ah! ¿No nos vas a contar nada? —me pregunta Marcela indignada.

—No ha pasado nada interesante. Hemos paseado por la orilla del mar y

hemos hablado. Ya está.

—¿Os habéis besado? —pregunta Basi.

—Pues no. Le acabo de conocer, no os pensaréis que yo voy besando a desconocidos por ahí.

—Mónica, eres muy exagerada. No es un desconocido. Llevas tiempo hablando con él. Va, responde solo una cosa, ¿te gusta? —Marcela es muy insistente.

—¡Qué pesada eres! A dormir los dos, ya. Venga, es muy tarde.

A regañadientes apagan la televisión y se disponen a marcharse a sus respectivas camas. Me muero de ganas por tumbarme sobre la mía y poder descansar. Voy al baño a desmaquillarme para no parecer un oso panda cuando me levante mañana, me quito la ropa y me pongo un camisón que me compré hace poco tiempo. Es muy cómodo y fresquito.

Anoche no recuerdo el tiempo que pasó entre que me tumbé y me dormí, podría asegurar que fueron segundos. Realmente, necesitaba descansar. Me he levantado con la energía totalmente renovada.

Hace unos minutos ha venido Marcela a despertarme para bajar a desayunar. Hubiera preferido seguir durmiendo, pero bueno, ¿qué le vamos a hacer? Tengo hambre y estoy segura de que voy a disfrutar probando alimentos diferentes.

Ya estoy vestida. Me he puesto un vestido veraniego con estampado floral y unas sandalias bajas. No creo que pueda aguantar todo el día con los tacones puestos, por lo que estoy segura de que así, iré más cómoda.

Ni me maquillo ni me peino, ¿para qué? Aquí, no hace falta. Recojo mi melena con un coletero alrededor de la nuca y salgo al encuentro con mis amigos.

Marcela, para seguir en su línea, va de punta en blanco. ¡Ya hay que tener

ganas de buena mañana de arreglarse tanto! Basi, en cambio, lleva unas bermudas cortas y una camiseta de tirantes. Él es más de mi estilo. La comodidad ante todo.

Después del desayuno que nos hemos pegado y con el que, posiblemente, hayamos engordado medio kilo cada uno, decidimos ir a conocer los alrededores del hotel. Lo cierto es que no hay mucho que ver. La playa que anoche estaba desierta, hoy está abarrotada de gente y poco podemos hacer ahí. No nos hemos puesto los bañadores, así que, regresamos a la habitación para cambiarnos. Además, no he cogido el móvil y aunque esté tan lejos de la oficina y haya dejado todo claro, siempre surgen imprevistos.

Efectivamente, tengo varios avisos de la empresa. Les digo a mis amigos que tengo que hacer varias llamadas y que me esperen en la playa, en la zona de acceso para Basi. Meten en una mochila las toallas y las cremas solares y se van.

En cuanto salen por la puerta, llamo a Lucía para que pregunte qué departamento ha querido contactar conmigo y mientras espero, activo el manos libres para poder leer los correos. Tengo varios, pero hay uno que me llama la atención entre todos, es de Alan.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: Buenos días, señorita.

¿Cómo ha pasado la noche? Espero que bien, se le veía muy cansada.

Le escribo para saber si le apetece comer conmigo hoy.

Tengo mucho trabajo y no puedo salir de aquí, pero conozco un restaurante que dispone de envío a domicilio, en este caso, a oficina, que está muy bien. ¿Le mando al chófer para que vaya a buscarla sobre la una?

Un saludo.

Por favor, ¿dónde está ese Alan imbécil de hace unos días? Ha rozado la simpatía, y digo rozado porque todavía le queda por pulir el tema de tutearme. Creo que voy a aceptar su invitación, no tiene por qué pasar nada entre nosotros, ya quedó más que claro todo hace unos días y aunque no quiera, tengo que reconocer que me gusta estar con él.

De: Mónica Suárez

Para: Alan Miller

Asunto: Acepto con una condición.

Tal y como te pongo en el asunto de este correo, solo aceptaré tu invitación a cambio de algo.

¿Quieres saber qué es?

Mientras espero su respuesta, hablo con Clara. Necesita saber qué tipo de contrato tiene que hacerles a las modelos nuevas y una vez aclarado, finalizo la llamada expectante por abrir la notificación nueva que aparece.

De: Alan Miller

Para: Mónica Suárez

Asunto: No me hace falta saberla.

Conociéndola, su petición va a ser que la tutee. ¿Me equivoco?

Mónica, ¿quieres comer conmigo?

Parece que ya me va conociendo un poco más. Le respondo que sí, que a la una estaré allí, pero que no hace falta que envíe a nadie, con enviarme la dirección será suficiente. Cogeré un taxi.

Me pongo uno de los bikinis que he traído. Es de color rosa chicle, no

lleva ningún tipo de adorno, pero me encanta. Me lo compré en rebajas el año pasado y aunque lo que se dice tapar, tapa poco, es comodísimo. El sujetador abarca y realza mi pecho, su efecto *push-up* hace que parezca que tengo más y la braguita es tipo brasileña.

Bajo a la playa y me dirijo a la zona en la que están mis amigos. Marcela está en el agua y Basi dice que él no se piensa bañar. Sé que no quiere ser el centro de atención de todas las miradas y por no avisar a las personas de mantenimiento, es capaz de no bañarse en toda la semana. No puedo consentirlo, tiene que disfrutar de estos días igual que nosotras. Me acerco al chiringuito a pedir tres mojitos y lo comento por si acaso ellos pudieran hacer algo. Muy amablemente, el camarero me comenta que enseguida dan parte al hotel para que manden al responsable de la silla anfibia.

Cuando tengo la intención de pagar, el chico horrorizado me dice que no va a cobrarme nada, que tiene dado el aviso de que somos los invitados del señor Miller y que si aceptara mi dinero, posiblemente lo despedirían en menos de lo que canta un gallo. No he puesto pegasa ya que él no tiene nada que ver y con las tres copas haciendo malabares para que no se me caigan, me dirijo hacia la orilla.

—¿Sabéis qué?

—¿Qué? —me responde Marcela, que al verme llegar ha salido del agua y está echándose un potingue para ponerse más morena.

—El camarero —les digo señalando disimuladamente al chico que me ha atendido—, no me ha querido cobrar nada. Dice que corre a cargo de Alan.

—Pues nada, ¡mojitos gratis! —Marcela da palmas siendo consciente de que eso conllevará a que beba más de la cuenta sin rascarse el bolsillo.

—He quedado para comer con Alan —les comento con indiferencia mientras le doy un sorbo a mi bebida

—¿Ya? ¿No decías que era un estúpido? —me pregunta Basi.

—Bueno, parece que en persona no lo es tanto, pero no os hagáis líos que

os conozco. Por cierto, Basi, ahora mandarán a alguien para que saquen la silla anfibia.

—Tía, me va a mirar todo el mundo. Yo paso.

—Me da igual lo que digas. Vas a bañarte con nosotras, además, ya llamas la atención suficiente con los pelos que te dejó esta —le digo dirigiéndome a Marcela—. Te has lucido, bonita.

—¡Oye! No digas tonterías. Está guapísimo. Las mechas rositas le quedan de maravilla, idiota.

—¡Uy, sí! Preciosas... Vamos, lo nuevo en tendencias capilares. —Mis carcajadas se tienen que estar escuchando casi en el hotel—. Me voy al agua, que ya vienen por ahí tus ángeles de la guarda, Basi.

—¡Hostias! Si lo sé, pido la silla antes. ¡Qué pedazo de hombres, por favor!

—Si me ahogo, el que lleva la camiseta de socorrista, ¿me hará el boca a boca para reanimarme?

—No lo sé, pero no se te ocurra montar ninguna escenita de las tuyas, que te conozco.

—Basi, ¿tu radar qué dice? ¿Son de tu acera o de la mía?

—Diría que el rubio de la mía y el moreno de la tuya, pero últimamente, fallo más que una escopeta de feria.

—Tendremos que comprobarlo.

—Chicos, vale ya, ¿eh? No se os puede sacar de casa. A ninguno de los dos —les corto al ver que están llegando los chicos.

—Se nota que tú ya tienes asegurado al que te va a quitar las telarañas del...

—¡Cállate y no digas ninguna burrada! Yo no tengo nada.

El tiempo se nos pasa volando en la playa y cuando quiero darme cuenta de que estoy algo mareada con el tercer mojito, tengo a mi lado al hombre que

va a llevarme a la oficina de Alan. Es de mediana edad y tiene rasgos árabes.

Ya no me da tiempo de arreglarme ni tampoco de coger un taxi. Recojo mis cosas y le digo que voy a acercarme a las duchas para quitarme el salitre. Por su cara, creo que no ha entendido mis palabras. Vuelvo a repetir lo mismo en inglés, reutilizando un poco el idioma que tengo algo oxidado. A modo de respuesta recibo un gesto de afirmación con su cabeza. No debo haberlo dicho tan mal.

No tardamos en llegar a una zona de edificios enormes en la que, supongo, estará la oficina de Alan. Sin quererlo, estoy empezando a ponerme nerviosa. Voy sentada en la parte trasera de un coche que ni en mis mejores sueños podría tener. Me miro en el espejo retrovisor central y empiezo a ser consciente de que las pintas que llevo no son las mejores para entrar en un sitio así.

Me echo un poco de brillo rosa, como si con eso fuera a solucionar algo y me hago una trenza en el pelo que dejo caer por mi hombro. No he mejorado mucho mi aspecto, pero otra cosa, no puedo hacer.

El chófer entra en un garaje y me doy cuenta de que hemos llegado. Al ver algún que otro trozo de cristal en el suelo, imagino que aquí es donde Alan tuvo ayer el accidente con su coche y se ve que no han retirado todos todavía. Seguro que a algún coche se le revienta una rueda.

Aparca, se baja del vehículo, abre una de las puertas traseras para que salga y susurra algo ininteligible. Digo yo que estará diciendo que baje o que le siga. Este hombre es bastante escueto en palabras. Nos adentramos en un ascensor y veo que pulsa la planta cincuenta y seis.

Al llegar, mientras voy detrás del hombre, me pregunto si la empresa abarcará alguna planta más o si únicamente, está situada ahí.

Nadia va muy arreglada, al igual que el resto de personas que veo. Se acerca a saludarme y a decirme que, cuando salga de trabajar, me llamará para ir a dar una vuelta por esas tiendas que me comentó ayer. No sé si tomármelo como un gesto de simpatía, o si es que se ha fijado en mis pintas playeras. El caso es que he aceptado, ¿quién sabe? Lo mismo hay algo que se pueda ajustar

a mi presupuesto. Me comenta que cree que Alan está en su despacho, que no lo ha visto en toda la mañana y que entre. Nos despedimos con un par de besos. Esta chica es muy maja.

Doy un par de golpecitos a la puerta que me ha señalado y escucho a Alan diciéndome adelante. Sabrá que soy yo, ya que por lo que he podido escuchar alrededor de Nadia, aquí se dirigen unos a otros en inglés.

Al entrar y fijarme en la estancia, me quedo a cuadros. Está pintada del mismo color que la que aparece en mi sueño, ese en el que no consigo ver al hombre. Además, hay un sillón al fondo.

—¡Hola, Mónica! ¿Qué tal ha ido la mañana? —me pregunta levantándose para acercarse a mí.

—Muy bien, la verdad. Hemos estado en la playa. —Dejo que me bese en la mejilla suavemente y no puedo evitar inspirar el olor que desprende.

—Ya lo sé. Me lo han comentado. Siéntate. Acabo un par de cosas y despejo la mesa.

—¿Vamos a comer aquí en tu despacho?

—Sí. He pensado que tendremos más intimidad.

—¿Para qué? —La curiosidad me puede.

—No me gusta que mis trabajadores tengan a mi costa un tema del que hablar esta tarde.

—Vale. Lo que tú quieras. —me acerco a la ventana para poder admirar las vistas y me quedo embobada. Valencia es muy diferente.

—¿Te gusta?

—¡Sí! Es precioso —le respondo sacando el móvil para hacer una foto.

—¡Qué manera de estropear la imagen con el cristal! Déjalo, después subiremos a la azotea para que puedas tomar mejores paisajes.

—Está bien. —Me giro y voy hacia su mesa—. Veo que no te cuesta mucho llevar a cabo mi condición.

—Todo sea por comer con esta preciosa chica española —me responde riendo y dejando ver una sonrisa perfectamente cuidada—. Ya he terminado. Ven.

—Voy.

—Mira, esta es la carta del restaurante. ¿Qué quieres pedir? ¿Comes de todo? —me pregunta alzando su rostros para mirarme. Sus ojos son tan azules e intensos que sí, mi subconsciente grita en mi interior que sería capaz de meter en mi boca todo lo que él me pusiera delante.

—Sí, claro. Como de todo. —Noto que mis mejillas se encienden y me doy cuenta de que he pensado en voz alta—. De comida. Quiero decir.

—Ya, ya. Te he entendido. —Coloca su mano en mi cintura para acercarme más a él y siento que los nervios se apoderan de mí por la proximidad que hay entre nuestros cuerpos.

—Elige tú. Sorpréndeme.

—Está bien, la española quiere que decida yo —me responde con un tono que en mi cabeza suena demasiado erótico.

No me equivoco en cuanto a lo que me ha parecido su respuesta. Me sienta sobre su regazo, abraza mi cuerpo con sus brazos y me besa. Sus labios se posan sobre los míos con fuerza, intensidad y necesidad. Con la punta de su lengua recorre el contorno de mi boca invitándome a abrirla. La abro sin pensar en nada más. Somos él y yo.

Enlazo con mi lengua la suya, notando que en su regazo, una parte de él empieza a despertarse haciendo que me excite por completo. Yo no soy así, lo puedo hasta jurar. Nunca he estado con ningún hombre que me hiciera sentir estas sensaciones con el simple hecho de besarme.

Pasan unos segundos, o unos minutos, ya no lo sé. He perdido incluso la noción del tiempo.

—Lo siento, no he podido evitarlo —me susurra en el oído erizando el vello de mi nuca.

—Será mejor que paremos, Alan.

—Si no me hubieras dicho que dejara las distancias a un lado, quizá, podría haberme mantenido alejado.

—Ahora la culpa será mía, ¿no? Esto no puede volver a pasar —le digo levantándome de su regazo.

—Tienes razón. Será lo mejor. Voy a pedir la comida.

Me siento en el sillón del fondo y no puedo evitar posar mis ojos sobre su pecho mientras hace el pedido. En realidad, no le estoy mirando, simplemente, me hallo sumergida en una montaña rusa de emociones. Hace cuestión de unos días sentía una gran animadversión hacia él, y ahora..., soy incapaz de describir lo que pasa por mi mente. ¿Por qué me hace sentir así?



Capítulo 14

Intento no pensar en nada, dejar que el tiempo pase para que nos traigan la comida, comer y poder marcharme, hacerlo antes me parece una falta de educación. Necesito estar a solas para asimilar la atracción que en cuestión de horas he empezado a sentir por Alan.

Nunca he creído en eso que llaman flechazo, me resultaba imposible creer que alguien me pudiera gustar sin más, por lo que esto de sentir atracción sexual por alguien al que acabo de conocer hace menos de veinticuatro horas era totalmente inimaginable para mí. No sé nada de su vida, ni su color favorito, ni qué manías tiene, por ejemplo, pero sí sé que siento la necesidad de tener sus manos sobre mi cuerpo y de besar sus labios hasta perder la noción del tiempo.

Suena el teléfono de Alan y le miro, pero él no lo hace. De hecho, no me ha dirigido su mirada desde que me he sentado aquí, me ha ignorado por completo y no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan incómoda con alguien. Parece que es el repartidor, nuestro pedido ha llegado, por fin.

Amontona los papeles unos sobre otros y despeja la mesa apilando todo en una esquina. El orden brilla por su ausencia en esta oficina.

—Alan, si tienes documentación importante entre esos montones de papeles, se te puede manchar dejándolos ahí, ¿no crees?

—¿A usted qué le importa?

—¿Cómo que a usted? ¿Ya empezamos otra vez?

—Es mejor salvaguardar las distancias y eso estoy haciendo, ¿no? —me dice sin ni siquiera mirarme.

—Si me vas a tratar así, no pienso hablar contigo.

—¿Vamos a comer sin hablarnos?

—Pues mira, sí. El silencio es más interesante que tú. —Ni yo misma sé el motivo por el que he dicho eso, en realidad no lo pienso.

—Si tan incómoda está, puede marcharse —me dice mirándome fijamente.

—Tampoco te pases, tirar esta comida es un pecado y yo —le susurro cerca de su rostro—, no pecho.

—No se acerque tanto a mí si no quiere que le muerda.

—Me encanta tu manera de alejarse... ¡Ah, no! Que estás más cerca. —Sin saber por qué, beso ligeramente sus labios—. Vamos a comer que tengo hambre, anda.

—Me parece bien. Esto —me dice abriendo los recipientes en los que nos han traído la comida—, merece que nos demos una pequeña tregua.

—¡Por favor, qué pinta tiene todo! Voy a volverme a España con diez kilos más.

—Todavía quedan algunos días para su vuelta, no hablemos de eso.

—¿Por qué? —le pregunto sirviéndome una clase de arroz que no sabría catalogar, pero que debe estar buenísimo.

—Me incomoda hablar de eso.

—¿Qué puedo ir a visitar aquí? —Cambio de tema porque lo cierto es que yo tampoco quiero pensar en que en unos días no volveremos a vernos.

—Depende de qué quiera ver.

—¿Todo?

—Todo es imposible. —Sonríe y con ese gesto, vuelvo a sentirlo más cercano—. ¿Qué te parece si mañana le llevo a hacer turismo?

—No sé... Tienes que trabajar, ¿no?

—Puedo adelantar alguna tarea esta tarde y así, pasar tiempo con usted. Es mi invitada.

—Bueno, como tú quieras.

—Cuénteme, ¿qué tal está Adolfo?

Pasamos parte de la comida hablando sobre mi jefe. Por lo visto, aunque yo no tuviera ni idea, llevan un par de años trabajando juntos.

La curiosidad me puede y le pregunto por qué viven aquí. Según me cuenta, se vinieron de Ohio cuando su madre falleció hace cinco años. Tuvo un accidente por culpa de una mujer que pretendía suicidarse y tras estar un par de meses en coma, una mañana en la que estaban los tres visitándola, se fue. Nadia y Matthew habían finalizado sus carreras universitarias ese mismo año y él, trabajaba como administrativo en una pequeña empresa.

Los tres están licenciados en lo mismo que yo e invirtieron el dinero que el seguro les dio por la defunción de su madre en crear Spanish Advertising Business. Desde los inicios de la empresa, empezó a irles muy bien económicamente. Los grandes jeques de la zona requerían de sus servicios para la organización de sus fiestas.

Lo que más me llama la atención de lo que me cuenta, es que trabajan de una manera muy similar a la nuestra.

Terminamos de comer y las ganas que tenía antes de marcharme se han esfumado. Ahora, me encuentro bien a su lado, pero sé que no pinto ya nada aquí y que lo único que puedo hacer, es entorpecer su trabajo.

Mientras veo cómo tira los envases vacíos a la papelera, no puedo evitar fijarme en él. Está tremendo. Hoy va vestido con un traje muy similar al de anoche, pero con la camisa de color negro. Al no llevar la americana y a plena luz del día, puedo ver tras los dos botones desabrochados que lleva, lo definidos que están sus pectorales. Inconscientemente, me imagino introduciendo mi mano por ese torso moreno, acariciando con mis dedos cada

músculo. ¿Por qué no tendrá pareja? A un hombre así, estoy segura de que no le faltan mujeres dispuestas a estar con él.

—¿Qué vais a hacer luego? —me pregunta.

—Nadia quiere que vayamos a las tiendas del hotel.

—Mi hermana y las compras, ¡qué raro!

—Es muy simpática, la verdad.

—Por cierto, su amiga Marcela, no pierde el tiempo. Me ha dicho Matthew que han quedado para cenar.

—¿Qué? ¡La voy a matar!

—Esta mañana ha llamado y me ha pedido su número de teléfono.

—No me digas nada más. Ahora cuando llegue, se va a enterar —le digo enfadada.

—No se ponga así, son personas adultas.

—Tú no conoces a Marcela. Nos volveremos a casa y la tendré semanas llorando porque ha perdido al amor de su vida.

—¿En serio? Matthew es igual.

—Dicen que siempre hay un roto para un descosido.

—¿Qué? —me pregunta sin entender lo que he dicho.

—Nada. Es un dicho de mi país.

—¿Quiere que cenemos juntos?

—¿Cómo?

—Ya sabe. Quedar a una hora en concreto, ir a un restaurante, pedir comida, conversar...

—Sé lo que estás diciendo, no hace falta que me hagas una descripción —le respondo sin saber si aceptar o no. Tampoco quiero pasar mucho tiempo con él—. No quiero dejar a Basi solo y si Marcela se va, yo no puedo irme.

—¿Qué le parece una cena de cuatro? Puedo llevar un amigo para Basi.

—No sé si es que no te has dado cuenta, pero Basi es...

—Ya sé lo que es, no hace falta que me haga una descripción. Tengo un amigo como él —me corta antes de acabar la frase—. ¿Qué le parece a las nueve en la recepción del hotel?

—No lo sé. Tengo que hablar primero con Basi. Te mando un correo después.

—¿Y por qué no me escribe por WhatsApp?

—Pues también es verdad...

—Bueno, Mónica, no quiero parecer descortés, pero si mañana vamos a pasar todo el día fuera, tengo que dejar algunas cosas resueltas —me dice acercándose a mí.

—Claro, claro. Me voy, no quiero ser pesada. Luego te escribo, ¿vale? —le pregunto mirándole a los ojos. Me encanta, no lo puedo evitar.

—Está bien. —Me besa. Otra vez, pone sus labios sobre los míos y yo no me aparto. No puedo hacerlo, necesito el contacto con su piel. Coloco mis manos en su nuca y acariciándole con mis dedos notando cómo eso le gusta—. Perdona, pero no he podido evitarlo.

—No te preocupes, de verdad. —No se me ocurre nada mejor que decir.

—Voy a llamar a Mishaal para que la lleve de vuelta al hotel.

—No hace falta. Puedo coger un taxi.

—De eso nada. No voy a consentir que usted pague nada.

—Pero...

—Pero, nada. —Se acerca a su mesa, descuelga el teléfono, marca varios números y en árabe dice unas palabras que no entiendo. Cuelga el auricular y me mira—. No está muy lejos de aquí. La espera en quince minutos en la puerta.

—Vale. Supongo que no puedo decir otra cosa —le respondo sonriendo—. Para no molestarte más, esperaré fuera, así aprovecho para quedar con Nadia.

—Usted no me molesta.

Da dos zancadas y de nuevo, lo tengo a unos centímetros de mi cuerpo. Acaricia mis brazos y presiento que va a volver a besarme. No me equivoco. En esta ocasión, lo hace con más intensidad que la anterior y yo no puedo apartarme. De nuevo, entrelazo mis brazos alrededor de su cuello acercándolo más a mí. Su boca no deja de buscar la mía e imagino, que sin pensarlo, aparta los tirantes de mi vestido para dejarlo caer al suelo.

Ahí estoy yo, en el centro de un despacho en Dubái, cubierta por un minúsculo bikini. Posa sus manos sobre mis nalgas y las masajea intensamente. Sigue besándome, casi con desesperación. Yo no reacciono. Esto va en contra de muchos de mis principios, pero por primera vez en mi vida, necesito que un hombre me haga suya de esta forma. Puede parecer algo descabellado, lo sé.

Me coge en brazos y me sienta sobre la mesa en la que hace unos minutos hemos comido. Noto cómo su erección presiona contra mi vientre y rodeo con mis piernas su cintura.

—Me muero por hacerle el amor —susurra en mi oído. Las ganas de hacer unos segundos por tenerle en mi interior desaparecen de golpe.

—Alan, así no.

—¿Así no? ¿Cómo? ¿Qué le gusta, Mónica? —me pregunta mientras da pequeños mordiscos en el lóbulo de mi oreja.

—Para, por favor.

—Pero, ¿qué le pasa? —Se separa de mí, me mira intensamente y a pesar de no estar desnuda, es así cómo me siento. Pongo mis brazos sobre mi pecho, me bajo de la mesa y me agacho para recoger mi vestido del suelo.

—Yo no puedo acostarme con un tipo que me trata de usted. Me siento como si fuera una extraña y así es imposible.

—Yo no lo veo ningún impedimento. Hay muchas mujeres que no ponen pegas como usted.

—¿Lo que me faltaba! Entiende que yo no soy ninguna de esas mujeres con las que te acuestas.

—Usted está muy lejos de parecerse a cualquiera de ellas. ¿No quería distancia? Yo se la doy.

—Yo es que flipo, en serio. Pues esa de ahí —le digo señalando su entrepierna—, pretendía acercarse, no alejarse.

—¿De verdad se pensaba que íbamos a tener sexo aquí? ¿Está loca?

—¿Qué?! Mira, me voy. Olvídate de que cenemos juntos —le grito.

—Mónika, deje de dar voces así.

—Lo siento. ¿No es el lugar? Lo sé. Ha sido un error venir. Esperaré a Mishaal fuera.

Me giro y sin darle la oportunidad de decir cualquier tontería más, salgo por la puerta con la poca dignidad que siento en estos momentos. Veo que Nadia se acerca a mí y con un gesto le hago una negativa, ahora no puedo hablar con nadie. Las lágrimas por la impotencia y la vergüenza que siento no tardan en aparecer en cuanto entro al ascensor.

Este hombre rompe todos mis esquemas y si sigo estando con él a solas, no puede pasar nada bueno.

Llego al hotel un poco más relajada y mis amigos están esperándome en la habitación. Por lo visto, Alan ha llamado para que le dieran mi número de teléfono. Saco el móvil y veo tres llamadas perdidas y cuatro mensajes. No quiero leerlos. No quiero saber nada de lo que tenga que decirme. Tras una ducha, les cuento a Marcela y Basi lo que ha pasado.

—Yo creo que le gustas. Basi, ¿te fijaste en cómo la miraba ayer?

—Yo pienso igual, Moni. Ese hombre es puro fuego. Te desnudaba con la mirada.

—Claro. Por eso me habla así.

—Para él tampoco será fácil.

—Es imbécil. No hay más.

—Pero está muy bueno, ¿eh?—dice Marcela.

—¡Ah! Y contigo tengo que hablar. ¿Cómo se te ocurre llamarle para pedirle el número de Matthew? ¿Tú estás bien de la cabeza?

—Ya ves que sí. Hay personas que no perdemos el tiempo comiéndonos la cabeza y disfrutamos del momento.

—Pues que sepas que, cuando te rompa el corazón, porque ese tiene que ser igual que Alan, no pienso estar aquí para consolarte.

—Estará Basi, ¿verdad?, cariño —le pregunta a él.

—A mí no me metáis en vuestros líos. Bastante tengo yo con los míos. ¿Sabéis qué? Mi novio me ha dejado. Dice que soy un egoísta.

—Basi, llevas con él una semana, eso no se puede considerar novio. —Sé que no tiene culpa y no se merece que le hable así, pero no puedo evitarlo.

—Oye, bonita, que yo no tengo la culpa de que te hayan dejado más caliente que el palo de un churrero.

—¡Ay, de verdad! ¡Dejadme en paz! Me voy a la playa a ver si me despejo un poco.

—Sí, a remojarte para quitarte el calentón que tienes encima —me dice Basi riendo.

—Pero, ¿qué calentón? —le grito.

—Deberías tener más sexo, nena. Esto de que folles de año en año, te está perjudicando.

—¿Tú qué sabrás?

—De año en año, dice. Esta lleva por lo menos dos y medio sin quitarse las telarañas.

—Faltabas tú. Hay personas que no nos tiramos al primer tío con el que

nos cruzamos.

—Nadia ha llamado mientras te duchabas. Viene hacia aquí —dice Marcela, y por su tono, presiento que se ha enfadado conmigo.

—Necesito estar sola. Luego os llamo.

—No puedes hacerle ese feo, además, está preocupada por ti.

—¡Joder! Vale. Voy a vestirme. Chicos, perdonadme. No sé qué me está pasando.

—Moni, tú nunca dices palabrotas. Los aires de Dubái te están alterando —interviene Basi.

—No son los aires, es el gilipollas de Alan —sentencio mientras cierro la puerta del baño.



Capítulo 15

La tarde con Nadia está siendo muy divertida. Hay decenas de tiendas y se nota que viene mucho por aquí. La conocen en todas y eso hace que nos traten de maravilla.

Como nos ha dicho que carguemos el importe de las facturas a la cuenta de Alan, Marcela y Basi, no han perdido el tiempo. Se han comprado varios conjuntos y cada uno de ellos, vale lo que cobran ellos en un mes. Yo me he negado por completo. No pienso dejar que él me pague nada, pero eso no quita de que me pruebe diferentes cosas. Me enamoro de dos vestidos preciosos. Uno de ellos es negro entallado por debajo de la rodilla y lleva los tirantes bordados con pedrería. El otro, es de color verde botella con caída hasta los pies. Ambos parecen hechos para mí, sin embargo, al ver su etiqueta, casi se me salen los ojos de sus cuencas. ¡Normal que me queden tan bien! Vuelvo a colgarlos ante la negativa de mis amigos.

—Señorita Suárez —me llama una dependienta que está en el mostrador—, tiene una llamada.

—¿Yo? ¿Quién va a llamarme?

—¿Pues tú quién crees que puede ser? —me pregunta con ironía Marcela—. Tu americano.

—¡Cállate, anda! —le respondo mientras me dirijo hacia el teléfono—. ¿Hola?

—¡Buenas tardes, Mónica! —Su voz al otro lado de la línea me pone más nerviosa incluso que la primera vez, no es para menos.

—¿Qué quieres, Alan?

—Saber el motivo por el cuál no me ha contestado a los mensajes.

—Porque estoy ocupada, por ejemplo. —Intento fingir una indiferencia que no siento.

—¿Quedamos para cenar? Ya he avisado al amigo que le he comentado y está disponible.

—Lo siento, no vamos a poder. A Basi no le apetece —miento.

—¿Y a usted?

—¿A mí, qué?

—Que si le apetece, ¿qué va a ser?

—Si te dijera que no, mentiría, la verdad, pero no tengo ganas de discutir. Por lo tanto, hoy saldré con tu hermana a conocer el mundillo de la noche por aquí. Estoy segura de que lo pasaremos bien.

—De eso no me cabe ninguna duda.

—Bueno, pues nada, ya hablamos, ¿eh?

—Un momento, Mónica. Lo de mañana sigue en pie, ¿no?

—Supongo... —Lo cierto es que a pesar de discutir, quiero verle, pero no lo pienso reconocer.

—¿Cómo que supone?

—Depende de los mojitos que me beba esta noche.

—¿Es necesario que salga a beber en vez de pasar una tranquila velada conmigo?

—¡Sí! Da la casualidad de que Nadia no pone distancias entre nosotras. Adiós, Alan.

Le he colgado mientras me decía algo de lo que, evidentemente, no me he

enterado. Me doy la vuelta sabiendo que soy el centro de atención, cosa que no me gusta, y me dirijo hacia mis amigos.

Marcela me mira con cara de incredulidad, Basi de asombro y Nadia con una sonrisa de oreja a oreja haciendo gestos afirmativos con su cabeza. Me ha dicho que así, sí y que esta noche vamos a quemar los *pubs* más conocidos de Dubái.

Después de dos horas de compras, vamos a la terraza a tomar un refresco y así, poder descansar un poco. Pasamos el rato contándonos cosas y conociéndonos un poco más. Mientras Basi le cuenta su accidente a Nadia, yo aprovecho para sacar el móvil. Tengo varios mensajes. Uno de ellos es de Michelle pidiéndome disculpas, lo dejo en visto, pero no le contesto, su excusa no me sirve. Dice que la llamaron la noche anterior a volar desde su empresa diciéndole que había habido un error con los cuadrantes de turnos y que tenía que trabajar. No se lo cree ni ella.

De Alan aparecen ocho mensajes, se ve que ha pensado en mí. ¿Eso es bueno? Yo no he podido quitarme de la cabeza lo que ha pasado entre nosotros. En los cuatro primeros, me ha escrito que siente lo borde que ha sido, que no sabe qué le pasa cuando está conmigo y que aceptara cenar con él esta noche.

El resto supongo que son de cuando le he colgado. Me dice que en su vida ninguna mujer le ha dejado con la palabra en la boca, y que sin embargo, le gusta mi carácter y cómo le planto cara. En el último, ha escrito que espera que disfrute esta noche con Marcela y que mañana a las ocho y media me recoge. ¿Es necesario madrugar tanto? Me sabe mal no contestarle, en realidad, eso de ir de dura no va conmigo y le contesto con un escueto mensaje en el que le pongo un gracias y un ok.

Nos vamos a la habitación porque, en teoría, ya han subido las bolsas de lo que se han comprado y con tanto modelito nuevo, Marcela necesita una hora y media para arreglarse, «¡hay que ver cómo le gusta perder el tiempo!». Yo he quedado con Nadia en que me recogerá sobre las doce. Le he insistido a Basi para que venga con nosotras y no se quede solo en el hotel, pero dice que está

cansado y que prefiere irse a dormir.

—¿Estoy guapa? —nos pregunta Marcela saliendo del cuarto de baño.

—Reina, estás preciosa. Matthew no va a poder resistirse a tus encantos —le responde Basi.

—Has tenido buen gusto, te queda genial. —Se ha puesto un pantalón de vestir de color negro y una camisa con escote casi hasta el ombligo en tono malva.

—¿Se me ven las tetas demasiado?

—La blusa tiene mucha abertura, pero no se ve nada, aunque, ten cuidado esta noche y no bebas mucho, a ver si se te va a salir una mientras bailas con tu cita.

—¡Qué payasa eres a veces! —me responde haciendo un sensual movimiento con su torso—. ¿Ves? No hay riesgo.

—Mejor así.

Mi amiga se ha ido dando pequeños saltitos a su encuentro con Matthew y nosotros nos hemos quedado cambiándonos para bajar a cenar. Yo ya me he preparado para después por si acaso la cena se alargara y no me diera tiempo. «La puntualidad ante todo».

Al contrario que Marcela, yo solo he tardado quince minutos. Me he puesto unos pantalones vaqueros de pitillo de color blanco y una camiseta de tirantes negra. Los zapatos son del mismo color, y como llevan un tacón altísimo, meto en el bolso unas sandalias planas de esas básicas. Nunca se sabe qué puede pasar y no sería la primera vez que me tuviera que ir a casa por no soportar el dolor de pies. No acostumbro a calzar así, prefiero la desnudez de no llevar nada, en los pies, digo. En casa siempre voy descalza, al igual que cuando bailo.

Me he maquillado ligeramente los ojos y he rebuscado entre los potingues de la cara de Marcela para buscar un pintalabios rojo fijo, es un color que no acostumbro a llevar y por eso, no tengo. Me lo echo al bolso también, por si

acaso no es tan fijo. El pelo me lo dejo tal cual lo llevo. Suelto y rizado.

Son las cuatro de la madrugada y estamos en una zona de *pubs* que está abarrotada de gente. No sé cuántas copas me he tomado, ya que este es el tercero en el que estamos, pero estoy ligeramente mareada. Es lo que tiene la falta de costumbre, encima, en cada sitio he tomado un cóctel diferente. Tenía que probarlos todos.

Lo estamos pasando genial y además, aquí se encontraban tres amigas de Nadia. La verdad es que como no hablamos el mismo idioma, está empezando a entrarme el bajón. No las entiendo y veo cómo se ríen sin saber de qué están hablando, me siento fuera de lugar. Le digo a Marcela que voy a la zona de baile y con otra copa en la mano, me pongo a mover las caderas sutilmente. No tardo en dejarme llevar por la música cuando noto que dos manos se posan en mi cintura. Me giro pensando que la única persona que puede agarrarme así es Alan, supongo que Nadia le ha dicho dónde estamos y me encuentro a un tipo que no conozco.

Mis ganas de bailar desaparecen de golpe al ver que se acerca a mi rostro. «¿Qué se supone que pretende hacer este imbécil?».

Noto su aliento cerca y me repugna. El chico no está mal, al contrario, es guapo, pero me da asco ver su proximidad y una arcada sube por mi garganta. Intento contener los espasmos de mi estómago y me resulta imposible. Le vomito encima. El tipo, como es lógico, no se lo toma bien y me empuja haciéndome caer hacia atrás.

Nadia llega corriendo a la zona en la que estoy y empieza a gritar al hombre que me ha golpeado. Yo estoy en el suelo y no puedo evitar echarme a reír, la gente que nos rodea me mira y una de las chicas con las que estábamos, me levanta preguntándome cómo me encuentro, al menos, eso creo.

Salimos al exterior y Nadia me comenta que no me mueva, que va a por el coche para llevarme de vuelta al hotel. Creo que la fiesta se ha terminado. Le pido disculpas por el espectáculo que he montado y me dice que no me preocupe.

Me miro de arriba a abajo y mis pantalones han dejado de ser blancos,

están para tirarlos a la basura directamente, así que, me da igual ensuciarlos un poco más y me siento en el bordillo a esperarla. Veo unas manchas de sangre recientes en la zona de los muslos y me entretengo en buscar su procedencia. Sigo mareada y no recuerdo si el coche estaba muy lejos, pero Nadia tarda mucho en volver. «¿Dónde se ha metido?». Mientras sigo buscando dónde me he hecho sangre, aparece. Me quedo de piedra. Viene con Alan.

—¿Qué coño haces tú aquí? Aguafiestas —le digo viendo que la sangre sale de mi codo.

—Mónica, he tenido que llamarle yo —me dice Nadia agachándose—. Se ve que dejé la luz de contacto en el coche encendida y no arranca. Está sin batería.

—Chicos, creo que tengo un cristal clavado —digo antes de desmayarme.

Abro los ojos y me encuentro en una estancia que no conozco, no he estado nunca en este lugar. No sé muy bien qué ha pasado ni por qué me encuentro aquí. Lo último que recuerdo es que tenía sangre en un brazo. Me lo miro y compruebo que tengo un pequeño vendaje a la altura del codo que me impide doblarlo, me escuece. Además, me duele la cabeza horrores, siento pinchazos en la frente y me da la sensación de que me va a explotar de un momento a otro. En la mesilla de noche, junto a la cama, veo que hay un vaso de zumo y una pastilla junto a una nota en la que pone que me la tome para encontrarme mejor. Ni de coña pienso hacerlo. A saber si alguien pretende drogarme. El zumo sí me lo bebo porque estoy sedienta y mientras lo hago, me doy cuenta de que me contradigo a mí misma. También podrían haber envenenado el zumo, ¿no?

Me levanto y noto que estoy vestida con una camiseta larga que me llega casi por las rodillas, la levanto un poco para comprobar si debajo llevo mi ropa interior. Perfecto, está todo en su sitio.

Me dirijo hacia una puerta de las dos que hay, supongo que será el baño y necesito darme una ducha, me siento sucia.

Me he equivocado. He salido a un largo pasillo oscuro, esto, claramente, podría ser una escena de película de terror de esas grabadas en primera persona. Camino en silencio sin hacer ningún tipo de ruido y llego a un salón grande. En el centro hay un sofá de esos que se convierten en cama y me acerco porque he visto que hay un bulto en él. ¡Ya lo recuerdo! Estaba con Nadia, seguro que me ha traído a su casa para no preocupar a mis amigos. A través de las enormes cristaleras que hay, me doy cuenta de que es de noche, no sé qué hora será, pero no ha amanecido todavía.

—¡Nadia, despierta! —susurro destapando la silueta que hay.

—¡Mónika! —me grita Alan. Me quedo de piedra, soy incapaz de reaccionar. Está casi desnudo, únicamente, lleva unos calzoncillos de tipo bóxer. La suave luz de la luna, deja a la vista un cuerpo masculino de infarto. Todos sus músculos están muy marcados, ni la mejor tableta de chocolate le hace justicia a ese abdomen. Sus oblicuos internos se pierden bajo la minúscula prenda de ropa que lleva, ¡una lástima!

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto intentando mirarle a la cara y fracasando en el intento.

—Vivo aquí. Lo más normal es que esté en mi casa, ¿no?

—¿Qué hago yo aquí? —Estoy totalmente desconcertada, no consigo recordar cómo llegué.

—Ven, siéntate, no te quedes ahí plantada —me dice incorporándose sobre la almohada.

—No. Da igual, me quedo así, mejor. —Vale que estoy en su casa y que me he quedado embobada con su cuerpo, pero sé que es mejor mantener las distancias. No sé si podría mantener la poca cordura que me queda si lo siento más cerca. Una no es de piedra.

—Está bien, haz lo que quieras. Hace unas horas me llamó Nadia diciéndome que su coche no arrancaba, que tú estabas algo perjudicada y que, por favor, fuera a por vosotras. Al llegar viste que tenías un cristal clavado y perdiste la conciencia. Vinimos aquí porque no queríamos preocupar a tus amigos. Te sacamos el trozo de cristal, te limpiamos la herida y te la

vendamos. Nadia se ha ido a su casa y tú, que no te has enterado de nada, has estado durmiendo.

—¿Quién me ha quitado la ropa?

—Yo. —¡Dios mío! Me ha visto casi desnuda, ¡qué vergüenza!

—¿Por qué me habéis traído aquí y no a casa de Nadia?

—Porque la suya, que está pared con pared con la mía, solo tiene una cama.

—¿Y qué? Podría haberse acostado a mi lado.

—¿Te has olido? Hueles a perro muerto. Es imposible estar a tu lado sin tener ganas de vomitar —me suelta con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Qué horror!

—Sí, ¿verdad? Mañana me va a tocar cambiar las sábanas de la cama y no precisamente por haber tenido una magnífica noche de sexo desenfrenado.

—¿Puedo ducharme?, por favor

—Sí, claro. Nos harás un gran favor a ambos si lo haces —me responde riendo mientras hace un gesto de taparse la nariz—. El cuarto de baño está al lado de la puerta por la que has salido. Ahora te llevo una toalla y una camiseta limpia. Tu ropa está en la secadora, aunque no tengo muy claro que los pantalones vuelvan a tener el mismo tono.

—Gracias. —Me giro y me dirijo hacia el pasillo sabiendo que la camiseta que llevo no me tapa demasiado mi parte trasera.

—Bonito culo, Mónica.

He pasado por diferentes situaciones vergonzosas a lo largo de mi vida, pero con seguridad podría decir que esta se lleva la palma de todas. ¿Quién me mandaría a mí salir ayer a darlo todo?



Capítulo 16

Estoy en la ducha intentando quitarme el olor nefasto que desprende mi cuerpo. Lo cierto es que necesitaba asearme, pero mucho más, alejarme de Alan.

¿Cómo un cuerpo de hombre puede ser tan perfecto? Me he quedado prendada con las vistas que ofrecía hace tan solo unos minutos. No podía evitar mirarlo, ¡ni que no hubiera visto un cuerpo de hombre semidesnudo en mi vida!

Sigo algo alterada, el agua fría que cae sobre mí no está ayudando a que vuelva a la normalidad, la de hace un rato, porque la de cuando estaba en casa, creo que nunca la volveré a recuperar. Mientras sigo sumergida en mis pensamientos, escucho que la puerta se abre.

—Mónica, te dejo sobre el lavabo una toalla y una camiseta, esta es más larga. Imagino que necesitarás lavar tu ropa interior.

—No pensarás que voy a estar paseándome por tu casa sin nada debajo, ¿no?

—Esta camiseta te llegará por las rodillas, no sufras. ¿Te sientes mejor después de la ducha de agua fría?

—¿Cómo sabes que está fría?

—No soy adivino, y mira que me gustaría saber en qué estás pensando

ahora mismo. No se ha encendido el termo de agua caliente, por eso lo sé.

—Créeme cuando te digo que no te gustaría saberlo.

—Sorpréndeme.

—Mejor no. ¿Puedes irte? Ya he terminado.

—No vería mucho más de lo que ya he visto hace un rato.

—Verme desnuda no creo que entre en tu lista de tareas para mantener las distancias.

—Quizás eso haya sido un error decirlo.

—Alan, si quieres hablar, salgo, me seco, me visto, voy y hablamos de todo lo que quieras, pero vete. No quiero sonar grosera.

—¿Por qué?

—Me estoy quedando congelada.

—Pues sal. —No me lo pienso y abro la mampara de la ducha tal y como mi madre me trajo al mundo. Desnuda.

—¿Me pasas la toalla, por favor? —le pregunto sin una pizca de vergüenza—. No quiero ponerte el suelo perdido.

—Cla-claro. —Veo cómo la coge entre sus manos, la aprieta con fuerza, la deja caer y se acerca hasta dónde estoy—. ¡A la mierda las distancias!

Se abalanza sobre mí y sus manos van directas a mi trasero. Su boca se une a la mía con ansia y no tarda en devorarla. No sé dónde he dejado mi negativa de volver a permitirlo, supongo que los efectos del alcohol me tienen algo desinhibida. Paso mis brazos alrededor de su cintura, me acerco más a él mojando la ropa interior que oculta una gran erección y aprieto con fuerza su culo. «¡Dios mío! ¡Qué culo tiene!».

Sube sus manos por mi espalda y con torpeza, me toma de la nuca para separarme ligeramente.

—¿Esto es lo que quieres? Si no paramos ahora, no sé si seré capaz de hacerlo después.

—No lo sé. La verdad—le respondo soltándome de su agarre y lanzándome a besar sus labios de nuevo.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Necesito sentirte así, cerca de mí. Tus manos sobre mi cuerpo y tus labios devorando los míos —susurro.

—Está bien. Mañana ya veremos qué hacemos.

Se quita los calzoncillos y los deja bajo sus pies. Me alza con fuerza y apoya mi espalda en la pared contra los fríos azulejos. Noto su entrepierna pegada a mí y eso me excita de una manera indescriptible. Su boca se posa en mi cuello y con sus labios comienza un reguero de besos que llega a mis pechos. Sin querer, al abrir mis piernas para enroscarlas en su cintura, toco el grifo y el agua comienza a caer sobre nosotros. Está fría, pero nos da igual. Ahora mismo no importa nada. Solo él y yo.

Sus labios siguen en el mismo lugar. Mordisquea la piel alrededor de mis pezones haciendo que estos necesiten de su atención. Echo la cabeza hacia atrás, enredando su pelo entre mis dedos y moviendo lentamente mi cuerpo arriba y abajo para sentir el roce de su miembro sobre el mío.

Esta situación es la más erótica que he tenido en toda mi vida. Que conste que no soy una mojigata, he estado con más hombres, sin embargo, ninguno me ha hecho sentir así. Es puro fuego y cuando me clava su mirada con esos ojos llenos de deseo siento que voy a morir de placer.

—Esto no está bien —susurra en mi oído—, pero no puedo parar. Deberías ser tú quién me frenara.

—Yo..., yo no puedo. Soy incapaz —le respondo jadeando.

—Vale. Ya paro. Lo siento.

—¡Nooo! —le grito mientras introduzco yo misma su miembro en mí—.

No quiero que pares, Alan. Lo que quiero es que me lleves a lo más alto, así. Tú, yo y nada más que se interponga ni siquiera nosotros mismos.

Supongo que mis palabras han marcado un antes y un después para nosotros, él no ha dicho nada, pero ha empezado a moverse de forma lenta, pero fuerte, llegando hasta lo más profundo de mi ser para seguidamente, empezar a embestirme más rápido hasta que juntos hemos alcanzado la cumbre del clímax del placer en cuestión de un par de minutos.

Decir que nuestra unión ha sido increíble, se quedaría corto. Nos hemos compenetrado a la perfección y al acabar, hemos permanecido abrazados, sin movernos y sin decir nada que pudiera estropear el momento bajo el agua fría cayendo sobre nuestros cuerpos unidos.

En brazos y aún con su miembro en mi interior, me ha llevado a su cama sin importarle nada que se fuera a mojar. Ha vuelto a besarme y de nuevo hemos hecho el amor, pero esta vez, más suavemente, con calma y disfrutando de cada segundo.

Ahora, estoy tumbada sobre su hombro, él está dormido, siento su respiración en mi pelo. Yo, por alguna extraña razón, empiezo a sentirme incómoda. Siento miedo, «¿qué pasará mañana cuando nos despertemos y hablemos?». Tengo sueño y me dejo llevar por el compás que marcan los latidos de su corazón.

El miedo que sentía anoche se incrementa al girarme y ver que estoy sola en la cama de Alan. «¿Se puede saber dónde se ha metido?». Desnuda me levanto y salgo del dormitorio para dirigirme al salón en el que está la cocina *office* para pensar con claridad, necesito una dosis doble de cafeína en mi cuerpo. Veo que el sofá-cama está totalmente desordenado y la ropa de Alan tirada en el suelo de malas maneras. Voy al cuarto de baño por si acaso se estuviera duchando y nada, tampoco está. En cambio, sus calzoncillos siguen en el suelo al lado de la toalla. Me parece a mí que de ordenado tiene poco este hombre.

Intento no darle importancia al hecho de que se haya marchado y me haya dejado sola en su casa. Me tomo la libertad de ponerme su camiseta, la que está tirada en medio del salón, huele a él y eso me encanta. Me preparo el desayuno con lo poco que encuentro en la nevera y me siento sobre un taburete. En estos momentos necesito casi más comer que respirar.

Mientras miro las notificaciones de mis redes sociales pienso en enviarle un mensaje para preguntarle dónde se ha metido. Veo que está en línea y lo leo al momento, sin embargo, no me contesta y se desconecta.

Son las diez de la mañana y se supone que hoy íbamos a salir a hacer turismo, iba a ser mi guía personal y no hay ni rastro de él.

Abro el grupo que tengo con mis amigos, no sé nada de ellos desde anoche y supongo que imaginarán que estoy bien, pero por si acaso, les escribo.

Yo

Chicos, ¿cómo estáis? 10:01

Basi

Marcela no ha dormido aquí.

Tú tampoco.

Ninguna de las dos habéis vuelto. 10:03

Marcela

Os anuncio que me he enamorado.

Ha sido la mejor noche de mi vida.

No os podéis imaginar cómo es Matthew. 10:05

Yo

Créeme que sí lo puedo imaginar.

Yo he pasado la noche en casa de Alan.

Cuando os cuente lo que me pasó anoche,

no os lo vais a creer. 10:06

Basi

Cuenta, cuenta.

Danos salseo del bueno. 10:07

Marcela:

¡Calla!

Pues entonces, estás a mi lado.

Matthew vive pegado a Alan.



Yo

Aquí vive Nadia.

Pues resulta que anoche bebí.

Le vomité a un tipo encima.

Me clavé un cristal en el codo y me desmayé.

Me desperté y estaba aquí. 10:08

Marcela

¿En serio?

Pero si tu no bebes nunca. 10:09

Basi

¡Jajaja! Necesito más detalles para visualizarte. 10:09

Yo

Luego os cuento cuando os vea.

Os escribo porque hoy iré con Alan a ver Dubái.

Haced planes sin mí. 10:10

Marcela

Alan está aquí.

Y Nadia también. 10:11

Yo

¿Y qué hace allí? 10:12

Marcela

No lo sé.

Se han metido al despacho. 10:13

Yo

Pues ves y pon la oreja.

Tú eres cotilla por naturaleza, cotillea. 10:14

Basi

¿Qué tal ha sido el sexo con él?

✓ ¿Recordabas lo que era echar un polvo? 10:15

Yo

¡Oye! No te pases, guapo.

El sexo ha ido bien, pero no pienso darte detalles.

✓ No preguntes nada. 10:16

Basi

Solo una cosa más.

¿Es un empotrador? 10:17

Yo

¡Ay, Basi!

Vaya preguntas...

No pienso responder a eso. 10:17

Marcela

No entiendo nada de lo que dicen.
Sé que Alan está enfadado porque grita.
Dice algo de que siempre le toca a él.
También dice que no piensa cambiar su vida por nadie. 10:20

Yo

No veo normal que se vaya para contar nuestras intimidades.

Nadie le ha pedido que cambie su vida.

✓ Por echar dos polvos se pensará que quiero matrimonio. 10:22

Basi

A lo mejor está hablando de otra cosa.

No lo sabemos.

No montes un drama, anda. 10:23

Yo

Luego hablamos.

✓ Voy a buscar mi ropa. 10:24

Dejo el teléfono sobre la mesa y recojo lo que he ensuciado. No pienso dejar todo patas arriba como hace Alan. Tiene la casa que da pena y no seré yo quien contribuya a desordenar más todo esto. Cuando termino, me pongo a buscar la secadora y no la encuentro por ningún rincón del piso. He mirado detrás de cada puerta, aunque no es que haya demasiadas, la verdad. Si a Alan le molesta que rebusque por su casa, que no se hubiera ido dejándome sola. Cuando llevo diez minutos sentada en el sofá, escucho las llaves en la puerta. «¡Parece que *Mr.* Enfadado viene!».

—¿Tú quién eres? —me pregunta una voz femenina detrás de mí.

—¿Yo? Mónica. ¿Y tú? —le respondo girándome y viendo una mujer despampanante.

—Mina. Mucho gusto en conocerte. —Se dirige a la cocina y deja su bolso al lado de mi teléfono—. Perdona, voy un momento a cambiarme y vuelvo.

Me deja sola y en mi cabeza hay un aluvión de dudas. ¿Quién es Mina? ¿Por qué tiene llaves del piso de Alan? ¿De dónde ha salido semejante tía? Lo cierto es que no me atraen las mujeres, pero no he podido evitar fijarme en los dos globos que tiene puestos casi a la altura de la barbilla. No creo que le permitan respirar con facilidad. Lleva un vestido que deja poco a la imaginación, pero es guapa, aunque para mi gusto, está demasiado operada. Es pelirroja natural y sus ojos son verdes. Tiene pecas en el rostro y en el cuerpo. Es bastante alta y delgada, debe rondar los veinticinco años.

Estoy sumergida en mis pensamientos, siento pánico por alguna razón que desconozco. «¿Será la novia de Alan?». Estoy tan bloqueada que no recuerdo si le he preguntado a él en algún momento si tiene pareja o si está casado. No veo muy lógico que me haya dejado aquí sabiendo que ella iba a venir, o lo mismo es que no la esperaba y ha sido una sorpresa. ¿Por qué hay mujeres que aceptan las infidelidades de sus parejas? ¿Por dinero? ¿Por amor? Creo que estoy empezando a desvariar.

—Ya estoy aquí. —Ha vuelto vestida con un pantalón de chándal y una camiseta que solo con ella, ya tapa más que el vestido que llevaba—. Tenía unos asuntos que solucionar y me he retrasado.

—Muy bien. —No me salen más palabras. Me siento incómoda.

—El señor ya está al tanto del motivo de mi tardanza.

¿El señor? Pero vamos a ver, ¿a Alan le van los rollos esos de la dominación y la sumisión? Esto me recuerda a la conversación que tuve con Basi cuando estuvo en el hospital sobre películas. De todas formas, no me gusta esta mujer.

—¿Me puedes decir quién eres?

—Mina. Ya te lo he dicho.

—¿Qué haces aquí, Mina? —le pregunto dando énfasis a su nombre.

—Limpiar —me responde algo extrañada.

—Vamos a ver, que yo me entere. ¿Solo eres la chica que limpia?

—Y la que cocina en ocasiones. —No sé si es que en una de sus operaciones le han tocado algo en la cabeza y por eso es tan..., tan extraña.

—Mina, ¿tienes algo con Alan?

—Sí. —Si es que ya lo sabía yo que esta era algo aquí.

—¿Me puedes decir el qué? —le pregunto con miedo.

—Un contrato de trabajo. —Me está costando la vida sacarle las palabras y mantener una conversación con ella.

—¿De qué tipo?

—Pues yo vengo y limpio. Él a cambio, me paga.

—¿Solo eso?

—Eres un poco rara, ¿sabes? —¡Hay que joderse! Rara yo, dice.

—A ver, que te explique.

—No tienes nada que explicar. Como tú, hay muchas y no me interesa saber quién eres.

—Veo que eres sincera.

—Eso intento. Bueno, tengo que arreglar esto, que mira cómo habéis dejado todo —me dice algo indignada.

—Una pregunta, Mina.

—Esto parece un interrogatorio.

—No te preocupes, que no es nada más sobre eso. ¿Me puedes decir donde está la secadora?

—Abajo. En el cuarto de lavandería.

—¿Y por dónde tengo que bajar?

—Por el ascensor o por las escaleras —me responde mirándome extrañada.

—Gracias.

Acabo de tener una de las conversaciones más surrealistas de mi vida. Así que Mina es la chica del servicio y yo montándome películas en la cabeza dignas de la gran pantalla. Salgo por la puerta pensando en lo que ha dicho, que como yo hay muchas y eso araña un poquito mi corazón. No soy una persona celosa, pero no puedo evitar sentirme molesta al saberlo. Me doy cuenta de que solo llevo una camiseta puesta, un moño en lo alto de mi cabeza y voy descalza. Espero no encontrarme a nadie por el camino que me vea con estas pintas. Empiezo a bajar y cuando llego al sótano, me choco con Alan de bruces. Lleva mi ropa entre sus brazos hecha una bola, ni la ha doblado ni ha hecho nada que se le parezca.



Capítulo 17

—¿Se puede saber qué haces —me pregunta levantándome la camiseta—, aquí y sin bragas?

—Pasearme por tu edificio, no te jode.

—¡Uy, uy, uy! Hay que ver con qué humor se levanta la princesa.

—Pues mira, me había despertado de lo más contenta, cosa que ha cambiado al ver que estaba sola en tu piso —le reprocho.

—Lo siento. He tenido que salir.

—Ya, ya lo sé.

—¿Te lo ha dicho Marcela?

—Sí.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Nada. —No sé si pretende sacarme algún tipo de información, pero voy a ser una tumba.

—Veo que a las españolas os gusta ir ligeritas de ropa.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto extrañada.

—Marcela anda por casa de Matthew vestida igual que tú. —Voy a matar a mi amiga.

—Qué gracioso te has levantado, ¿no?

—Bastante más que tú, la verdad.

—Por cierto, ya he conocido a Mina.

—¡Joder! Había olvidado avisarla de que hoy viniera más tarde.

—Acaba de llegar. Dice que ya lo sabías.

—¿Estás enfadada por Mina?

—No. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Por estar sola en tu casa y aparecer una tía despampanante?

—¿Estás celosa?

—¡No! ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé, por cómo me hablas, por ejemplo. Ven aquí —me dice dejando caer mi ropa. Me abraza por la cintura y pone su cabeza en el hueco entre mi hombro y mi cuello.

—Alan, vámonos. Quiero vestirme.

—A mí me gustas más así, sin bragas. —Su mano se mueve rápidamente para ponerse entre mis piernas e introduce dos dedos en mi cuerpo—. Estás mojada. Podría hacértelo aquí mismo.

—No pienso hacer el amor en un cuarto lleno de lavadoras, secadoras y detergentes.

—¿Hacer el amor? —me pregunta mientras mueve sus dedos—. Dejemos algo claro. Para hacer el amor, se necesitan sentimientos.

—Gracias por tus clases de teoría y práctica —le respondo sarcásticamente.

—De nada. Ten claro que nosotros follamos. Déjate de tonterías. No estoy para aguantar dramas sentimentales.

—Alan, para. Vámonos. —Sus palabras me han dolido y solo quiero irme.

—Está bien. Supongo que mi cama será más cómoda.

—No pienso follar, como tú lo llamas, contigo.

—¿Te ha molestado? —me pregunta sorprendido separándose de mí.

—¿Tú qué crees?

—Mónika, vivimos a siete mil quinientos kilómetros, no me jodas —me responde abriéndome los ojos. No sé en qué estaba pensando.

—Tienes razón. Vámonos, por favor.

—Está bien. —Pulsa el botón del ascensor y subimos en silencio, supongo que cada uno va pensando en lo mismo, pero con otro enfoque.

Cuando llegamos arriba, Mina lleva cascos puestos e imagino que está escuchando música mientras recoge el desastre de casa. Le digo a Alan que voy a ducharme y él me responde con toda la tranquilidad del mundo que después lo hará él y nos iremos a que conozca Dubái. Está tan fresco después de la conversación que acabamos de tener y siento que voy a volverme loca estos días si no dejo de darle vueltas a todo. «¿Sería mejor que disfrutara de todo lo que tuviera que pasar sin pensar en nada más?».

Cuando salgo de la ducha, lo tengo claro. No sé si seré capaz, pero por una vez en mi vida, voy a dejarme llevar, que pase lo que tenga que pasar. Cuando vuelva a casa ya me encerraré para ver películas de esas con las que lloraré a moco tendido y comeré unos cuantos kilos de helado de chocolate para quitarme el bajón que sé, ya de antemano, voy a tener.

Mientras me visto, me doy cuenta de que la ropa que llevaba anoche, a pesar de estar limpia y oler bien, no es la más adecuada para salir a conocer la ciudad.

Se lo comento a Alan antes de que él se cambie, veo que está sentado en el sofá con un ordenador portátil, supongo que estará mirando algo del trabajo. Me dice que no me preocupe, que si quiero, podemos ir al hotel y cojo algo o nos pasamos por algún centro comercial. Prefiero la primera opción.

Antes de salir insisto varias veces en que tiene que quitarse el apósito que lleva en la frente y echarse desinfectante. Anoche se le mojó en la ducha y no creo que sea muy conveniente llevarlo así. Es peor que un niño pequeño y a regañadientes consigo mi propósito. Me ha indicado el mueble en el que guarda el botiquín, aunque a esta caja pequeña del tamaño de mi mano, no se le puede llamar así. Preparo todo y me dispongo a ejercer de enfermera con

toda la valentía que sé que no tengo. ¡Si anoche me desmayé al verme un poco de sangre!

No le comento nada de la aprensión que me da porque sé que no va a ir a ningún centro hospitalario a que se lo hagan y muy valiente yo, empiezo a destapar la herida.

¡Madre mía! ¡Qué impresión da esto y qué erótico me resulta a la vez! Sigue sentado en el sofá con las piernas abiertas y yo estoy entre ellas, tan cerca, que noto cómo su entrepierna está de lo más animada. Sus manos están en mi cintura y entre risas me ha dicho que si le hago daño, me tumbará sobre su regazo y me dará un par de azotes. Le he avisado de que, posiblemente, si hiciera eso, mi acto reflejo sería soltarle un puñetazo justo en la zona cosida, pero con cariño, ¿eh?

Acabamos y decidimos dejar los puntos al aire, no es que me interese demasiado el campo de la enfermería, pero tengo entendido que así, la zona se seca más rápido y cicatriza antes.

Mientras yo guardo la minúscula caja y tiro a la basura lo que he utilizado, él va a vestirse. Cuando aparece, me quedo de piedra. ¡Está guapísimo! Lleva unos pantalones vaqueros negros, una camisa y una chaqueta de cuero marrón. Solo le había visto con traje. Anoche cuando fue a recogernos, no recuerdo la ropa que llevaba y verlo así, más informal y con un *look* más desenfadado, me encanta.

No ha querido subir a mi habitación del hotel, dice que la comparto con dos personas más y que, por educación, me espera abajo, que tiene que enviar unos correos y así aprovecha para hacerlo.

No hay ni rastro de Marcela y Basi, eso sí, la habitación está muy desordenada. No hay manera de que tengan sus cosas recogidas. Sobre mi cama veo que hay varias bolsas con el nombre de las tiendas en las que estuvimos, me acerco a ellas pensando que son de mis amigos, pero no.

En una de ellas sobresale el tirante del vestido negro con pedrería que me probé, en otra, está el verde, y en otra, varias prendas diferentes. Llamo a Alan.

—Dime, Mónica, ¿qué pasa? —me pregunta al otro lado de la línea telefónica.

—En mi cama hay bolsas con ropa.

—¡Ah, sí! Le pregunté a Nadia qué te habías comprado y me dijo que nada. Me comentó que eso te había gustado y que te quedaba de muerte y he encargado al hotel que te lo subieran. Espero que la dependienta no se haya confundido de talla.

—Alan, no hace falta, bastante te ha costado ya el viaje y la estancia.

—Pues sí, además, tengo pendiente de ingresar el doble de dinero de lo acordado. —Sus palabras hacen que me sienta mal.

—No hace falta. No hemos hablado sobre ese tema, pero no acepté por ese motivo. Y no quiero esta ropa, a pesar de que sea preciosa. Vale un pastón y no tienes por qué hacerlo.

—¡Anda ya! No digas tonterías. Venga, coge chaqueta y no tardes —me dice antes de colgar y dejarme con la palabra en la boca.

Me siento mal. No recordaba eso de que nos pagaría más y tengo que hablar con mis amigos del tema. Ellos no sé, pero yo no pienso aceptar ese dinero. Lo cierto es que me vendría de maravilla, no voy a mentir, sin embargo, estos tres días que llevo aquí, están marcando mi corazón. Sé que no debo enamorarme y sé que es una locura, pero no puedo evitarlo. Yo, que soy tan previsora y me gusta controlar todo tipo de situaciones, sé que este viaje cambiará mi vida.

Cuando bajo, veo que no está en el coche y que en su lugar, hay una moto de gran cilindrada. Nunca, a pesar de que pueda sonar falso, me he montado en un cacharro así.

Se acerca a mí por detrás, retira mi pelo y besa mi nuca susurrando que me ponga el casco que lleva en su mano. No sé cómo acabaremos el día, pero sí sé que será inolvidable.

Llevamos todo el día de un lado para otro. Ha sido un acierto el tema de la moto, nos hemos evitado atascos, búsquedas de aparcamientos, y además, he disfrutado de nuestra cercanía. Ese Alan de los correos ha desaparecido para dar paso a un hombre atento, cariñoso que ha estado pendiente de mí en todo momento.

Por la mañana hemos ido a ver el Burj Khalifa, el edificio más alto del mundo. Hemos subido las ciento sesenta y tres plantas para poder ver Dubái en su observatorio. Las vistas desde ahí han sido increíbles. Me ha encantado y si no hubiera sido porque teníamos que seguir, me habría quedado horas y horas admirando el paisaje que se mostraba desde esa altura.

Después, ha tocado visitar un zoco, el Madinat Jumeriah. Tiene canales siendo ese el motivo por el que también lo llaman La Venecia de Oriente Medio. Hemos montado en un *abra*, una canoa típica del lugar, para recorrer la zona. Me ha encantado y me ha parecido de lo más romántico. Una escena digna de película, sin embargo, me han surgido dudas. «¿Con cuántas mujeres habrá paseado por ahí? ¿Habrán habido más como yo?». Desecho rápidamente esos pensamientos de mi cabeza, está claro que no soy la primera mujer de su vida, al igual que, tampoco seré la última.

Para comer, Alan había reservado mesa en un restaurante situado en el centro comercial Dubái Mall. La sorpresa me la he llevado cuando después me ha dicho que íbamos al Dubái Aquarium, el mayor acuario del mundo. Según me ha informado, en su interior viven unos treinta mil animales, más de ciento cuarenta especies acuáticas.

Me ha recordado bastante al Oceanográfico de Valencia y cuando salíamos, ya anocheciendo, le he contado la anécdota que me pasó con Romerita Heredia.

—¿Tú crees en esas cosas que te dijo esa señora? —me ha preguntado cuando volvíamos a por la moto.

—¿Yo? ¡No! Aunque sigo pensando que ella es la culpable de mi mala suerte.

—¿Acertó con algo? —Su curiosidad me ha hecho gracia.

—¡No! ¿Qué sabes de España? La Alhambra está a más de quinientos kilómetros, no he ido nunca.

—Yo sí.

—¡Anda! Pues tú vives bastante más lejos que yo —le he respondido riendo—. ¿Te gustó?

—Sí. Es bastante bonita. Me gustaron mucho sus jardines repletos de flores.

—¿Y cómo es que fuiste?

—Por un asunto familiar.

—¿Y eso?

—Mónica, no me apetece hablar del tema. —Se notaba que no estaba muy por la labor de hablar sobre eso.

—Ya veo, ya... —le he respondido abrochando la correa de mi casco.

—Y dime, ¿cómo piensas encontrar a ese amor del que te habló esa mujer si no has ido?

—No me hace falta encontrarlo. Además, solo pretendía sacarme dinero por esas ramas de romero.

—Quizá, lo encuentres aquí, en Dubái —me ha dicho mirándome fijamente a los ojos mientras se ponía su casco.

—Quizá... Pero si Granada me parece que está lejos, imagínate esto. — Me he subido a la moto para romper ese contacto visual que tanto me desarma —. ¿Vamos?

—Sí. Vámonos.

Después de esa conversación, he notado que Alan estaba distante. No me hablaba por el intercomunicador que llevábamos en los cascos y el trayecto para conocer Dubái Marina, una zona residencial combinada con una de ocio, ha sido algo incómodo. Sin bajar de la moto, hemos recorrido los muelles y he

podido ver un rascacielos enorme torcido, Canyon Tower. Lo cierto es que me ha impactado mucho su estructura. El destino final, ha sido Dubái Fountain.

Al llegar, me ha dicho que es un sistema de fuentes situadas en un lago artificial que danzan al ritmo de la música con sonidos y luces.

En cuanto ha empezado a sonar una melodía árabe, no he podido evitar contonear mis caderas de un lado a otro sensualmente. He marcado algún paso de baile disimuladamente, ya que estábamos rodeados de personas y no quería ser el centro de atención.

Alan estaba detrás de mí, con sus brazos cruzados por debajo de mi pecho, seguía sin hablarme, pero con su rigidez me advertía que dejara de hacer eso. Supongo que, en un acto de rebeldía, he querido cambiar su humor y he seguido moviéndome de la misma forma hasta que me he girado y he buscado su cuello para darle pequeños mordiscos.

—Deja de hacer eso, por favor.

—¿Por qué?

—Para, ya.

—Si no me dices el motivo, no paro.

—Mónica, para. —Veo que de reojo mira hacia un lado y aunque hay mucha gente, veo que una mujer nos mira fijamente a pocos metros de distancia. Supongo que su negativa a mi acercamiento se debe a algo relacionado con ella, pero necesito saberlo con seguridad.

—Pero dime ¿por qué?

—¡Joder! Que pares te he dicho. Eres muy pesada. —Su tono ha sido más elevado de lo normal y eso ha provocado que me apartara—. Lo siento. No quería gritarte.

—Da igual. No pasa nada. Estoy cansada y quiero que me lleves al hotel.

—¡No, Mónica! No digas eso, vamos a mi casa —me dice apenado buscando mi mano para acercarme de nuevo a él—. He visto a alguien y no he sabido controlar mi genio. Lo siento, de verdad. Olvidémoslo.

—Llévame al hotel, Alan.

—Está bien. No me gusta insistir a nadie.

Sin decir nada más, nos damos la vuelta y nos dirigimos a la moto. Nos ponemos los cascos y arranca. Con algo de brusquedad, colándose entre los coches y a gran velocidad, llegamos. Al bajar de la moto ha insistido en que vaya con él, me ha recordado que nos quedan pocos días juntos y que le gustaría que llevara mis cosas a su casa para disfrutar al máximo de mi compañía hasta que me marche. Me he negado, no sé qué se pensará o con qué clase de mujeres estará, pero no pienso dejar a mis amigos solos, los cuales han venido por mí, para irme con un tío al que no volveré a ver, al menos, en mucho tiempo y que encima, me habla de malas formas. ¡Anda y que le den!

Muy segura de mí misma, pero no de lo que estoy haciendo, me giro y entro al hotel. No puedo engañar a nadie, y mucho menos a mí. Me apetece estar con él, saber más de su vida y llevarme un recuerdo inolvidable de Dubái.

No hace falta decirles a Basi y Marcela que me pasa algo, en cuanto entro por la puerta se dan cuenta, por mi cara, de que algo ha pasado.

Nos ponemos al día de lo que hemos hecho. La primera en empezar a contar he sido yo y al hacerlo, rememoro los momentos que hemos pasado Alan y yo hoy. Lo hemos pasado genial hasta que la ha cagado.

—Tía, es un hombre de negocios. A lo mejor ha visto a alguien conocido y no quería montar un numerito erótico delante —me dice Basi.

—O a lo mejor, ha visto a una antigua amante, de esas malas, como las de las películas que por ataques de celos se convierten en psicópatas —comenta Marcela.

—No digas tonterías, seguro que el motivo es el que he dicho yo. Suena más creíble. —Basi me hace un gesto para que me acerque a él y abrazarme.

—Lo que no puede ser es que solo veáis películas españolas y comedias románticas. Vuestro criterio no me sirve.

—Marcela, a ver si ahora vas a ser una cinéfila. Me extrañaría mucho, te

recuerdo que tu peli favorita es *Buscando a Nemo*.

—¡Ayy! Es que Dory es tan adorable...

—Déjalo. Ya os he dicho que he venido aquí para estar con vosotros, somos los tres *danzareros*, ¿no? Estaría feo por mi parte dejaros colgados. Bueno, ¿y a ti cómo te ha ido, Marcela?

—Bien. Matthew y yo hemos estado hablando de lo nuestro. Ha sido todo muy rápido, me imagino que sabes a lo que me refiero. El caso es que vamos a pasar juntos los días que nos quedan en su piso, espero que no os moleste —dice mirándome a mí—, a Basi sé que no. Tengo claro que en cuanto vuelva a subirme al avión, lo que tenemos habrá llegado a su fin, pero necesito estar con él. Es increíble.

—Por mí no hay problema —le digo para que se quite de la cabeza la idea de que me pueda sentar mal—. Al menos, uno de nosotros tres vivirá a tope esta experiencia.

—Habla por ti, nena. Yo he conocido más a fondo a Claudio.

—¿Quién es Claudio? —le pregunto sorprendida.

—Uno de los socorristas de la piscina. Ya sabes, le he echado el ojo y con esta carita que tengo —dice acariciándose las mejillas—, lo he conquistado con mis dotes amatorias.

—No veas, chato. A ti ni la silla de ruedas te frena —se carcajea Marcela.

—Mi fisio me dijo que tenía que hacer ejercicios para no perder masa muscular estos días. Ya sabes, soy muy obediente. —Le guiña un ojo.

—No me lo puedo creer. ¡Vaya dos! —digo alzando las manos con un gesto dramático.

—El caso, es que he llevado mis cosas a su habitación. —Mira el suelo un poco apenado. No me extraña, después de lo que les he dicho, los dos se van a disfrutar por su cuenta y no puedo sentirme molesta, es lo mejor que pueden hacer—. Mónica, pensábamos que lo tuyo con Alan era fuerte y harías lo mismo que nosotros. Solo se vive una vez como dicen las Azúcar Moreno, y tenemos que hacerlo.

—Mónica, si te molesta, yo hablo con Matthew, se lo explico y me quedo

contigo. No hay problema.

—Pero, ¿qué dices, tonta? Por mí no lo hagas. Lo mismo ahora estoy así y dentro de media hora estoy en la cama de Alan.

—Eso, eso. ¿Qué tal? ¿Cómo es en la cama? Cuéntanos.

—¿Yo te pregunto esas cosas a ti?

—No, pero si lo hicieras, te lo contaría.

—No voy a darte detalles de mi vida sexual, Marcela.

—Mira lo que dice, Basi. Echa dos polvos y ya se cree una Afrodita en potencia —se cachondea haciendo reír a Basi.

—Buenos, chicos. Preparad las maletas, seguro que vuestros galanes están ansiosos por teneros con ellos. Yo voy a la ducha y a cambiarme que estoy cansada, pediré algo de cena y me iré a dormir en breve. —Antes de marcharme, les beso a ambos—. Espero que seáis buenos y que luego en el viaje de vuelta no os tenga que sonar los mocos a los dos.

—¡Sí, mami! —contestan los dos al unísono. Sobra decir que, de los tres, soy la más responsable.



Capítulo 18

Si algo bueno tiene, que mis amigos se hayan marchado, es que tengo esta pedazo de habitación para mí sola. Por fin veo todo ordenado y no voy dando patadas a sandalias, bolsas o ropa tirada por el suelo.

Ya he cenado. El servicio de habitaciones me ha traído un menú de degustación con platos típicos de aquí. Estaba todo buenísimo, sin embargo, no sé qué llevaba uno de ellos, me encuentro fatal. Me noto rara. No quiero preocupar a nadie e intento tumbarme para ver si se me pasa el malestar. Nada. Sudores fríos recorren todo mi cuerpo y noto que se me está hinchando la cara.

El pánico se apodera de mí, y como de costumbre, visualizo lo que me va a pasar. Voy a morir ahogada en otro país, sola. Es más, puedo ver hasta la esquila en el periódico.

Llamo por teléfono a recepción para preguntar dónde puedo ir y la chica, muy amablemente, me pregunta que si tengo seguro médico. Le explico que no, pero que necesito que me vea un médico, que creo que tengo un ataque de ansiedad. Me pregunta que si estoy segura. Vamos a ver, no puedo respirar con normalidad. Sigue insistiendo en saber los síntomas que tengo. Al ver que no me hace caso, no veo otra solución que avisar a Alan.

Yo

Hola, Alan.

¿Estás despierto? 23:34

Alan

Sí, ¿por? 23:35

Yo

No sé qué he comido, pero algo me ha sentado fatal.

Tengo la cara que parezco un pez globo. 23:36

Alan

No me jodas.

¿Eres alérgica? 23:36

Yo

Que yo sepa no... 23:37

Alan

¿Dónde están tus amigos? 23:37

Yo

No están. Ya te contaré.

¿Puedes decirme a qué centro médico puedo ir? 23:38

Alan

✓ En dos minutos estoy ahí.

Vístete. 23:38

No quería tener que recurrir a él, pero no se me ha ocurrido nadie mejor. Voy al cuarto de baño a mirarme y me horrorizo con la imagen que refleja el espejo. Mi cara parece una pelota hinchable de playa.

Alan ha llegado enseguida acompañado de un médico. Por lo visto, estaba en el hotel cenando con él porque en los eventos españoles que organiza, hay personas que beben más rebujitos de la cuenta y nunca está de más tener un profesional cerca.

Me ha estado reconociendo y lo que tengo es algún tipo de alergia alimenticia. Nunca me había pasado algo así. Han llamado a la cocina para obtener un listado de los ingredientes que han utilizado en mis platos y ha llegado a la conclusión de que lo que ha provocado mi reacción es harissa, una mezcla de especias que se usan mucho en Oriente Medio.

El doctor ha bajado a su coche a por el maletín en el que lleva adrenalina para casos de emergencia y en su ausencia, le he contado a Alan por qué mis amigos no están. Se ha cerrado en banda y dice que no piensa dejarme sola.

Hace alrededor de dos horas, el médico se ha marchado al ver que mi cuerpo reaccionaba bien a la inyección. Hemos quedado en que mañana iré a su consulta para echarme un vistazo. Me noto menos hinchada, supongo que eso es buena señal.

Alan, tal y como ha dicho, no se ha separado de mí en ningún momento. Nos hemos tumbado juntos en la cama y puedo decir con total seguridad que podría pasar así el resto de mis noches. No ha habido entre nosotros ningún roce de índole sexual. Simplemente, hemos dormido como si fuéramos una pareja, abrazados y hablando en susurros, pero con la diferencia de que nunca podremos serlo. La distancia entre nosotros es demasiado grande como para montarme películas románticas en la cabeza, si lo hiciera, en todo caso, serían de género dramático.

Al despertarme, Alan permanecía a mi lado observándome en silencio. Empezar así el día, con esa mirada tan penetrante sobre mí, me ha encantado. No he podido resistir y he tenido que besar sus labios mientras le miraba fijamente.

El beso, en cuestión de segundos, se ha vuelto más intenso y cuando he querido darme cuenta, estaba sobre él deshaciéndome de su ropa interior, la única prenda que tenía puesta. Con calma, él ha empezado a despojarme de la mía admirando mi silueta con la escasa luz de los rayos que entraba en la habitación, supongo que era de madrugada, no me he fijado en la hora. Sin prisa, pero sin pausa, ha ido acariciando mi piel desnuda haciendo que con sus dedos en mi espalda, se erizara hasta el último vello de mi cuerpo.

Hemos hecho el amor así. Yo sentada sobre su regazo y él incorporado

para besarme con más facilidad. No sé el tiempo que hemos permanecido en esa posición tan íntima, pero hemos vuelto a la realidad cuando me ha dicho que tenía que irse a trabajar, que tenía un asunto muy importante que resolver y que luego volvía. Me ha besado de nuevo, un beso que marcaba la despedida en ese mágico momento, me ha susurrado que siguiera durmiendo un rato más, y se ha ido a ducharse.

La cama sin él se ha quedado vacía y me ha costado volver a coger el sueño. Algo me dice que cuando no esté aquí, voy a echarlo de menos. Para una vez en mi vida en la que encuentro un hombre que me hace sentir tan a gusto a su lado y en tres días, no volveré a estar con él.

No quiero reconocer que me estoy enamorando de él, que ha llegado a mi vida como un tornado alterando cada uno de mis sentidos. Nunca he creído en esas leyendas que dicen que todos tenemos un destino escrito, que para cada uno de nosotros hay un final marcado. Tampoco creo en esa creencia oriental que dice que las personas que están destinadas a encontrarse sin importar el tiempo, el lugar o la circunstancia, están unidas por un hilo rojo invisible. Se supone que dicho hilo acompaña a la persona desde que nace estando más o menos enredado, al igual que más o menos tensado a lo largo de toda su vida.

No me creo nada, ¿acaso ese hilo puede medir siete mil quinientos kilómetros? ¿Cruzar continentes? ¿Poner patas arriba la vida de dos personas que acaban de conocerse? Yo creo que no. Debo ser realista y disfrutar de cada minuto que pueda con Alan. Sé que después llegará la tristeza, pero no me importa, quiero llevarme el mejor de los recuerdos.

Han pasado dos días desde que decidí entregar en bandeja mi corazón. Cuarenta y ocho horas desde que dejé atrás las barreras impuestas por mí misma, tras varios te quiero pasados de frente, seguidos de puñales clavados por detrás. Todos tenemos algún desamor a nuestras espaldas que nos ha hecho cambiar. Gracias a Alan, he roto las cadenas que sellaban mi mente y por primera vez en algunos años, he empezado a ser feliz.

Hoy es mi última noche en Dubái y aquí estamos en una pequeña sala contigua al salón del evento, Marcela, Basi y yo. Nuestra actuación empieza en unos minutos y para no pensar en los nervios previos que siento antes de una y

que llevo varias horas sin saber nada de Alan, me dejo llevar pensando en que ese sueño extraño que he tenido en varias ocasiones, se ha hecho realidad. Hoy he bailado para Alan, solo para él.

Estábamos en su despacho después de desayunar en una cafetería cercana a su oficina y me lo ha pedido. No ha tenido que insistir mucho, la verdad, me parecía algo muy sensual e íntimo entre los dos. Él y yo solos haciendo algo que me ha traído a este lugar. He sacado mi móvil y he puesto en el reproductor una de mis canciones preferidas. En los primeros segundos me hacía reír con sugerencias de que me desnudara para poder percibir mejor los pasos, como si fuera un enteradillo del tema. Yo no era capaz de hacer uno de los movimientos más simples, pero cuando le he pedido que por favor se callara y disfrutara al igual que yo. Me ha hecho caso haciendo un gesto de cerrar una cremallera sobre sus labios, esos que tanto he besado estos días. He conseguido conectar conmigo misma interpretando una coreografía digna de campeonato nacional.

—Dime que esta noche solo tendrás ojos para mí.

—Los tendré, ya lo sabes —le he respondido justo al dejar de sonar la melodía.

—Dime que estos días juntos han sido especiales.

—Lo han sido, ya lo sabes.

—Dime que pensarás la propuesta de quedarte conmigo. —Se ha acercado a mí penetrando con su mirada sincera y el miedo en sus pupilas las dudas en las mías.

—¡Alan, por favor! No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Ponerme entre la espada y la pared. Conocerme ha sido increíble, pero ambos sabíamos que esto tenía fecha de caducidad.

—Porque tú quieres.

—Porque yo quiero no. No cargues en mi conciencia ese peso, por favor.

—Está bien. Sabes que seguiremos en contacto, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Supones? —me ha preguntado abrazándome.

—El paso del tiempo separará nuestros caminos, lo sé.

—No adelantes acontecimientos. Ahora, bésame como si fuera la última vez que lo hicieras. Deja marcado en mí el motivo por el que me he enamorado de ti en unos días y por el que voy a poner mi vida del revés.

Dejo a un lado el recuerdo de lo que ha pasado cuando Basi me dice que tenemos que salir a escena. Nada, estoy más nerviosa que hace unos minutos, pensar en Alan no me ha ayudado nada. Marcela y yo salimos al escenario, pisando con delicadeza el suelo que hay bajo nuestros pies descalzos. Ella va sonriente sabiendo que en cuestión de días traspasará su negocio, meterá sus cosas en cajas y se vendrá a vivir con Matthew, está loca, pero eso no es ninguna novedad. Yo voy mirando hacia mis pies dónde está la cadena que me regaló ayer ese hombre que me ha vuelto loca. Sonrío tímidamente. Paseábamos por el mismo zoco de hace unos días y al ver que me quedaba mirando un puesto de bisutería hecha a mano, no dudó en pedir algo significativo para ambos. Por eso, además de llevar nuestras iniciales, hay, un avión, un teléfono, una nota musical y un corazón que van haciéndome cosquillas en la piel.

La música empieza a sonar y a pesar de no haber dedicado tiempo estos días para ensayar juntas, Marcela y yo nos miramos sabiendo que nuestra compenetración nos mantendrá sincronizadas. El salón está lleno de cientos de personas que tienen sus ojos puestos sobre nosotras, nunca he tenido tanto público y eso me aterra. Estas personas han pagado por estar aquí, por vernos bailar. Pienso en Alan, solo en él. No me cuesta distinguirlo, está sentado en la primera fila y en sus ojos veo el deseo que siente hacia mí, me mira con pasión, con intensidad y podría incluso decir que con amor. A su lado hay una mujer, siento que ya la he visto con anterioridad. Tiene su mano colocada sobre su muslo y aunque creo que él no se está percatando, esa mano ahí no me gusta. ¿Quién es? ¿Por qué se toma tantas confianzas? Antes de apartar la vista, me percató de que poco a poco la va acercando hacia su ingle. El salón está oscuro, pero yo puedo verlo con total claridad, esto que siento no es un

ataque de celos infantil. Esa mujer tiene su zarpa asquerosa sobre el cuerpo del hombre que ha estado conmigo hace tan solo unas horas.

En uno de los giros Marcela me mira intentando transmitirme tranquilidad, ella también se ha dado cuenta y me guiña un ojo en señal de que es mi momento. Comienza mi canción, esa misma que ha sonado esta mañana. Se hace a un lado y el foco de luz se centra en mí. Comienzo con lentas vibraciones sensuales de cadera hacia la derecha y la izquierda mientras giro sobre mi cuerpo, me recreo en dar varias vueltas haciendo diferentes tipos de *shimmies*, son pasos que me encantan y con los que me siento muy a gusto. Voy añadiendo diferentes movimientos de brazos, piernas y cuando la melodía llega a su fin, termino con el que más me gusta, el infinito.

Infinito, que se rompe cuando veo a Alan susurrar algo cerca del rostro de esa mujer que pensaba que era invisible para él y salen cogidos de la mano. Me quedo en blanco. Lo he recordado, esa es la mujer que provocó que discutiéramos el día que fuimos a ver el sistema ese de fuentes, ¿cómo se llamaba? Ya lo recuerdo, Dubái Fountain.

Marcela, que siempre se da cuenta de todo, aunque a veces parezca imposible por su locura, me hace un gesto indicándome que ella me cubrirá en la siguiente pieza musical. Sonriendo e intentando contener las lágrimas salgo hacia el lateral en el que está Basi. No me dice nada, simplemente, me abraza. No dejo que la preocupación se apodere de mí, los celos no me caracterizan y con un pequeño azote en mi trasero y una mirada de reproche, vuelvo en mí.

Si algo soy en esta vida, es profesional. Yo he venido aquí a bailar y a disfrutar de este viaje, no a enamorarme y mucho menos a llorar por un hombre.

Vuelvo a salir a escena, a pisar el escenario con más fuerza interior que nunca, a mostrar al mundo entero que esto que hago es esencia, es lenguaje y es expresión artística que transmite lo mejor de una persona.

La música llega a su fin, todos los espectadores se ponen de pie para aplaudirnos. Matthew mira embelesado a Marcela, Nadia a la que no había visto todavía, nos graba con su móvil mientras aplaude. Seguro que el video no tiene desperdicio con tanto movimiento. Mis ojos se clavan en Alan que sonrío de oreja a oreja. No sé en qué momento ha vuelto, pero giro mi cabeza

hacia el otro lado despreciando esa sonrisa que me ha tenido en las nubes estos últimos días. Mañana me voy, vuelvo a casa y no habrá tiempo suficiente antes de partir para poder olvidar lo que he visto hace tan solo unos minutos.

Varias personas se acercan al escenario para hacerse una foto con nosotras. No nos negamos y tras media hora hablando con ellos y firmando hasta autógrafos, Nadia interviene para decirles que tenemos que ir a cambiarnos, que serán unos minutos.

—¿Por qué no cambias esa cara? —me pregunta Marcela cuando entramos en la habitación que vuelve a estar llena de cosas tiradas por el suelo.

—¿Se puede saber cómo en menos de una hora ya tienes esto que da asco? —Para entrar en el cuarto de baño tengo que ir zigzagueando.

—¿Se puede saber por qué estás tan estúpida? —me pregunta asomando la cabeza.

—Has visto lo mismo que yo, imagínate que eso mismo lo hubiera hecho Matthew.

—¡Uy! Si Matthew hace algo así, lo arrastro a él y a la pelandrusca de turno por los pelos. Dejo el suelo más brillante que el Don Limpio. No te rayes, tía.

—Ya, claro.

—Tampoco sabes quién es, lo mismo es alguna amiga y te estás montando una película.

—Sí, pero de asesinatos en serie. Uno detrás de otro.

—¡Qué bestia eres!

—Por la manera en la que lo tocaba, me imagino que es algo más. Me da igual —digo intentando fingir indiferencia.

—A mí no me engañas.

—No quiero hacerlo.

—Venga, pon tu mejor sonrisa. Tenemos que volver al salón.

—¿Tengo que hacerlo?

—Tú me dirás... Estamos aquí por ti.

—Vale. ¿Así está bien? —le pregunto fingiendo una sonrisa enorme.

—Demasiado exagerada. Prueba a cerrar más la boca esa llena de dientes que tienes.

—Mira que eres pava.

Volvemos y lo único que hago durante el resto de la velada es evitar a Alan. Se ha acercado a mí unas cuantas veces y no exagero cuando digo que han sido siete u ocho. De todas ellas he salido victoriosa.

Por Nadia he podido enterarme de que la mujer que no se despega de Alan es su última pareja. Al contarle que les he visto salir juntos durante la actuación, su cara ha cambiado. No ha hecho falta decir nada más. Todavía no me he ido y ya empieza a doler el desamor.



Capítulo 19

Ya estamos en el aeropuerto. En este momento, la despedida me provoca un nudo enorme en el estómago. Sé, con seguridad, que otros labios besarán su piel y cuando ese momento pase, si es que no llegó ya anoche, cuando consiga responder sus llamadas, esas mismas que con el tiempo irán disminuyendo hasta quedar en el olvido, no será fácil. También sé que mi corazón ya agrietado por su deslealtad, se partirá en tantos trozos que ni el paso del tiempo hará que se reconstruya. Me marcho ahora cuando sé que me he quitado la coraza del pecho que me impedía ser feliz. Soy una nueva mujer, más madura y más rota por dentro.

—Mónica, no puedes irte así. —Queda menos de una hora para embarcar y creo que ha llegado el momento de tener la conversación que tanto evité anoche.

—¿Qué quieres, Alan? Creo que está todo bastante claro entre nosotros.

—Sé que la he cagado —me dice mientras intenta coger mi cara entre sus manos.

—¡No me toques! No has sido capaz de esperar a que me fuera. En mi propia cara, ¿sabes cómo me ha dolido eso?

—Necesitaba comprobar una cosa.

—¿El qué? —Sus manos ahora me acarician y no tengo fuerzas para

retirarlas.

—Te quiero.

—¿No crees que esas palabras te quedan demasiado grandes? —le pregunto conteniendo las lágrimas que luchan por derramarse.

—No. Necesitaba saber si me estaba volviendo loco. ¿Es posible enamorarse de una persona en tan solo unos días? Yo he podido comprobar que sí, te necesito, Mónica. Me niego a que lo nuestro acabe así. Sé que no empezamos de la mejor manera, pero créeme cuando te digo que la primera vez que te vi, a través de una pantalla, algo en mí cambió. Y no puedo ni quiero hacerme a la idea de que en unas horas ya no estarás aquí. Tenía miedo, sentía rabia y aunque de nada sirva decirte que no hice nada con ella, sé que no me creerás y que el daño ya está hecho. Perdóname —las palabras salen a borbotones de sus labios y lo peor de todo es ver esos inmensos ojos azules repletos de lágrimas al igual que los míos.

—Nada de lo que digas me va a hacer cambiar de opinión, soy una mujer de decisiones firmes y ahora mismo, lo siento, pero no te creo. Dejemos que el tiempo pase y que sea lo que tenga que ser.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—¿Qué pensabas? ¿Qué iba a dejar mi vida atrás por un hombre al que prácticamente no conozco de nada? Dejar mi país, mi casa, mi familia, mis amistades y mi trabajo no es algo que entre en mis planes en estos momentos.

—Eso suena demasiado egoísta después de lo que acabo de decirte. ¿No crees?

—Las palabras se las lleva el viento.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida —le respondo desafiante sabiendo que estoy dudando de si esta decisión es la mejor.

—Está bien. No pienso insistir más, pero ten claro, que quizá, cuando volvamos a vernos, ya no te querré a mi lado.

—No vamos a volver a vernos, así que vale, correré el riesgo.

Me despido de Matthew y Nadia sin saber muy bien qué decirles. Todos, incluidos mis amigas, han sido testigos de la conversación que acabamos de tener Alan y yo. Estoy incómoda y con una disculpa poco creíble, me dirijo hacia la puerta de embarque.

No he podido impedir que él se enamorase de mí. Ese brillo en su mirada me ha demostrado que no solo yo lo pasaré mal, él también lo hará, pero sé que pronto seré una mujer más en su vida, una de esas tantas que han pasado por su lado y no se han quedado. Él en su línea de imbécil diciéndome que no me querrá a su lado. Es una lástima que no vuelva a pisar Dubái en lo que me resta de vida, si no, se iba a tragar sus palabras al igual que lo ha hecho con el tema de que en su cama no había hueco para mí.

He tenido la oportunidad de aceptar y quedarme a su lado y no he podido. He sido incapaz de dejar todo atrás por el hombre al que amo, el orgullo a veces juega malas pasadas y no puedo pasar por alto lo mal que me sentí anoche por su culpa.

Sé que en el fondo, aunque no quiera, me entiende, no podrá perdonarme por la despedida que hemos tenido, al igual que yo no podré olvidar cada momento que hemos pasado juntos. Cada caricia con la que me hacía sentir que estaba cometiendo un error al coger el avión que me llevaría de vuelta a mi vida de manías y soledad.

Lo que llevamos de vuelo, lo hemos hecho sin hablar. Supongo que no hacen falta palabras y en vez de consolar yo a mis amigos tal y como predecía que iba a ocurrir, son ellos los que lo hacen conmigo. Estoy llorando a moco tendido y no me importa que todo el mundo me esté mirando. Solo quiero llegar a casa, ponerme el pijama y atiborrarme a comer chocolate negro y no por eso de que sea un buen sustituto del sexo, nada puede sustituir los momentos íntimos que he pasado con Alan. Necesito estar sola para poder lamer mis heridas como si fuera una gatita abandonada al lado de un contenedor. Puedo sonar demasiado melodramática, pero así es cómo me siento aun sabiendo que soy yo la que ha puesto el punto final.

Basi, el que pensaba que peor lo iba a pasar, está más fresco que una lechuga. Dice que en este viaje ha aprendido que puede no depender de alguien emocionalmente y que en cuanto llegue, cogerá sus cosas y se vendrá a mi casa. No quiere seguir viviendo con Manuel y según él, yo le necesito más. Solo le he puesto una condición, a pesar de que sé que no la cumplirá, tener todo recogido.

Marcela está de lo más ilusionada, antes de ayer puso un anuncio de traspaso de la peluquería y en cuanto lleguemos, se entrevistará con posibles compradores. El local está en una zona muy céntrica, no le va a resultar difícil dejar el negocio. Yo le he aconsejado que no venda el piso, que lo alquile y yo gestionaré todo en su ausencia, pero tiene muy claro que Matthew es el amor de su vida, al menos, eso dice. Y que para qué tener en España bienes materiales si no va a volver más que de visita. Es cuestión de días, como mucho, de un par de semanas el tiempo que tarde en meter todas sus pertenencias en cajas y vender en Wallapop el cúmulo de cosas inservibles que ha ido acumulando. Pues, ¿no dice que vaya buscando vestido de dama de honor porque se va a casar? No sé quién está peor de la cabeza, si Matthew o ella, aunque en realidad, siento envidia sana por mi amiga. Ojalá tuviera yo la valentía que tiene.

Al llegar, llamo a Adolfo para contarle que todo ha ido bien, pero que necesito un par de días libres.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —me pregunta al otro lado de la línea a modo de saludo.

—Bien, cansada y con muchas cosas por hacer.

—Ya sé que el evento salió a las mil maravillas y no puedo estar más contento.

—Eso no fue por mí, Adolfo. —Recordar a Alan duele demasiado—. Yo solo hice mi trabajo.

—En esta ocasión era diferente.

—¿Por qué?

—Vas a enterarte tarde o temprano y prefiero que sea por mí. Posiblemente, tenga que cerrar la empresa.

—¿Qué dices? —No me lo puedo creer.

—Con este último contrato solo pretendía reunir el dinero suficiente para indemnizar a todos los trabajadores, incluida tú, en caso de que tenga que hacerlo.

—Adolfo, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—No me queda otra opción o sí, no lo sé. Ya sabes que mis hijas están desentendidas del asunto. Tengo un par de empresas interesadas en absorber esta, pero no me cuadran las condiciones que quieren firmar. Además, hay un tema que tengo que aclarar antes de que me ingresen. Está todo en manos de mis abogados.

—¡Madre mía! Me dejas a cuadros. Yo te llamaba para pedirte un par de días libres, aunque visto lo visto, mañana a primera hora estoy en la oficina.

—Mi niña, pase lo que pase, quiero que sepas que tú vales mucho. Siempre estás al pie del cañón y has mostrado mucho más interés, incluso por mi salud que, el entorno de mi propia sangre.

—Adolfo, ¿qué tienes?

—Hace unos meses me detectaron unos pequeños tumores en el páncreas. Los médicos que me están tratando pensaban que los habían cogido a tiempo, sin embargo, tras varias exploraciones más específicas, descubrieron que se habían extendido y que no eran benignos.

—¿En serio? —mis palabras quedan ahogadas y no sé ni qué decir. Es difícil entender que sienta tanto cariño por mi jefe, pero es una bellísima persona y no se merece algo así, aunque, en realidad, ¿quién lo merece?

—Mónica, tengo que colgar. Mañana si puedo me paso y hablamos. Estos temas por teléfono son muy complicados de tratar.

—Está bien.

Con el móvil entre mis manos me quedo mirando al vacío. La vida en

ocasiones es muy injusta, no entiende de momentos, personas o lugares. Me voy a dormir con una extraña sensación de que algo va a suceder próximamente y sé que no me equivoco.



Capítulo 20

Vuelvo a la rutina que tenía antes del viaje que me ha marcado tanto emocionalmente, esa de levantarme para desayunar, vestirme e ir a trabajar. En realidad, me gusta seguir los mismos pasos cada día, aunque pueda parecer aburrida, que no digo que no.

Llevo unos días aquí y no sé si es más caótica mi vida personal o la laboral. Adolfo está en una fase muy dura de su enfermedad y ha delegado todo en sus abogados, por lo visto, no hará falta cerrar la empresa y es cuestión de un tiempo que tengamos una nueva persona al mando. Mientras eso sucede, ha depositado toda su confianza en mí para que esté al pie del cañón. No entiendo por qué sus hijas no son capaces de cuidar algo que a su padre le ha costado tanto esfuerzo sacar adelante.

Lo cierto es que no paro, si antes de ir a Dubái pasaba más horas en la oficina que en casa, ahora me saldría más rentable poner una tienda de campaña y una cocina portátil en el despacho. No me quejo, la verdad es que mientras estoy inmersa en el trabajo, no pienso en Alan, al menos, no tanto como cuando estoy en casa. Basi ya es oficialmente mi compañero de piso, no lleva ni tres días y ya me tiene todo hecho un desastre. Empiezo a soportarlo, pero no descarto cualquier día ponerlo de patitas en la calle.

Alan me ha hecho una transferencia con el importe acordado para los tres. Mis amigos han aceptado su parte, yo en cambio, no he sido capaz de quedarme nada. Se la he devuelto y ni siquiera me ha preguntado el motivo.

Me hago a la idea de que nuestros caminos juntos pendían de una cuerda tan tensa que podía romperse en cualquier momento, pero ahora ya, ¿qué importa? Solo somos dos almas que se conocieron cuando no era el momento adecuado, o cuando yo no estaba preparada para dar un cambio tan grande, no lo sé. Soy plenamente consciente de que he sido la que ha causado una enorme marea de olas en un mar que no estaba demasiado en calma entre nosotros, el mar que veo a través de esos ojos que no puedo sacar de mi mente. Quizá no he sido capaz de mirar hacia un futuro de su mano, o tal vez, no he sabido perdonar a tiempo.

Ahora todo eso ya da igual, no tiene sentido pensar en qué pudo ser y no ha sido, es posible que necesitara un empujón que me lanzara a dar el paso, a escuchar, a vencer los miedos, a ser realmente feliz. Quien diga que el amor no duele en ocasiones, miente.

Ha pasado casi un mes desde que volví. Hoy es un gran día, al menos eso dicen en la oficina. Por fin tendremos al nuevo gerente. Hoy es su fiesta de bienvenida y está todo el mundo de los nervios. Para mí, es un día más, no tengo ganas de celebraciones y mucho menos de estar a las órdenes de un hombre que no va a parecerse a Adolfo ni en el blanco de los ojos. Según hemos escuchado, se rumorea que es un tipo bastante exigente que va a llevar a cabo algunos cambios para un mejor funcionamiento. Creo que va a cometer un error, no se puede cambiar algo en lo que no se ha estado nunca, pero a mí me da igual, al menos, volveré a tener un horario compatible con el tiempo libre, ese que en estos momentos es inexistente.

No consigo olvidar a Alan y a pesar de saber que no iba a responderme, no he podido evitar llamarle. Le echo tanto de menos que soy incapaz de sacarme su sonrisa de la cabeza, su manera de acariciarme transmitiéndome paz y tranquilidad, haciéndome saber que en ningún lugar iba a estar mejor que entre sus brazos. Mi vida está vacía sin él, busco sus ojos en cualquier persona que me mira. Nuestras fotografías, esas que he impreso para tener cerca de mí, empiezan a desgastarse por el roce de pasar una tras otra sin

parar, también, comienzan a estropearse por el agua salada de mis lágrimas cayendo sobre ellas. No tengo más de cuatro o cinco, invertimos casi todo el tiempo juntos en disfrutar sin pensar en inmortalizar esos momentos para cuando estuviéramos alejados, no esperaba que fuera así, enfadados.

Lo que más me duele de todo es que no he vuelto a hablar con él, no hemos tenido ningún tipo de contacto y siento miedo de preguntarle a Nadia con la que sí mantengo relación, quizá saber que no me menciona pueda provocar más angustia de la que ya siento.

Llego al trabajo justita de tiempo, Basi me ha dejado sin cápsulas de café y he tenido que parar a desayunar en una cafetería cercana. Mi día no empieza de la mejor manera. Voy a tener que hacer un tablón gigante con las normas a seguir para tener una buena convivencia y no matarlo cualquier día de estos. Cuando las puertas del ascensor se abren no sé si estoy en la oficina o en una fiesta infantil de cumpleaños. Todo está lleno de globos y guirnaldas de colores. Los chicos llevan un sombrero con flores hawaianas y las chicas un collar con la misma ornamenta. ¿En serio? Esto parece un patio de colegio y mi humor no está para tirar confeti a nadie. Sin saludar siquiera, me dirijo a mi despacho a revisar el informe que hice ayer a última hora. Se ve que el jefe nuevo tenía prisa por ponerse al día con todo y me escribió desde la dirección de correo que utilizaba Adolfo. Cuando no llevo más de diez minutos revisándolo, Lucía me llama.

—Mónica, cuando has llegado no te he visto.

—Hoy he venido un poco más tarde.

—Aquí tengo un collar para ti.

—¿Por qué crees que yo me pondría esa cosa horrorosa en el cuello?

—Para saludar al jefe.

—No te preocupes. Cuando llegue, pondré mi mejor sonrisa y con ese disfraz, le saludaré sin ningún complemento del chino.

—Vaya, veo que hoy tampoco estás de humor.

—No te voy a engañar. No, no lo estoy. —Creo que todo el mundo percibe

que no soy la misma.

—Pues cuando veas al jefe nuevo se te van a quitar todas las penas esas que tienes últimamente. ¡Está tremendo, tía!

—¿Está aquí? —le pregunto sorprendida.

—¡Ah! ¿No lo has visto? —me chilla al otro lado del teléfono.

—No he visto ninguna cara nueva con pinta de ser mi superior y no grites.

—¡Perdona! Es que con las vistas que ofrece el tío, me emociono. Ha sido el primero en llegar.

—¿Dónde está?

—Imagino que en su despacho, no lo sé. Tiene una barbita que me pone que no veas.

—Bueno, Lucía, te dejo para que sigas babeando. Tengo que ir a presentarme con mi mejor cara. —No me apetece nada, pero supongo que por cortesía tendré que hacerlo. No quiero ser la primera persona despedida en esta nueva andadura de la empresa.

—Espero que no sea la misma de ayer.

—Pues fíjate, no tengo otra. ¿Qué le pasaba a mi cara ayer? —le pregunto extrañada.

—Deberías valorar el maquillar esas ojeras que te acompañan.

—¡Bah! Me da igual. Luego hablamos.

—Llámame y me cuentas qué te ha parecido. Yo porque estoy comprometida y me quedan dos meses para la boda, si no, intentaba ligármelo, ya te lo digo —me dice riendo antes de colgar.

Saco un espejo del cajón de mi escritorio para ver si Lucía tiene razón o exagera, lo más seguro es que sea la segunda opción, pero claro, como ella siempre va maquillada y peinada a la perfección, posiblemente, no sea para tanto. La imagen que se ve reflejada me preocupa un poco. Lucía tiene razón, estoy bastante desmejorada. En mi vida he tenido bolsas debajo de los ojos tan

oscuras y encima, debido a los atracones que me pego de chocolate, tengo un par de granitos. Bueno, quien dice granitos, dice cráteres...

Bajo a la recepción, le pido a Lucía su *kit* de emergencia y me planta sobre la mesa una caja que debe pesar por lo menos un kilo y medio. ¿Tanto se necesita? La abro y no sé para qué se utiliza la mayoría de potingues que tiene ahí. Como no quiero parecer un payaso de circo, le pido que me deje lo básico. Se pone a rebuscar y me saca una base, polvos traslúcidos, una paleta de contorno, antiojeras, colorete, sombras, iluminador, máscara de pestañas y un pintalabios tan rojo que ni en Halloween lo utilizaría para pintarme sangre artificial. Cojo dos o tres cosas, y entro al cuarto de baño que hay en la planta baja.

Bueno, pues no está tan mal el resultado. Algo he podido disimular la falta de horas de sueño que tengo por pasarme las noches en vela pensando en Alan. Lucía me sugiere que me suelte el pelo, lo llevo en una coleta baja en la nuca y mientras vuelvo a entrar en el ascensor, le hago un gesto afirmativo con mi pulgar. Allá voy. Ha llegado el momento de conocer a ese hombre con barbita que tanto ha impactado a la recepcionista más loca de la ciudad.

—¿Puedo pasar? —pregunto tras dar dos pequeños golpes a la puerta del despacho presidencial.

—Pase. —Esa voz ronca me resulta familiar y con algo de torpeza abro.

—¿Tú? ¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto nerviosa mientras recojo todas las hojas del informe que llevaba en la mano y se me han caído.

—Señorita Suárez, le agradecería que bajara el tono de voz.

—¡Lo que me faltaba! —respondo más alto todavía.

—Baje el tono, no se lo pienso volver a repetir. —Cierro la puerta sabiendo que mi día solo puede ir a peor.

—Venía a presentarme, pero creo que no hace falta. Aquí tiene, señor Miller. —Le tiendo el informe sabiendo que fue él quien me lo pidió.

—Gracias. Veo que es usted muy eficaz.

—De nada. Algunas personas nos tomamos en serio nuestras funciones,

además de nuestras fidelidades.

—No vaya por ahí, lo que pasó en Dubái no volverá a repetirse. ¿Queda claro?

—¿No te pensarás que volvería a tener algún tipo de relación con un hombre inmaduro, orgulloso y prepotente?

—¿Esa es su definición sobre mí? Porque yo de usted podría enumerar una larga lista de cualidades tuyas.

—Mejor no, gracias.

—Mónica, ¿será capaz de no montar espectáculos y trabajar de la misma forma que ha hecho hasta hora? —me pregunta tendiéndome su mano.

—Espectáculos los que tú montas, sobre todo en mi presencia, Alan. Yo tengo más dignidad que tú —le respondo todo lo firme que puedo dándole la mano en señal de tregua.

—Está bien. Sé que seremos capaces de trabajar juntos con paz y armonía. —Al sentir el contacto de su mano con la mía, siento calma y tranquilidad, la misma que percibía cuando estaba entre sus brazos, aquellos días en los que sentí que el resto del mundo se volvía invisible si él me tocaba.

—No lo dudo. Profesionalidad no me falta.

—Mónica —me llama cuando ya me he dado la vuelta y me dispongo a salir.

—¿Qué? —le pregunto esperanzada.

—En unos días empezarán a emitir en antena el anuncio que grabó.

—¡Ah! Gracias. —Con la ilusión por los suelos salgo por la puerta para intentar recuperar el aliento en soledad.

El día se pasa sin que vuelva a ver a mi nuevo jefe y eso es algo que he agradecido, no sé si seré capaz de verle en todo momento cada día y aceptar sin más su frialdad hacia mí. ¡Otra vez vuelve a tratarme de usted con la rabia que me da! Sabe a la perfección cómo sacarme de mis casillas y no sé si es una provocación, pero por si acaso, no entraré en su juego de formalidades.

Está más guapo que cuando lo conocí. Lucía tenía razón, lleva una barba atractiva, no es de esas desenfadadas de tres o cuatro días. Nunca me han gustado los hombres sin afeitarse, esa sensación de que te pinchen mientras te besan, no va conmigo, pero puedo decir con total sinceridad que a Alan le queda de maravilla, a pesar de cubrir gran parte de ese rostro tan perfecto que tiene. ¡Dejaría que me rozara con ella una y otra vez! En su frente aún se puede observar la cicatriz que se hizo el día en que nos vimos por primera vez. Esa herida que más de una vez cuidé entre sus piernas.

Al llegar a casa, después de leerle la cartilla a Basi por lo del café de esta mañana, le cuento que Alan es mi nuevo jefe y me sorprende al saber que ya lo sabía.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le pregunto enfadada mientras cenamos un pollo pasadísimo al horno—. Está claro que la cocina no es lo tuyo, ¿eh?

—Se me ha pasado un poco, sí. Tienes razón, pero que sepas que he seguido las instrucciones de una receta que he visto en Facebook.

—No cambies de tema. ¿Cuándo ibas a contármelo?

—No lo sé desde hace mucho.

—No te andes con rodeos. ¡Habla! —Estoy perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

—Pues verás... Resulta que Matthew se lo dijo a Marcela, que por cierto dice que a ver si la llamas. Estaba muy preocupada hace unos días porque su chico pasaba muchas horas en la oficina y ella se sentía sola en casa. Ya sabes lo paranoica que es y él no tuvo más remedio que decírselo a pesar de la prohibición de Alan. Ella me lo dijo la semana pasada y yo... Yo no sabía cuándo hacerlo.

—¿Por qué Alan? No lo entiendo.

—Creo que es por algo personal, pero no puedo decirte nada más.

—¿Estás seguro de que no sabes nada?

—¿Por qué iba a ocultarte algo así?

—¡Ah, no sé! Dímelo tú. Hoy he llegado al trabajo, mosqueada porque has arrasado con las cápsulas y voy y me entero por la recepcionista de que mi jefe nuevo estaba a tan solo unos metros de mí. Claro, no había nadie aquí en España, Adolfo lo tenía que buscar a tomar por el culo y justo tenía que ser el hombre que me ha roto el corazón.

—¿Adolfo sabe algo de lo vuestro?

—Yo no le he contado nada y supongo que Alan tampoco.

—Oye, él no te ha roto el corazón, lo hiciste tú solita y aunque te moleste, tienes que aceptarlo. Tú acabaste con él.

—¡No me jodas, Basi! En mi cara se dejó tocar por otra mujer y se fue con ella. ¿Tú lo hubieras perdonado?

—No lo sé, pero sí le habría escuchado.

—Déjame, anda. Estoy cansada y solo me apetece irme a la cama.

—Buenas noches, nenita. Acuéstate y mañana verás las cosas con otra perspectiva.

—Ya me gustaría a mí —susurro dándole un beso en la mejilla—. Buenas noches.



Capítulo 21

Creía que con el paso de las semanas, Alan se relajaría un poco y dejaría de ser tan formal, pero no hay manera. Cuando estamos con otras personas casi roza la normalidad. No le queda más remedio, pero cuando estamos a solas, y eso sucede más a menudo de lo que esperaba, interpone una barrera entre nosotros que no hay manera de derribar. Llevamos así más de un mes.

Ayer, sin ir más lejos, me llamó para mirar unos temas de contrataciones y al recordar ahora el mal rato que pasé, vuelvo a sentir que me quedo sin aliento de nuevo. Para no variar, estaba comiendo en mi pequeño habitáculo con la intención de no verle. En la mesa tenía una de nuestras fotografías, una que nos hicimos besándonos sobre la moto el día en que fuimos a que conociera diferentes lugares de la ciudad.

—Mónica, ¿puede venir? —me dijo asomando la cabeza por la puerta y viendo sobre la mesa la instantánea—. ¿Qué es eso?

—Nada —le respondí tapándola con una revista publicitaria de las que hacemos desde que Alan propuso esa idea cuando llegó.

—¿Echas de menos mis besos?

—¿Qué?

—Me has escuchado a la perfección.

—¿Qué se supone que debo responder, Alan? —le pregunté melancólica.

—La verdad. ¿No dices siempre que la verdad va por delante?

—Pues sí.

—¿Sí, qué?

—Sí echo de menos tus besos.

—Es una lástima. Suerte que tienes alguna que otra foto para recordar lo que pudo haber sido y no fue. Ven a mi despacho cuando acabes de comer.

En cuanto se marchó, un torrente de lágrimas comenzó a desbordarse de mis ojos. Esa crueldad no fue la que me enamoró. Llamé por teléfono a Nadia en un acto desesperado y ella me dijo que no se lo tuviera en cuenta, que Alan no estaba pasando por un buen momento emocional. Me dijo que me quería a pesar de comportarse de esa manera y que tuviera paciencia, que los dos éramos muy orgullosos y habíamos cometido errores.

Ella durante el último mes me ha estado escuchando cada día. Al principio, me daba un poco de apuro que fuera mi confidente, pero ella conocía más a su hermano que yo. Lo único que no ha querido contarme es el motivo por el que Alan ahora es el gerente de mi empresa. Dice que es algo personal que tendrá que contarme él mismo cuando lo crea conveniente.

Al colgar, ya estaba más tranquila. Me armé de valor y fui a su despacho tal y como me había pedido. No iba a dejarme amedrentar.

—¿Ha llorado, Mónica? —me preguntó nada más entrar.

—No es de tu incumbencia, Alan.

—Es una pena que unos ojos tan bonitos se empañen de lágrimas.

—También es una pena trabajar con la persona que más odio y mira, es posible.

—¿Me odia? —Se levantó de su silla y se acercó a mí.

—Por supuesto. ¿Qué iba a sentir por un tipo que se rio de mí?

—Yo no hice eso, Mónica, y si no fuera tan cabezona y escuchara a las personas, lo sabría.

—¿Qué quieres, Alan?

—Que venga a cenar conmigo esta noche.

—Olvídate.

—No es lo que se piensa. —De nuevo volvía a ver una sonrisa en sus labios, esos que deseaba besar—. Es una cena de negocios. Nadie mejor que usted puede acompañarme.

—¿Por qué?

—Adolfo me dijo que la última vez trató con él y sabe llevarlo.

—¿Diego? —Ya sabía cuál iba a ser la respuesta antes de escucharla—. No voy.

—Sí, ese es.

—No me gusta ese hombre.

—Tiene que venir conmigo, por favor.

—¡Qué detalle! —Tenía que notarse mi ironía.

—Quiero rescindir el contrato.

—Me da igual. No me necesita para hacer eso.

—¿Y si le pago un extra?

—Alan, ¿todo lo negocias pagando más? No sé si te diste cuenta, pero te devolví toda mi parte de la transferencia que me hiciste por el viaje a Dubái.

—Ya lo sé. Llevo un control exhaustivo de mis cuentas.

—¡Cualquiera lo diría sabiendo el desorden con el que convives!

—Mónica, a las nueve la recojo.

—No sabes dónde vivo. —Fue una tontería haber dicho eso, podía preguntarlo y en cuestión de segundos saberlo.

—A las nueve. Sea puntual.

Llegué a casa maldiciendo y dando portazos. No me apetecía nada tener

que ir a esa cena con Diego y Alan. Uno era imbécil perdido y el otro un estúpido prepotente. Vamos, la compañía que no le deseaba ni a mi peor enemiga, en este caso, Raissa, que con sus mentiras y sus ansias por quedar por encima de todo el mundo, ha provocado que me haya marchado del grupo de baile. Durante las últimas semanas no he estado animada y no tenía cuerpo para aguantar continuas discusiones surrealistas. Con el paso del tiempo, supongo que volveré a bailar, de momento, lo he dejado aparcado.

El caso es que no pensaba arreglarme y si no hubiera sido porque tengo algo de sentido del ridículo, me habría plantado el pijama para bajar al portal. Me puse el primer vestido decente que encontré al abrir el armario, uno azul de florecitas de diferentes colores. De maquillaje y peluquería ni hablar. Iba a ir tal cual, con la cara lavada y el pelo recogido en una coleta alta.

Supe que Alan había aprobado mi atuendo por su mirada de arriba a abajo, lo hizo con deseo, eso era algo que no podía ocultar. Nos dirigimos al restaurante en un incómodo silencio, menos mal que estaba a diez minutos de mi calle. Podríamos haber ido andando, pero no, Alan tenía que traer su moto de Dubái. Sin decir nada, me tendió el casco que ya había usado con anterioridad y se subió a ella. Al estar tan cerca, podía oler ligeramente su perfume y me costaba mantener la compostura. Lanzarme a su cuello comenzaba a ser una necesidad, llevar mis manos en su cintura no era suficiente y en todo este tiempo, a pesar de su indiferencia, no he sido capaz de controlar la multitud de sensaciones que me provoca.

La cena dio comienzo sin ninguna novedad importante que destacar, Alan, muy educadamente, le hizo saber a Diego que daba por finalizado el contrato y fue entonces cuando la armonía se fue al traste.

—Mónika, no has dicho nada durante toda la velada, ¿tú qué opinas sobre esto? —me preguntó Diego con la esperanza de que le salvara el culo.

—A mí no me pagan por opinar, pero sabe de sobra que usted no es de mi agrado. —Cuanto antes termináramos con el asunto, mejor.

—Anda, la gatita salvaje se ha dignado a hablar.

—Ya le dije en una ocasión que era usted asqueroso y no quiero tener que volver a repetírselo. Prescindir de sus servicios, dado que como usted hay miles y no me refiero a babosos, sino a empresas y con mejores productos,

será lo mejor que Alan haga en mucho tiempo.

—¿Este es el tipo al que te follas? ¿Le has dicho que me muero de ganas por tenerte en mi cama y por eso quiere pagar una gran suma de dinero por no cumplir lo pactado? —Ahí ya no fui capaz de responder debido a que Alan se levantó y lo cogió del cuello con una mano levantándolo de la silla.

—Veo que no te han enseñado cómo tratar a una dama. Pídele disculpas de inmediato.

—Ni de coña, no pienso hacer eso —le dijo mirándome fijamente a mí y haciendo un gesto de morderme. Con la mano libre, Alan le dio un puñetazo en la nariz, Diego no se quedó atrás y se lo devolvió.

Así fue cómo empezó un duelo de machitos que finalizó con la policía tomándonos los datos personales a los tres. Ya sabía yo que no era buena idea ir a esa cena.

Después de eso y de unas cuantas amenazas de ambos de que se verían en el juzgado, conseguí llevarme a Alan. No sabía dónde vivía y estaba tan enfurecido que no era capaz de entender lo que me decía, así que, lo llevé a mi casa. Por el camino se fue relajando y eso era un punto a mi favor. Sabía que Basi había salido y pasaría la noche fuera.

—¿Me traes a tu casa? —me preguntó mientras llegábamos al portal.

—Tienes sangre en los nudillos, tienes que limpiarte y como eres un gallito, no me has dicho dónde vives.

—¿A ti qué te importa eso?

—Así vas mal, ¿eh? Yo no tengo la culpa de que el mundo esté repleto de hombres que se creen más que una mujer.

—Tienes razón. Lo siento. Siento el numerito que he montado.

—No pasa nada. Uno días antes de viajar a Dubái ya tuve un encontronazo con él. —Abrí la puerta de mi piso y haciéndome a un lado, lo invité a pasar. —No sé cómo habrá dejado todo Basi. Vamos, pasa.

—¿Vivís juntos?

—Sí y no me preguntes qué tal es la convivencia porque abrirás un cajón lleno de mierda.

—Está bien. ¿Dónde está el baño?

—Al fondo, a la derecha. No tiene pérdida. Voy a cambiarme mientras te lavas.

No sabía qué ropa ponerme para estar cómoda, la de estar por casa, para Basi que no sentía atracción hacia las mujeres, estaba bien, pero no quería que Alan pensara que me estaba insinuando con un minúsculo pantalón y una camiseta de tirantes. Solo con la ropa interior puesta buscaba en el fondo de un cajón en el armario algo más recatado cuando Alan entró en mi habitación.

—¿Qué haces? —le pregunté sorprendida.

—Necesito tenerte, revivir una vez más esos momentos que pasamos cuando nos conocimos. Estoy harto de tanta formalidad y me muero por besarte.

—¿En serio? —decir que me había dejado a cuadros se quedaba corto—. Alan, no sé si esto es lo más correcto entre nosotros.

—Una vez más —me dijo mientras se abalanzaba sobre mí para devorar mis labios.

Como si el tiempo no hubiera pasado, volvíamos a tener complicidad en la mirada y entre risas, caricias, besos y algún que otro te quiero, hicimos el amor durante toda la noche. Pude volver a sentir sus manos sobre mi cuerpo, a saber que ese hombre estaba hecho para mí. Le quería, mis sentimientos hacia él no habían cambiado. Pude comprobar que los suyos tampoco y que anhelaba tanto estar conmigo que era incapaz de separarse de mí.

Todo hubiera sido maravilloso de no ser porque esta mañana me ha dicho algo que me ha dejado de piedra. Al despertarme y verlo a mi lado, he vuelto a sentir la felicidad que creía perdida. Me he acercado a él para poner mi cabeza sobre su pecho y dormir un poco más porque todavía estaba

amaneciendo y se ha retirado. Se ha levantado y recogiendo su ropa del suelo, ha dicho que había sido un error que no podía volver a repetirse.

Por eso, hoy es mi último día de trabajo. Tras muchas lágrimas derramadas sobre la misma cama en la que ha dormido el hombre que ha vuelto a partirme el corazón en mil pedazos, he tomado la decisión. En cuanto llegue, escribiré mi carta de dimisión y me iré. Tengo algo de dinero ahorrado y con eso podré tirar hasta que encuentre otro empleo. No puedo seguir viendo a Alan cada día, me resulta imposible tenerle cerca después de lo que ha pasado.



Capítulo 22

—¿Te quieres ir? —me pregunta Alan cuando le pongo mi dimisión sobre la mesa.

—Si sabes leer, eso es lo que pone ahí.

—¿En serio? ¿Es por lo que pasó anoche?

—Alan, no me apetece hablar sobre el tema. Simplemente, haz lo que tengas que hacer para darme de baja en la empresa.

—¿Qué harás?

—No es algo que te importe. Ya me ha quedado claro esta mañana que lo de anoche no tenía que haber pasado.

—Yo no he dicho eso en ningún momento.

—Algo parecido, pero vamos, que es imposible mantener esta situación, Alan.

—¿Por qué?

—Pues porque te quiero y verte cada día me está destrozando emocionalmente. Duele tenerte cerca y no poder besarte, duele saber que estás dolido conmigo por algún motivo que todavía no entiendo. Duele saber que fui yo la que provocó todo esto por no saber escucharte. Sé lo que vi. Esa mujer te estaba tocando descaradamente mientras tú me mirabas a mí y no hiciste nada para evitarlo, es más, te fuiste con ella.

—No pasó nada entre nosotros. Estoy harto de decirlo.

—A mí no me lo dijiste.

—Quizá seas la única que no lo sabe porque no quisiste escucharme.

—Nadia me dijo que...

—Sé lo que te dijo —me corta y se levanta para acercarse a mí—. Me lo contó.

—Da igual, Alan. Nos hemos hecho mucho daño el uno al otro.

—Durante todo este tiempo he intentado olvidarte y no he podido. Llegaste como un huracán arrasando con todos mis sentimientos pasados y ha sido peor el remedio que la enfermedad. Me marcaste, calaste hondo en mi corazón cuando estaba en una etapa de mi vida en la que no quería tener a nadie a mi lado. Esa mujer que viste es la persona más tóxica que he conocido y durante mucho tiempo me dejé manipular. No voy a negarte que sentí algo por ella, no era amor, de eso estoy seguro, pero estaba enganchado a lo que me daba. Esa noche que tú dices, lo único que hice fue dejarle claro que me había enamorado de otra persona y que no iba a permitir perderla por su culpa. Las cosas no salieron como quería, al fin y al cabo, te fuiste.

—Alan, ¿por qué me dices estas cosas, ahora?

—Porque quiero que sepas lo que siento por ti y se me acaba el tiempo. He sido un idiota, pero sé que tarde o temprano, te enterarás de algo que hará que te alejes de mi lado para siempre.

—¿Qué podría alejarme de ti?

—Algo que no me perdonarás nunca.

—Dime qué es y déjate de rodeos —le digo mientras suena su teléfono.

—Sí. Está bien. Iremos enseguida. No se preocupe —dice antes de colgar—. Tenemos que ir al hospital. Es por Adolfo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Creo que eso que te he comentado de que tarde o temprano te enterarías, ha llegado antes de lo que esperaba.

—Pero, ¿qué dices? Yo me voy a mi casa. Oficialmente me he despedido.

—Por una vez, cállate y ven conmigo —lo dice de una manera que cualquiera le contesta.

—Vamos.

En esta ocasión, nos montamos en el coche, supongo que todavía no ha ido a por su moto al aparcamiento del restaurante de anoche, aunque si fuera yo, después del espectáculo que montó anoche, no iría en unos días a buscarla. En su cara veo preocupación y me llama la atención, no sabía que tuvieran tan buena relación como para que lo llamen y le digan que tiene que ir.

No tardamos en llegar al hospital, está a las afueras de la ciudad, pero a esta hora no hay apenas tráfico. Subimos a la planta de oncología y vamos directos a una habitación, Alan sabe cuál es. Llama a la puerta y nos responden que pasemos, al entrar, la mujer y las hijas de mi antiguo jefe salen dejándonos a solas con él. Cuando veo a Adolfo en la cama, tan poquita cosa por el peso que ha perdido y tan débil, me corre un escalofrío por el cuerpo. No somos nadie en esta vida.

—Me queda poco tiempo —dice algo fatigado y en un tono de voz muy bajito—. No podía irme sin antes hablar con vosotros.

—No digas eso, seguro que encuentran una solución.

—Ya me han dicho que no se puede hacer nada más. Estoy en la fase final. Se ha extendido por los órganos cercanos y la cosa va más rápido de lo que esperaban.

—No sé qué decir. —Nunca he estado con una persona en estas circunstancias y no sé si es aconsejable dar palabras de ánimo o ser realista—. En la oficina se acuerdan mucho de ti.

—Eso es bueno, ¿no? Se ve que he cumplido con mis trabajadores.

—Has sido un buen jefe y nunca te olvidaremos. —Creo que tampoco es buena idea hablar como si fuera a morir de un momento a otro.

—Sé que he dejado el negocio en buenas manos, ¿verdad, hijo? —Este hombre es cariñoso con todo el mundo, tampoco creo que conozca mucho a

Alan.

—Cierto. Creceremos y ofreceremos todo lo que esté en nuestra mano para ser los mejores. Aquí en España, en Dubái y donde haga falta.

—¿Cómo están tus hermanos?

—Bien. Nadia maneja muy bien la gerencia, aunque nos hayamos fusionado no esperaba que fuera a manejar tan bien todo. Siempre ha sido mi mano derecha. Matthew intenta aprender cada día más, aunque es cuestión de tiempo que lo deje. Nunca le ha gustado el negocio. —No entiendo por qué Adolfo sabe tanto del entorno de Alan.

—Estoy seguro de que os irá muy bien a todos. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas, Mónica? —pregunta clavando su mirada apagada en mí.

—Yo..., yo... —a ver qué le digo—. Estoy bien, Adolfo. Desde que llegó Alan, tengo un poco más de vida social.

—Sabía que seríais perfectos para mantener la esencia de la empresa.

—¿Qué? —pregunto sin entender nada.

—No le he dicho nada todavía. Estaba esperando —responde Alan sin mirarme. —Pero, ¿por qué? Ya sabes que esto no va a durar mucho. Te dije que se lo comentaras antes de la apertura del testamento. —Esto flipando. No entiendo nada.

—Las cosas entre nosotros no han ido cómo esperaba.

—¿Qué? Adolfo, ¿qué sabes tú de nosotros?

—Todo.

—¿Qué es todo?

—Sabía que erais perfectos el uno para el otro y que con juntaros, vosotros mismos haríais el resto.

—¿Qué interés tienes tú en que entre nosotros haya algo?

—Necesitaba un motivo para hacer volver a Alan.

—¿Qué? No estoy entendiendo nada. Alan no es solo un cliente, ¿no? ¿Qué está pasando aquí?

—Este muchacho que ves aquí es mi hijo y en cuanto me comunicaron la enfermedad que tenía, lo llamé y se lo dije. Ya sabes que mis hijas no querían hacerse cargo de nada y en él, desde bien pequeño vi la ambición por querer superarse y parecerse a mí.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto a Alan con una mirada acusatoria.

—Sí —me responde sin despegar la vista del que ahora sé que es su padre.

—Claro que lo sabía. Lo que no entiendo es por qué no te dijo en Dubái que estaba preparando todo para venirse y asumir la gerencia en esta sucursal contigo. En la apertura de testamento sabréis bien los detalles, pero os quiero a ambos en el mando. —Estoy empezando a marearme. Es demasiada información para asimilar en una triste habitación de hospital.

—Alan, mírame —le digo acercándome a él—. ¿Por qué?

—No lo sé. No sabía de qué manera decírtelo y el tiempo fue pasando.

—No me lo puedo creer.

—Lo siento —me dice acariciando mi brazo.

—No sé si me siento engañada o utilizada. —Me aparto. En estos momentos no quiero que me toque.

—Sabía que os enamoraríais. Mónica, me recuerdas mucho a la madre de Alan, aunque yo no supe cómo llevar su carácter y por eso, y por otras cosas, la perdí, no pensaba que Alan fuera a actuar de la misma manera que yo.

—Necesito aire. Lo siento. Tengo que salir.

Salgo a la calle en busca de un espacio abierto para poder asimilar todo y en la cafetería que hay enfrente veo a la familia de Adolfo discutiendo. No me he parado a pensarlo antes, pero Alan y sus hermanas no deben llevarse mucha diferencia de edad. De hecho, él parece más joven que ellas. No puedo describir cómo me siento. ¿Con qué intención se acercó a mí? Tengo claro que yo me enamoré perdidamente, pero, ¿y él? A lo mejor corresponderme solo entraba en los planes laborales. La cabeza me va a explotar de un momento a otro y me doy cuenta de que las cosas solo pueden ir a peor cuando veo que la

familia ha dejado de discutir y se dirige corriendo hacia aquí.

Adolfo se ha ido unos minutos después de que yo me marchara. Lo he sabido porque han echado a Alan de la habitación y ha aparecido totalmente desolado por la puerta de salida. Supongo que no está bien visto y eso confirma mi teoría de que algo pasó en esa familia hace años.

En parte, me siento culpable, ambos esperaban que entendiera la situación y no ha sido así. Ahora mismo, no me siento con fuerzas para dejarle tirado. No tiene a nadie más aquí, solo a mí y no quiero ser cruel. Me acerco a él y lo abrazo, él me corresponde apretándome con fuerza contra su pecho y maldiciendo por lo bajo.

Me sorprende la capacidad que tenemos las personas de dejar a un lado nuestros problemas cuando vemos que alguien nos necesita. Hace un par de días que enterraron a Adolfo. No han sido fáciles, la familia no ha dejado de despreciar a Alan, el pobre además de tener que superar la pérdida de su padre, ha tenido que lidiar con tres mujeres que no quieren saber nada de él. Por suerte, tiene gente que le quiere, Nadia y Matthew, acompañado por Marcela, cogieron un avión para venir en cuanto les llamé para comunicarles la noticia.

Marcela ha estado durmiendo en mi casa, dice que ya tendrá tiempo de estar con su novio y que nos echa de menos una barbaridad. Por primera vez, a pesar de las circunstancias, todo ha sido como hace unos meses. Los tres *danzareros* unidos de nuevo.

Durante estos días he estado barajando varias posibilidades en cuanto a qué hacer con mi vida. Sigo manteniéndome en mis trece. No pienso volver a la empresa ponga lo que ponga en el testamento de Adolfo. He pensado que podría irme a Granada, por eso, he mandado algún que otro currículum a algunas agencias publicitaria sin que mi entorno lo sepa. Aún recuerdo las palabras de Romerita Heredia y he pensado que quizá, pueda ser una buena opción empezar de cero en otra ciudad. Total, aquí no me ata nada. En estos momentos tengo totalmente claro que no confío nada en Alan, ya que aun sabiendo que nuestra relación podría haber seguido adelante aquí juntos, me hizo creer que no nos volveríamos a ver si yo no aceptaba irme allí con él. No

entiendo su egoísmo, su falta de sinceridad.

Me siento mal porque sé que acostándome con él, le he dado falsas esperanzas de que lo nuestro seguirá adelante. Le he visto tan afligido y vulnerable, que no he podido evitarlo. He querido ser fuerte y mantener las distancias, pero he sido incapaz. Le amo con todas mis fuerzas, sin embargo, a veces el amor no es suficiente para dejar el pasado atrás y comenzar un futuro junto a alguien. Necesito tiempo y estar sola para aclarar mis ideas. Mi partida será temporal, o no, no lo sé.



Capítulo 23

Han pasado más de dos meses y medio desde que dejé atrás Valencia. Acepté una oferta de trabajo de una empresa que me contactó después de ver mi anuncio en la televisión. Metí mis cosas en maletas, avisé a Basi de que cuidara mi piso, me subí al coche y cogí la carretera sin decir a nadie a dónde me dirigía.

Mis amigos no se lo tomaron muy bien, de hecho, Marcela no me habla. No entiende que no le diga dónde estoy, tampoco que necesite estar sola y alejada de todo. Basi, en cambio, me manda fotos diarias para que vea que está cumpliendo con su palabra de cuidar todo. Ha vuelto con Manuel y aunque cada uno está viviendo por su cuenta y han decidido tener una relación abierta, sé que les irá muy bien. Me ha contado que Marcela se va a casar y ambos esperamos que para entonces, se le haya pasado el enfado, si no, no le perdonaré en la vida que no me invite.

La única persona que sabe que vivo aquí, en la zona residencial de la Ciudadela de la Alhambra, es Nadia. Hemos estrechado nuestros lazos hasta el punto de que me llama «cuñi». Sabe que sigo enamorada de su hermano y que los aires granadinos, sumados al cambio hormonal en mi cuerpo, han ayudado a perdonarle lo que hizo. Eso no quiere decir que lo haya olvidado y mucho menos que vaya a volver con él. Le he prohibido comentar temas relacionados con Alan, pero a ella le da igual. Semanalmente, me da el parte de cómo está. Me consta que no lleva nada bien que le haya bloqueado de todas mis redes sociales.

Michelle tuvo la poca vergüenza hace unos días de escribirme. Cuando volví de Dubái, a pesar de que no estaba bien, intenté en varias ocasiones hablar con ella y lo único que conseguí fue que me bloqueara en todas partes sin responderme nada. Sé, por otras chicas del grupo, que se dedicaba a decir que estuvo muy feo lo que hice, y que Raissa tenía razón en todo lo que decía. Preferí pasar del tema porque bastante tenía yo con lo mío. El caso es que me ha pedido disculpas y me ha dicho que espera, si algún día vuelvo, que podamos quedar para tomar algo y hablar las cosas. Por el momento, no le he contestado y tampoco considero que haga mal después del feo que me hizo.

He decidido alejar de mi vida a la gente que no me aporta nada y me siento mucho mejor. Aquí estoy sola. De hecho, no he hecho amistad con nadie, pero es algo que me da igual, sé que tarde o temprano tendré que volver a recoger mis cosas.

Antes de venir, no tenía muy claro cuánto tiempo estaría fuera, pero los meses juegan en mi contra y sé que si lo voy dejando pasar, llegará un momento en que no habrá un punto de retorno.

Trabajo haciendo espectáculos de danza del vientre por las calles de la Alhambra y me encanta hacer algo que me apasiona tanto entre las murallas de un lugar tan mágico. Adoro pasear por los jardines cuando estoy desocupada, también por el Generalife, la zona que más hechizada me tiene. Lo bueno de este empleo es que puedo visitar todos los rincones siempre que quiero. Me paso las horas leyendo novelas sentada en la Escalera del Agua sobre la historia de este lugar y cada día que pasa, estoy más fascinada. También, podría ir de un edificio a otro con los ojos cerrados, debido a las veces que he recorrido el recinto bailando.

Hoy he tenido que hablar con mi encargada para que otra de las chicas me sustituya por la mañana. Tengo cita en el médico. Ha llegado el momento de ver una pantalla el fruto del amor entre Alan y yo que crece en mi vientre. Estoy embarazada. Lo supe una mañana en la que me levanté vomitando por tercer día consecutivo. No sé cómo sucedió, ya que llevaba años tomando la píldora para mantener regulado mi ciclo menstrual. Algo debió fallar.

No he comentado nada a mi entorno, ni siquiera se lo he comentado a la empresa. Necesito verle para saber que es real y tomar la mejor decisión para todos.

—¿Escuchas eso? Es el corazón de tu pequeño, o pequeña, aún no podemos saber qué será. —En este momento siento que es el sonido más hermoso que he escuchado en toda mi vida. Es el latido de mi bebé.

—¿De cuánto estoy?

—Por el tamaño calculo que de unas diez u once semanas. Mide cuatro centímetros y medio. Digamos que es una mezcla entre una ciruela y una lima, para que te hagas a la idea.

—¿Está bien? —pregunto atemorizada.

—Según lo que se ve, sí. Su desarrollo es normal, aunque hasta la ecografía de las veinte semanas no sabremos el riesgo de enfermedades cromosómicas.

—¿Entonces?

—No te preocupes. Las analíticas que has traído no dan señales de que algo vaya mal. Imagino que ahora mismo tienes una revolución de sensaciones, es normal.

—¿Puedo tener dos copias para mí? —le pregunto señalando a la pantalla en la que sale mi bebé, nuestro bebé. Ahora tengo más claro que nunca que no puedo dejar a Alan al margen de esto. Somos personas adultas y tenemos que superar nuestras diferencias por el bien de la pequeña familia que hemos creado sin saberlo.

—Sí, claro. Ahora enseguida te las doy.

Vuelvo a casa observando la imagen. Es tan pequeñito que me cuesta creer que está en mi interior. No sé cómo decirle a Alan que estoy embarazada, quizá, si no hubiera renunciado a cualquier tipo de contacto con él, me resultaría más fácil hacérselo saber. Me hago la comida, porque otra cosa no, pero comer, como por dos. Tendré que empezar a valorar la idea de cuidar

más mi alimentación. Ya está, ya lo tengo, he encontrado la manera de decírselo. Le pido a Nadia la dirección de Alan. No tarda en responderme.

Meto en un sobre una de las ecografías y en la parte blanca de abajo que rodea la imagen en tonos grises, escribo «Búscame en la Alhambra». De camino al trabajo, paso por Correos para mandársela a Alan, podría echarla en cualquier buzón de esos amarillos que hay en diferentes puntos de la ciudad, pero como quiero estar segura de que llega a su destino, la envío certificada, por si acaso se perdiera. De esta forma, podré hacer un seguimiento. En realidad, no sé si es la mejor manera de comunicarle que va a ser padre, al menos espero que sepa perdonar que me marchara de su lado en un momento difícil de su vida.



Epílogo

Hace un año, en este mismo lugar me encontré con Romerita Heredia, la mujer que me dijo que encontraría el amor en la Alhambra y no falló, tampoco en que sería un muchacho el que lo haría. Estoy a punto de explotar, no queda ni rastro de la ciruelita o la lima que crecía en mi interior, ahora más bien tengo un melón, pero de los grandes, de esos que salen en la televisión porque se llevan premios por sus dimensiones.

Miro a mi alrededor y no puedo ser más feliz. Basi está sentado al lado de Manuel y no precisamente en su silla de ruedas. Poco a poco ha ido recuperando movilidad y aunque no ha podido prescindir del todo del cuatro por cuatro, como llama él a su silla, ha mejorado muchísimo, me llena de orgullo ver que ya puede mantenerse en pie durante unas horas. Sonrío mientras le miro al recordar el tema de su relación abierta, solo le duró un par de semanas, en cuanto vio que su novio quedaba con otro chico, la cerró y según dice, echó la llave por el inodoro, para no saber cuál era su destino final.

Marcela, ya casada, me mira con ilusión agarrada a la cintura de su marido. Están pensando en tener un hijo, pero hace tan solo un par de meses desde que ha vuelto a instalarse aquí y aún tiene que poner todo en orden. Han abierto un centro de belleza en el centro y Matthew es el encargado de promocionarlo, por la cuenta que le trae.

En cuanto se enteró de que estaba embarazada me llamó gritando que por fin iba a ser tía y que le daba igual dónde estuviera, que volviera, que si yo lo

hacía, ella también. Al menos, eso fue lo que pude entender entre sollozos.

Nadia me ha sorprendido. Unos días antes de venir, me preguntó si podía traer acompañante y muy contenta le dije que sí y quise saber de quién se trataba, la vena cotilla no la he perdido con el embarazo, creo incluso, que ha aumentado. Me dijo que ya lo vería, que no fuera ansias y aquí está. Cogida de la mano de una mujer guapísima de rasgos árabes que se llama Alma. Por lo visto, no he sido la única en alucinar, nadie se imaginaba que le gustaran las mujeres, aunque ella dice que no la cataloguemos, que a ella le gustan las personas, indistintamente del sexo que sean.

Lucía, la que por cierto no llegó a casarse porque su prometido se la pegó una semana antes de la boda con una vecina, está totalmente irreconocible. Sale de fiesta todos los días de la semana y luego se va a trabajar tan fresca. Su caja de potingues hace milagros.

Al final del pasillo improvisado que han organizado entre todos, está Alan esperándome para casarnos. Está guapísimo con su traje de chaqueta y no puedo estar más enamorada de él. Me mira como si no hubiera visto nada así en su vida y no me extraña, debo estar horrorosa a pesar del maquillaje de Lucía y el peinado que me ha hecho Marcela. Tengo los pies hinchadísimos y no he podido ponerme los zapatos que me tenían preparados, menos mal que el vestido me llega hasta el suelo. No pensaron en que yo medía menos que Basi, que fue el que se lo probó y me está largo, por lo tanto, no se ve que voy en zapatillas de deporte, un calzado de lo más apropiado para casarme en mi estado.

Cuando Alan recibió la carta con la ecografía de nuestro hijo, no se lo pensó dos veces y fue a buscarnos, a su hijo y a su mujer, según les dijo al resto. Todos supieron enseguida dónde estaba.

En cuanto llegó, fue directo a la Alhambra e intentó que le dejaran pasar para ir a buscarme, pero le dijeron que no tuviera tanta cara, que no iba a entrar sin pagar y que se pusiera a la cola. No le quedó más remedio que hacer caso a lo que le decían.

Yo estaba recogiendo mis cosas de la taquilla, al comentar que iba a ser madre, no se lo tomaron muy bien y me dijeron que sintiéndolo mucho, tenían que despedirme. No sabía qué haría después. Seguía sin llamar a Alan, ya que

no descartaba la posibilidad de que se desentendiera de nosotros y no le culpaba. Aún recuerdo nuestro reencuentro como si hubiera sido ayer.

—¡Dejadme pasar! Estoy harto de hacer colas para encontrarles. —Esa voz era inconfundible, Alan había llegado.

—Señor, no grite, por favor. Tenemos que desalojar el recinto.

—¿Que no grite? He esperado media hora en la entrada, otra media en la Alcazaba, una hora y media en los Palacios Nazaríes y, ¿ahora me dices que vais a cerrar y no puedo entrar en el Generalife? De eso ni hablar. Tengo que encontrar a Mónica.

—Niño, me busca a mí —le dijo al seguridad que estaba impidiendo el paso a Alan.

—¿Mónica? Por fin te encuentro. No veas las horas que llevo aquí. —Se arrodilló en el suelo y abrazando mi cintura comenzó a besar mi vientre.

Mi despido fue decisivo para saber que mi aventura granadina tenía que acabar y no dije ni media palabra cuando Alan me dijo que ya podía ponerme a recoger todo porque no se iba a ir sin mí. Negocié con él el quedarnos unos días para hablar sobre nuestro futuro y volvimos a Valencia renovados, siendo una pareja sólida que iba a dejar a un lado sus diferencias para luchar juntos por el amor que les unía. Ya era hora de ser felices y acercar más el hilo ese rojo del que una vez dije que no me creía nada.

Durante esos días en los que estuvimos juntos me contó la historia de su vida. Su madre fue a esa misma ciudad de vacaciones al igual que Adolfo, su padre, que lo hizo por cuestiones de trabajo. Su estancia se iba a prolongar unos meses y en una visita guiada por el casco antiguo, se conocieron. No hizo falta mucho más para que algo surgiera entre ellos. Ella, cegada por lo que sentía, rompió su billete de vuelta. Sin embargo, la vuelta de él no podía retrasarse, había algo que le había ocultado desde el primer día. La falta de valentía por parte de él y enterarse de que estaba casado y ya era padre de dos niñas por parte de ella, hizo que se marchara sin más. Con el tiempo, un día en que Alan no tendría más de tres o cuatro años, le preguntó a su madre por su

padre, sentía que la nueva pareja que ella tenía no le trataba de la misma manera que lo hacían los de sus amigos del colegio. Se puso en contacto con Adolfo con la única intención de informarle sobre su paternidad. Él, desde el momento en que lo supo, se hizo cargo de todo lo que su hijo necesitaba, incluso de darle amor, a pesar de la distancia. Alan estaba completamente seguro de que sus padres estaban enamorados, pero la llegada de Matthew y Nadia, complicó las cosas. Eso, sumado a saber que Adolfo tenía una familia que no quería saber nada de él, hizo que durante unos años, los de la adolescencia, perdieran el contacto.

El resto de la historia me la contó muy por encima y a día de hoy, no sé muy bien cómo fue el reencuentro, simplemente Alan quería dedicarse al mundo de la publicidad y su padre, muy orgulloso de poder volver a tenerlo en su vida, hizo todo lo que pudo por instruirle, pagarle los estudios y ayudarle a crear la empresa.

Eso no quiere decir que no discutamos de vez en cuando. A veces lo mataría cuando deja su ropa tirada en medio del salón, pero ya estoy empezando a acostumbrarme y mentiría si dijera que yo no lo hago también en algunas ocasiones, sobre todo cuando empezamos a besarnos y nos somos capaces de separarnos. Sus labios son tan adictivos como el primer día en que los besé.

—Estás preciosa —me dice cuando llego a su lado.

—No mientas.

—Tú siempre lo estás, incluso cuando te levantas con el pelo alborotado y legañas en los ojos.

—Anda, anda. Cállate que menuda encerrona me habéis hecho. Esta me la guardo, que lo sepas. —Hago un gesto en el aire de que lo apunto en una libreta invisible.

—¿Si te hubiera pedido matrimonio qué habrías respondido? —me pregunta mirándome con esos ojos que sé que nunca dejarán de hacerlo así.

—Que no, ya lo sabes. No me gustan las bodas —le respondo riendo.

—Pues por eso estás aquí por sorpresa.

—¿Se puede saber qué es esto? Estáis invadiendo mi zona de trabajo. —
Romerita Heredia ha hecho acto de presencia.

—Romerita, ¿te acuerdas de mí?

—¿Tú no eres la loca del mal de ojo que vino empapada una vez a buscarme diciendo que el amor está sobrevalorado? Hay que ver, mocita.

—Sí, soy yo.

—Tienes menos palabra que aquí la menda.

—¡Eh! No sé si le pasará a menudo, pero quiero que sepa que acertó en todo lo que me dijo.

—¿Es de veras eso que dices?

—Señora, póngase ahí en las sillas, por favor, que está retrasando la ceremonia.

—¡Anda, qué bien! Yo me quedo a comer langostinos y tarta.

—Romerita, no vamos a comer aquí.

—Mónica, ¿quieres dejar de dar coba a la señora? —me susurra Alan al oído.

—Cállate, que te va a escuchar y nos echa un mal augurio de esos suyos.

—Conocerte no lo ha sido para mí.

—Bueno, a veces no dices lo mismo, ¿eh?

—Sabe usted que la buscaré en la Alhambra las veces que hagan falta. —
Aprieta mi mano con fuerza y besa mi mejilla con fuerza haciéndome cosquillas con su barba.

—Eso no pasará. Yo siempre me encontraré reflejada en el brillo de tu mirada, señor Miller —le respondo sabiendo que nunca más podré separarme de él.



Agradecimientos

En primer lugar, una vez más, tengo que dar las gracias a Dublineta Eire. El mundo literario nos unió, pero si algo tenéis que saber es que de eso es de lo que menos hablamos. Eres muy especial para mí, una extensión de mi cuerpo y mi cerebro, ese que a veces entra en bucles y dramas. Ya lo sabes que estoy deseando que Carmen Navarrete y Virgine Levallois sean una realidad para todos los lectores de España, bueno va, del planeta ya que nos ponemos a pedir.

Mi madre, esa mujer que me dio la vida y que es una de las personas más importantes para mí. Parte de las escenas narradas en esta novela han salido de su cabecita. No sé si ella es La Chusa o La Cuqui, tendremos que pensar en ello antes de la próxima lluvia de ideas. Además, junto a Dubli, es la persona que más me aguanta y solo por eso, tiene el cielo ganado. Te quiero, mamá.

Marien, ¡ay mi Marien! ¿Qué haría yo sin ella? Le ha aportado a Búscame en la Alhambra justo lo que yo quería, y a pesar de llevarme algún que otro chasco por temas que no vienen al caso, ahí ha estado cuando la he necesitado. Incluso estando a unas horas de irse de vacaciones. La portada y la maquetación han obra suya y el conjunto es chulísimo, ¿verdad? Espero que tu marido no me coja mucha manía, y sobra decir que estoy deseando volver a verte.

A mis lectoras cero. Dublineta Eire, Ana Gimeno, Cristi P., Noelia del Moral, Eva Montiel, Cristina del Moral y Marisa Gallen. Vosotras habéis sido mis segundos ojos, y os agradezco de corazón vuestras sugerencias, me han

servido de mucha ayuda. A algunas ya os conocía, a otras no tanto, pero puedo asegurar que sois geniales. Me encanta estar rodeada de gente dispuesta a echarme una mano sin pedir nada a cambio, bueno, sí... ¡Más capítulos!

Gracias a Laura Lorente que ha sido la persona que contestó a la loca que sin pensarlo le escribió por Facebook pidiéndole una foto suya. Yo soy la loca y ella es la esencia de la portada. Ya te lo dije por privado, pero también lo hago por aquí, eres perfecta para esta novela. Por supuesto, gracias a su fotógrafo José Antonio Lara por esa pedazo de fotografía tan preciosa.

A David y Erik. Sois el motor de mi día a día y aunque a veces no pueda escribir porque reclamáis mi tiempo y no entendéis que la inspiración llega cuando quiere, os quiero con locura y la vida es más bonita estando a vuestro lado.

A mi familia, esos que me apoyan a seguir haciendo algo que me apasiona, pero ojo, también me ayudan a tener los pies sobre la tierra. A vosotros os lo debo todo. Sois mis pilares fundamentales.

A mis amigas, las que estáis a mi lado en la cercanía y las que lo estáis en la distancia. No os puedo nombrar a todas porque sois muchas, pero gracias por estar a mi lado y ser partícipes de esta aventura. Si algo bonito tiene esto, es el compañerismo que hay entre letras y estoy orgullosa de contar con grandes amigas que para mí son increíbles autoras.

Casi finalizando, pero no por eso menos importante, quiero hacer mención a esa personas que me apoyan desde que empecé a escribir. Me dais fuerza para seguir en los momentos en los que se me cruzan los cables y digo que no volveré a hacerlo. En el fondo, al igual que yo, sabéis que me encanta escribir y me costaría muchísimo dejar aparcadas las ideas sin plasmarlas.

Llegamos al final para dejar que esta novela llegue a vuestras manos, ya sea en Kindle o en papel, quiero darte las gracias a ti por leerme, por llegar hasta aquí y por sumergirte entre estas páginas de las que estoy tan orgullosa por ser un pedacito de mí.

Siempre digo que este mundo no sería posible sin esos lectores y esas lectoras que nos llenan de felicidad con las lecturas de nuestras novelas y voy a aprovechar para pedir algo. Si os ha gustado Búscame en la alhambra, comentad vuestra opinión en Amazon, no os llevará más de dos minutos y a los

autores nos hacéis un gran favor.

A todas esas personas que he nombrado y a quien me pueda dejar en el tintero, ya que estoy segura de que si siguiera agradeciendo, me faltarían páginas, gracias, gracias y mil veces gracias.



Sobre la autora

Alba Cortés Serrano, es una chica de 31 años nacida en Salamanca, pero residente en Manises, Valencia.

Su mayor afición es la lectura y un día se aventuró a escribir haciendo de esto su gran pasión.

En Agosto de 2016 autopublicó su primera novela, Pídemelo, preciosa.

En Diciembre ganó un certamen de relatos navideños con Dejaste de ser mi héroe. En junio de 2017 ganó otro certamen con ese mismo relato que puede encontrarse en Amazon, al igual que El corazón de la Navidad, publicado en Diciembre de 2017 en la misma plataforma.

En mayo de 2017 se publicó una antología benéfica en la que contribuyó con su relato Una aventura en la nieve. Las ganancias obtenidas de dicha antología son destinadas a la Asociación de Microtia.

En Agosto de 2017 autopublicó Una vida en tu buzón.

En Mayo fue finalista en el II Certamen de relatos RoJa 2018 con su relato lazos del destino.

Puedes encontrar a Alba a través de sus redes sociales. (Facebook: Alba C. Serrano), (Instagram y Twitter: albac_serrano) o de su correo albac_serrano@gmail.com

